MAX
LUCADO

Autor de Aligere su equipaje *anunciado como un éxito de librería por el* New York Times



ACÉRCATE SEDIENTO

¿Qué imagen describe mejor tu corazón?
¿Un niño sediento al lado de un hidrante?
¿O un zarzal seco en el desierto?

Tú sabes lo que es la sed física. Deja de beber líquidos a ver qué pasa. Ya no puedes pensar con coherencia, la piel se te pone áspera y los órganos vitales dejan de funcionar bien. Priva tu cuerpo de los fluidos necesarios, y tarde o temprano te lo hará saber.

Priva tu alma de agua espiritual, y ella también te lo dirá. Los corazones deshidratados envían mensajes desesperados. Temperamentos irritados. Olas de preocupación. Culpa y temor crecientes. Desesperanza. Resentimiento. Soledad. Inseguridad.

Tú no tienes que vivir con el corazón deshidratado. Dios te invita a tratar tu alma sedienta así como tratas tu sed física. Simplemente acude al POZO y bebe hasta el fondo de tu alma:

Recibe la *obra* de Cristo en la cruz,
La *energía* de su Espíritu,
Su *señorío* sobre tu vida,
Y su *amor* eterno e infalible.

EL HACE LA PARTE DIFÍCIL, todo lo que tienes que hacer es pedir. No hay una lista de "quehaceres" espirituales, ningún inventario de reglas y regulaciones. Tan solo bebe. Deja que Cristo sea el agua de tu alma. *Acércate adrenne* y bebe el agua de la vida.

Por amor a quienes tanto te necesitan, ¡hidrata tu alma! Hazle caso a tu sed. Bebe hasta el fondo y bebe con frecuencia. Así correrán de ti ríos de agua viva.



MAX LUCADO, es un genio de la literatura. Con más de 39 millones de libros en circulación, ha tocado a millones de personas con su prosa poética. Max es el pastor de la Iglesia Oak Hills en San Antonio, Texas. Es esposo de Denalyn y padre de Jenna, Andrea, y Sara.

GRUPO NELSON
Desde 1798

Para otros materiales, visítenos a
gruponelson.com

Religión / Vida Cristiana / Inspiración
ISBN-13: 978-0-88113-835-1
ISBN-10: 0-88113-835-5

ACÉRCATE SEDIENTO

NO HAY CORAZÓN DEMASIADO SECO *para* SU TOQUE

MAX
LUCADO

ACÉRCATE SEDIENTO

NO HAY CORAZÓN DEMASIADO SECO *para* SU TOQUE



CARIBE-BETANIA
Una División de Thomas Nelson, Inc.
The Spanish Division of Thomas Nelson, Inc.
Since 1798 - desde 1798
www.caribebetania.com

Caribe-Betania Editores es un sello de Editorial Caribe, Inc.

© 2004 Editorial Caribe, Inc.
Una división de Thomas Nelson, Inc.
Nashville, TN, E.U.A.
www.caribebetania.com

Título en inglés: Come Thirsty
© 2004 por Max Lucado
Publicado por W Publishing
Una división de Thomas Nelson, Inc.

A menos que se señale lo contrario, todas las citas
bíblicas son tomadas de la Versión Reina-Valera 1960
© 1960 Sociedades Bíblicas Unidas en América Latina.
Usadas con permiso.

ISBN 088113-835-5

Traductor: John Bernal
Tipografía: Marysol Rodriguez

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin la debida autorización por
escrito de los editores.

Impreso en E.U.A.
Printed in the U.S.A.

ANDREA,

tu mamá y yo te dedicamos este libro con mucho orgullo
al celebrar tu cumpleaños número dieciocho.

Dime, ¿a dónde fueron a parar todos esos años?

Si lo supiera, gustoso los reclamaría y
volvería a vivir cada uno de ellos.
Te amamos, hija querida.

Que tu sonrisa nunca se desvanezca y
que tu fe sea siempre más profunda.

Y el que tiene sed, venga;
y el que quiera,
tome del agua de la vida
gratuitamente.

—APOCALIPSIS 22.17

Contenido

Prólogo

Reconocimientos

Meagan

1. El corazón deshidratado

Primera parte
Acepta su obra

2. Vacuna contra el pecado
3. Cuando la gracia actúa profundamente
4. Morir para nacer
5. El corazón vuelto a casa

Segunda parte
Apóyate en su energía

6. Esperanza para los carnales
7. En espera del poder
8. El guante que Dios quiere
9. No depende de ti

Tercera parte
Confía en su señorío

10. En Dios [casi] confiamos
11. ¿De qué sirve preocuparse?
12. Ángeles cuidándote
13. Dios es tu guardia

Cuarta parte
Recibe su amor

14. En busca de la profundidad
15. ¿Has oído el portazo en tu celda?

16. Enfrenta sin temor la eternidad
17. Si Dios te escribiera una carta

Notas

Guía para el lector

La oración del sediento

Anotaciones

Prólogo

Todos sabemos lo que significa estar sedientos, tanto física como espiritualmente. Ese anhelo de empapar la boca seca con agua fría puede ser muy fuerte, pero lo cierto es que un corazón seco es algo insoportable. Tú necesitas refrigerio espiritual, y lo necesitas ya mismo. Si tu corazón se ha resecado, si tu espíritu está un poco áspero, si tu alma se muere de sed, has venido al lugar correcto. En las páginas de este libro, Max nos conduce al pozo inagotable que Dios ha provisto para nosotros. También nos mostrará cómo recibir *todo* lo que Dios quiere darnos.

Por encima de todo, Max nos ayuda a entender que lo que más quiere Dios es que recibamos, que nos acerquemos sedientos y bebamos hasta lo más hondo de la fuente de agua viva que está disponible para cada uno de nosotros.

He aprendido mucho de Max Lucado. Durante años

sus libros han sido una fuente constante de inspiración para mí, y su amistad es algo que siempre atesoraré. He tenido el privilegio de ser ministrado uno a uno por Max, y he tenido la oportunidad maravillosa de verle ministrar, con la misma eficacia, a un auditorio con más de quince mil personas.

Es mi oración por ti, que tienes este libro en tus manos, que tu alma sea ministrada y refrescada por medio de su contenido maravilloso.

—MICHAEL W. SMITH

Reconocimientos

Me empujaron, me incitaron, me animaron y me halagaron. Estos amigos hicieron del manuscrito un libro, y a ellos ofrezco mi mayor gratitud.

Jim Barker, golfista profesional que vive buscando a Dios. Tú sembraste esas semillas mientras tratabas de arreglar mi juego. Te alegrará saber que por lo menos las semillas rindieron fruto.

Liz Heaney y Karen Hill. Si los dentistas tuvieran la habilidad que ustedes tienen, tendríamos más sonrisas radiantes y menos dolor. ¡Un gran trabajo de edición!

Carol Bartley. Lo lograste de nuevo. Aplaudimos tu adicción metódica a los detalles y la precisión.

Hank Hanegraaff, gracias por generosamente dar de tu tiempo y de tu entendimiento.

David Moberg y W. Publishing. Ustedes me hacen sentir como un adolescente que juega en un equipo de las grandes ligas.

Los líderes de Oak Hills y la familia de la iglesia, ¡sea esta la ocasión para celebrar nuestro mejor año!

Susan Perry. Busca la expresión corazón de siervo en el diccionario y verás tu fotografía. Por tu servicio desinteresado y generoso, muchas gracias.

Jennifer McKinney. Apreciamos tu servicio casi tanto como tu sonrisa.

Margaret Mechinus. Tu habilidad para la organización neutraliza mis tendencias caóticas. Gracias por hacer que mis montones de papeles y libros tengan algún sentido y propósito.

Charles Prince, un sabio de verdad y amigo querido. Gracias por tu labor investigativa.

Steve Halliday. Gracias a ti, los lectores contarán de nuevo con una guía excelente para discutir y aplicar el material.

Andrew Cooley y el personal de UpWords, ¡un equipo con grandes victorias!

Steve y Cheryl Green. Denalyn y yo les apreciamos como compañeros permanentes y amigos muy queridos.

Michael W. Smith. Brindo por los grandes momentos que recién empezamos a pasar juntos.

Jenna, Andrea y Sara. La galaxia ha perdido tres estrellas. Gracias a ustedes, el mundo entero brilla más, especialmente el mío.

Mi esposa Denalyn. ¿Quién daría un cuadro de Renoir a un pueb-lerino? ¿Quién empeñaría el diamante más

grande y hermoso del mundo? ¿Quién confiaría un Lamborghini a un niño de diez años? Supongo que Dios, porque Él te entregó a mí y todavía sigo atónito.

Dios, por tus reservas inagotables de gracia, te doy las gracias.

Meagan

Bentley Bishop salió del ascensor para quedar inmerso en un mar de actividad dirigida exclusivamente a él. La primera voz que escuchó expresaba la urgencia de Eric, su productor.

«Señor Bishop, he tratado de conseguirlo en todas partes durante las últimas dos horas». Eric temblaba de puro nerviosismo. No era muy alto y tenía el vestido arrugado, la corbata suelta y los mismos zapatos que había usado durante el último año. Aunque apenas acababa de cumplir treinta, la calvicie ya había arrasado casi con la mitad de su cabeza. Aun cuando su estilo no era el último grito de la moda, su conocimiento y experiencia en los medios sí tenía mucho peso.

Eric leía la sociedad como un radar. Conocía a fondo la cultura corporativa y estaba a la cabeza en cuanto a

actualidad y novedades, las últimas tendencias, los intereses de los adolescentes y las dietas de los ejecutivos. Resultado, sabía producir programas de opinión. Conocía los temas más interesantes y "calientes", así como los mejores invitados, y Bentley Bishop estaba seguro de que su programa no corría peligro en manos de Eric. Tanto, que poco le importaba su tendencia a caer presa del pánico por el más mínimo contratiempo.

—Nunca llevo teléfono al campo de golf, Eric. Tú lo sabes.

—¿No le avisaron los encargados que yo llamé?

—Sí me informaron —la maquilladora acababa de amarrar un delantal al cuello de Bishop—. ¿Hoy quedé bien bronceado, dulzura? —preguntó, examinándola de la cabeza a los pies. Era tan joven como para ser su hija, pero su mirada no fue nada paternal.

—Por supuesto, el rubor de la cara es culpa tuya, Meagan. Verte siempre me hace sonrojar.

El coqueteo de Bishop asqueaba a todos menos a él mismo. El equipo de producción le había visto hacer lo mismo con una docena de chicas. Las dos recepcionistas intercambiaron miradas exasperadas. También a ellas solía hablarles con piropos y empalagos, pero últimamente se le antojaba juguetear con «la dulzura en los pantalones apretados», como le habían oído describirla.

Eric habría despedido a Meagan sin vacilar, pero no

tenía la autoridad. Meagan habría renunciado sin mirar atrás, pero necesitaba el dinero.

—Señor. Bishop —dijo Eric mientras miraba su reloj —. Tenemos un problema.

El anuncio se escuchó desde el otro lado del pasillo. "Quince minutos para salir al aire".

—Qué lío —bromeó Bishop mientras se quitaba el delantal de maquillaje—. Parece que tendremos que terminar esto después, nena.

Meagan aplicó un toque final de polvo a la mejilla y ofreció una sonrisa forzada.

—El doctor. Allsup canceló —informó Eric mientras ambos se dirigían hacia el estudio.

—¿Qué?

—Por la situación del clima. Llamó desde el aeropuerto de Chicago.

—¿Hay problemas meteorológicos en los alrededores de Chicago?

—Sí, y en la ciudad misma.

Los dos se detuvieron en la mitad del pasillo y por primera vez, desde su llegada, Bishop prestó a Eric toda su atención. Se acercó a su productor mientras su melena de pelo grueso y blanco le hacía verse aun más alto. Al parecer, todos en Norteamérica reconocían esa mandíbula cuadrada y esas cejas de oruga. Veinte años de entrevistas vespertinas televisadas le habían elevado a estrella de la pantalla chica.

—¿Cuál es nuestro tema esta noche? —preguntó.

—Cómo sobrevivir al estrés.

—Muy apropiado. ¿Llamaste a algunos suplentes?

—Lo hice.

—¿El doctor Varner?

—Está enfermo.

—¿El doctor Chambers?

—Está fuera de la ciudad.

—¿Y aquellos dos que tuvimos el mes pasado que escribieron ese libro sobre técnicas de respiración?

—*Respira bien, vive bien*. Uno está resfriado, el otro no devolvió la llamada.

—Entonces solo nos queda el rabino.

—Tampoco está disponible.

—¿El rabino Cohen? Él nunca sale de viaje. Ha sido nuestro invitado suplente durante diez años.

—Quince. Su hermana murió y tuvo que irse a Kansas.

—¿Con quién quedamos entonces? ¿Entrevistamos a un invitado por vía telefónica? Ya sabes que no me gusta hacer eso.

Ahora la voz de Bishop empezaba a sonar como un trueno y a Eric se le enrojeció la cara. El corredor del noveno piso en el edificio Burbank Plaza había quedado en silencio. Todos seguían atareados, pero bastante callados. Nadie envidiaba a Eric en ese momento.

—Tampoco se puede hacer una entrevista a distancia,

señor Bishop. El sistema dejó de funcionar.

—¿Qué?

—Por una descarga eléctrica durante la tormenta de anoche.

—¿Hubo tormenta anoche? —preguntó Bishop a todos los que pudieran escucharlo.

Eric se encogió de hombros.

—Ya estábamos enlazados con el médico del presidente cuando descubrimos los problemas técnicos. No podemos recibir señales externas.

La sonrisa histriónica había desaparecido hacía rato de la cara de Bishop.

—No tenemos invitados y no hay señal externa, ¿por qué no me llamaste?

Eric sabía que le valía más abstenerse de contestar honestamente.

—¿Ya hay gente en el estudio?

—Está repleto. Vinieron a ver al doctor Allsup.

—¿Qué hacemos entonces? —demandó Bishop.

—¡Diez minutos! —dijo una voz.

—Tenemos un invitado —explicó Eric mientras se encaminaba despacio hacia la puerta del estudio—. Ya está en maquillaje.

—¿Dónde lo encontraste?

—Creo que él nos encontró —ahora ambos caminaban con paso acelerado—. Me envió un mensaje electrónico hace una hora.

—¿Cómo consiguió nuestra dirección?

—No sé. Tampoco sé cómo se enteró de nuestro problema, pero está al tanto.

Eric sacó un pedazo de papel del bolsillo de su chaqueta.

—Me dijo que lamenta lo sucedido con Varner, Chambers, el clima en Chicago y la sobrecarga eléctrica de anoche, pero que no le había gustado el libro sobre la respiración. Al enterarse de nuestra situación precaria, se ofreció a participar en el programa.

—Eso no tiene sentido.

Eric abrió la puerta. Bishop entró sin perder de vista a Eric ni un instante.

—¿Ya lo dejaste entrar?

—En realidad, entró por iniciativa propia, pero hice varias llamadas y sé que está causando gran revuelo, sobre todo en los mercados secun-darios. Enseña ética en una escuela superior cerca de Birmingham, Alabama. Algunos líderes religiosos están preocupados por su popula-ridad, pero le gusta mucho a la gente común y corriente. Da conferencias en universidades y es popular en los banquetes. Habla mucho sobre cómo encontrar paz en el alma.

Ahora Bishop iba hacia el auditorio.

—A mí me vendría bien un poco de paz. Espero que este tipo sea bueno. ¿Cuál es su nombre?

—Jesse. Jesse Carpenter.

—Nunca lo he oído mencionar. Vamos a darle quince minutos. Para la segunda mitad del programa, vuelve a pasar el segmento de novedades.

—Pero ya hicimos eso la semana pasada.

—La gente se olvida. Ve al cuarto de maquillaje para seguirle la pista a este carpintero.



Meagan podía ver su rostro y el de Jesse en el espejo. Más tarde le describiría como apuesto pero no para morirse. Tenía un abrigo marrón con parches en los codos, pantalón color caqui y una corbata aceptable aunque olvidable. Se hacía la raya del pelo a un lado y parecía recién peluqueado. Meagan ató el delantal a su cuello y empezó con una conversación de cortesía, pero el hombre sonreía sin necesidad de que lo entretuvieran.

—¿Primera vez en el programa?"

—Sí.

—¿Primera vez en la costa oeste?

—Se podría decir que sí.

Meagan aplicó polvos de base a sus mejillas y luego se detuvo. Él la estaba mirando fijamente.

—¿Es indispensable hacer esto? —preguntó. No disfrutaba para nada la rutina.

—Esto evita que la cara le brille demasiado —le explicó.

Mientras le aplicaba el maquillaje, Jesse cerró sus ojos y después los abrió para mirarla, sin decir palabra.

Meagan se preguntó qué estaría pensando. Cuando los hombres se la quedaban mirando, ella sabía qué tenían en mente. *Probable-mente es igual a los demás.* Se puso detrás de la silla y le mojó el pelo con un rociador. Él cerró otra vez los ojos. Ella se miró en el espejo, sintiendo curiosidad por lo que él pensara de ella al ver su rosa tatuada en el cuello, su pelo negro estilizado y sus uñas brillantes. Se había amarrado la camiseta en la espalda para dejar expuesto su estómago. Un aspecto muy distante al que tuvo como directora de la orquesta de secundaria. Su hermano mayor, que administraba la farmacia familiar en Missouri, siempre la llamaba para decirle: «No te vayas a poner un tatuaje, ¿me oyes? Y quítate esas arandelas de la nariz». Ella no le prestaba atención.

En realidad no le importaba lo que él pensara. Después de todo, tenía 21 años. ¿No puede una chica tener su propia vida?

—¿Arquitectura?

La pregunta de una sola palabra tomó a Meagan por sorpresa.

—¿Qué?

Jesse abrió los ojos, y con ellos le guió a la bolsa abierta que estaba sobre el mostrador. Podía verse la

portada de la revista *Architectural Digest*.

—Es como un interés secreto que tengo —explicó ella —. Quién sabe, algún día...

—¿Tienes otros secretos?

Meagan suspiró. *De todas las insinuaciones posibles*.

—Ninguno que necesite contarle —se encogió de hombros.

Los hombres nunca dejaban de asombrarla. La advertencia de su madre fue correcta: *No importa qué tan bueno sea el mozuelo, primero echa la cuerda y después viene el anzuelo*. Durante unos minutos ninguno habló palabra. Así le gustaba a Meagan. Ella encontraba seguridad en el silencio. En cambio, Jesse no había terminado.

—Bishop te exige bastante.

Meagan movió la cabeza.

—¿Fue esa una pregunta?

—No, solo la verdad.

—Él no es malo conmigo.

Meagan evadió el tema intencionalmente y esquivó los ojos de Jesse mientras le desempolvaba la frente por última vez.

El tono de Jesse fue solemne.

—Meagan, no dejes que se endurezca tu corazón. No fuiste creada para vivir a la defensiva y con tanta incertidumbre.

Ella dejó caer sus manos y miró a Jesse, sintiéndose

primero ofendida y de inmediato curiosa.

—¿Qué sabe usted de mí?

—Sé que eres una persona mejor de lo que pareces. También sé que no es demasiado tarde para hacer un cambio. ¿Esa calle por la que te has encaminado? Las casas se ven lindas por fuera, pero el camino no lleva a ninguna parte.

Ella empezó a elaborar alguna refutación, pero los ojos de él atraparon los suyos.

—Yo puedo ayudarte, Meagan. De verdad que sí.

—Pues no necesito su ayuda —fueron las palabras que quiso decir, pero no las dijo. Él le ofreció una sonrisa suave y reconfortante. Hubo otro momento de silencio, pero no fue incómodo. Tan solo silencio. Meagan sintió que se formaba una sonrisa en su rostro, como preparándose para responder algo, pero en ese momento...

—¡Cinco minutos! —gritó una voz del estudio. Meagan levantó la mirada y vio a Eric.



Meagan nunca veía el *programa de Bentley Bishop*. Los primeros días había tratado, pero muy pronto se hartó de su sonrisa postiza y voz de animador de fiestas. Perdió interés por completo en lo que la rodeaba y, aunque había

tratado de conversar con otros miembros del personal, ellos le echaban en cara la manera como había obtenido y conservado su empleo. Los veteranos del programa conformaban un club hermético y las chicas como Meagan no tenían posibilidad de ser acogidas. «Cualquiera pensaría que soy leprosa», dijo entre dientes después de su último intento de entablar conversación.

Meagan siguió su ritual diario de limpiar el mostrador, sacar su revista de arquitectura y sentarse en la silla de maquillaje. Pero ese día, al tomar el control remoto para apagar el monitor del cuarto de maquillaje, vio a Jesse entrar al escenario.

El público aplaudió por cortesía. Miraron a Jesse saludar al anfitrión, tomar asiento y asentir a los presentes. Bishop dirigió su atención a las tarjetas guía que estaban sobre la mesa, cada una con alguna pregunta preparada por Eric. Las barajó y puso a rodar la bola.

—Cuéntenos de usted, señor Carpenter. Según tengo entendido es profesor en una universidad comunitaria.

—Sí, enseño a los estudiantes de jornada nocturna.

—¿En Alabama?

—Sí señor, en Sawgrass, Alabama.

—¿La gente de Sawgrass sabe cuál es el significado de la palabra *estrés?*

Jesse asintió con la cabeza.

Bishop continuó:

—Este es un mundo muy, muy difícil. La competencia

es brutal y las exigencias bastante altas. Díganos, ¿cómo podemos manejar el estrés?

El profesor se acomodó mejor en la silla, juntó los dedos de sus manos como asiendo una pelota imaginaria y empezó a hablar.

—El estrés es un síntoma de necesidades y anhelos más profundos. Queremos ser aceptados y al mismo tiempo hacer una diferencia. La aceptación y la importancia son tan valiosas para nosotros que para tenerlas hacemos todo lo necesario: Nos endeudamos para comprar la casa, estiramos las tarjetas de crédito para comprar muebles e indu-mentaria y así empezamos la vida, tratando de no caernos mientras caminamos en dirección opuesta a la escalera eléctrica.

—¿Como en una cinta caminadora en el gimnasio?

—Efectivamente, gastamos una gran cantidad de tiempo y energía pero no llegamos a ninguna parte. Al final del día, o al final de la vida, no hemos avanzado un solo paso. Estamos atascados.

—¿Qué podemos hacer al respecto?

—Lo que hacemos *típicamente* no funciona. Nos vamos de vaca-ciones, tomamos píldoras, lo arriesgamos todo en Las Vegas, nos aprovechamos de mujeres más jóvenes...

Jesse fijó la mirada en Bishop mientras hablaba, pero si este se dio por aludido lo estaba disimulando.

Meagan sí captó el mensaje y, por primera vez en

mucho tiempo, sonrió.

—No funciona, señor Bishop. En mi tierra lo llamamos ‘sorber del pantano’. En el pantano hay substancias que no estamos hechos para ingerir.

Esta vez Jesse se dirigió a la cámara.

Por un instante Meagan sintió como si le hablara a ella, solo a ella. Como reflejo defensivo, enmudeció el volumen y solo le vio hablar.

No fueron más de siete los minutos que duró su participación en el programa. Ella alcanzó a oír más tarde que Bishop y Eric habían quedado complacidos, y hasta interesados en solicitarle que volviera al programa.

Ella abrigaba la esperanza de que lo hicieran.



Jesse vio a Meagan por la ventana de una cafetería mientras exprimía limón en su vaso de agua. Observó por unos minutos. El restaurante tenía aspecto añejo, al estilo de los cincuenta con aparadores para venta de sodas y mesas con bordes metálicos. Dos hombres en un asiento contiguo le dijeron algo pero ella los ignoró. El mesero le ofreció un menú y ella dijo que no. Un automóvil rechinó al frenar y asustó con la bocina a un peatón despistado. Ella levantó la mirada, y en ese momento Meagan lo vio.

Jesse sonrió pero ella no, aunque tampoco desvió la mirada. Lo vio cruzar la calle angosta, entrar a la cafetería y avanzar hacia su mesa. Le preguntó si podía sentarse y ella asintió. Mientras él hacía señas al mesero, Meagan notó que Jesse se veía cansado.

Él dijo muy poco mientras esperaba su café. Ella habló todavía menos, al principio. No obstante, tras romper el hielo, le contó toda su historia. Fue dejada por un novio en Missouri. Se cansó de su familia. Alguien le dijo que podía ganar dinero fácil haciendo comerciales. Huyó a la costa oeste. Se sometió a audición tras audición y rechazo tras rechazo. Finalmente decidió entrar a la escuela de cosme-tología.

—Ni siquiera terminé el curso —confesó—. Me enteré de una oportunidad en el programa de Bentley Bishop. Fui a una entrevista y... —desvió la mirada— después de hacer lo que quiso, me contrató. Y ahora —dijo mientras le salía una lágrima—, estoy aquí. Pago el arriendo y no aguanto hambre. Tengo veintiún años de edad y ya aprendí a sobrevivir en Los Ángeles, como diría la canción del despecho. Pero estoy bien. Por lo menos eso es lo que me digo a mí misma.

El emparedado de Jesse llegó. Él le ofreció la mitad pero ella no quiso. Después de unos cuantos mordiscos, él se limpió los labios con una servilleta.

—Meagan, yo te conozco. He visto las manchas que dejan las lágrimas en las almohadas y te he visto recorrer

las calles porque no podías dormir. Te conozco y sé que detestas aquello en lo que te estás convirtiendo.

—Bueno —dijo Meagan mientras se tocaba el ojo con un nudillo del dedo—, si eres tan buen adivinador dime: ¿Dónde está Dios en medio de todo esto? Le he buscado durante mucho, mucho tiempo. —Con un aumento repentino en el volumen de su voz, empezó a enumerar con los dedos sus malas acciones—. Abandoné a mis padres, me acuesto con mi jefe, he pasado más tiempo en bares que en iglesias y estoy cansada, ¡harta de todo esto! —se mordió el labio y bajó la mirada.

Jesse se inclinó en la misma dirección y captó su atención. Ella levantó los ojos y lo vio sonriendo, lleno de energía. Como si fuera un profesor de álgebra mientras ella se esforzaba en sumar dos dígitos.

—¿Dónde está Dios en todo esto? —dijo para recalcar la pregunta de Meagan—. Más cerca de lo que jamás has soñado. —Tomó el vaso de ella y lo sostuvo en su mano —. Meagan, todos los que beban esta agua volverán a quedar sedientos. En cambio, yo te ofrezco una bebida diferente. Cualquiera que bebe el agua que yo doy jamás tendrá sed. Nunca más.

De nuevo, silencio.

Con un dedo Meagan hundió los cubos de hielo en el vaso, y finalmente preguntó:

—¿Nunca más?

—Jamás.

Ella miró hacia la calle, después volvió a fijarse en él, y con toda la honestidad que tenía preguntó:

—Dime, Jesse, ¿quién eres en realidad?

Su nuevo amigo se inclinó hacia adelante para responder y le dijo:

—Pensé que nunca lo preguntarías.

UNO
El corazón deshidratado

Todos estamos familiarizados con la sed física. Tu cuerpo, según algunos cálculos, es 80 por ciento líquido. Eso significa que un hombre de mi tamaño transporta a todas partes 80 kilos de agua. Aparte del cerebro, los huesos y unos cuantos órganos, todos somos globos andantes llenos de agua.

Necesitamos serlo. Deja de tomar líquidos y observa lo que sucede. Los pensamientos coherentes se desvanecen, la piel se reseca y los órganos vitales se repliegan. Tus ojos necesitan humedad para llorar, tu boca necesita líquido para tragar, tus glándulas requieren sudor para mantener fresco el cuerpo, tus células exigen sangre para ser transportadas y tus coyunturas demandan fluido

para lubricarse. Tu cuerpo necesita agua de igual modo que una llanta aire.

De hecho, tu Hacedor te creó con sed para que sirva como «indicador de sequedad». Deja que tu nivel de fluidos baje y verás la explosión de síntomas. Boca seca. Lengua pesada. Dolor de cabeza. Rodillas endebles. Priva tu cuerpo de los líquidos necesarios y tu cuerpo te lo dejará saber.

Priva tu alma de agua espiritual y ella te lo dirá. Los corazones deshidratados envían mensajes desesperados. Temperamentos irritados. Olas de preocupación. Mastodontes atronadores de culpa y temor. ¿Crees que Dios quiere que vivas con estas cosas? Falta de esperanza. Insomnio. Soledad. Resentimiento. Irritabilidad. Inseguridad. Estas son señales y advertencias, síntomas de una sequedad en lo más profundo de tu ser.

Quizás nunca lo hayas visto así. Pensaste que eran como policías acostados, una parte necesaria e ineludible de la vida. Supones que la ansiedad es tan hereditaria como el color de tus ojos. Hay personas que nacen con tobillos débiles, otros con el colesterol alto o calvicie prematura. ¿Qué decir de ti? Tienes ansiedad.

¿Cambios de ánimo? Todos pasan días grises y sábados tristes. ¿Acaso no son inevitables esas emociones? Sí que lo son, pero ¿ son inextinguibles? De ningún modo. Considera los dolores de tu corazón, no como luchas que debes soportar, sino como una sed

interna que necesitas saciar. La prueba misma de que algo en tu interior ha empezado a marchitarse.

Trata tu alma como tratas tu sed. Toma sorbos grandes. Absorbe el líquido. Inunda tu corazón con una buena dosis de agua.

¿Dónde hallas agua para el alma? Jesús dio una respuesta cierto día de octubre en Jerusalén. La gente había llenado las calles para la representación anual del milagro del agua que salió de la roca por medio de Moisés. En honor de sus ancestros nómadas, dormían en tiendas o tabernáculos. Como tributo a la corriente del desierto, derramaban agua. Cada mañana un sacerdote llenaba un jarrón dorado con agua de los manantiales de Gihón y lo llevaba por un sendero rodeado de espectadores hasta el templo. Hacía esto una vez cada día, durante siete días. En el último, el gran día de la fiesta, el sacerdote daba siete vueltas alrededor del altar, empapándolo con siete vasijas llenas de agua. Pudo haber sido en ese mismo momento cuando un rabino rudo de las tierras norteñas convocó la atención del pueblo. «En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (Juan 7.37-38).

Sacerdotes vestidos con túnicas finas dieron la vuelta para mantenerse a distancia. La gente sorprendida se quedó mirando. Niños con ojos bien abiertos y abuelos

desdentados quedaron inmóviles. Ellos conocían a este hombre. Lo habían oído predicar en las colinas hebreas, otros en las calles y las aldeas. Dos años y medio pasaron desde que había ascendido de las aguas del Jordán. La multitud había visto antes a ese carpintero.

¿Acaso lo habían visto hablar con tal intensidad? Él «se puso en pie y alzó la voz». La postura tradicional de los rabinos al enseñar era sentarse y hablar con calma, pero Jesús se levantó y clamó a gran voz. El hombre ciego dio voces al clamar por su vista (Marcos 10.46-47). Pedro al hundirse gritó para pedir auxilio (Mateo 14.29-30). El ende-moniado también gritó, rogando misericordia (Marcos 5.2-7). Juan usa el mismo verbo griego para describir el volumen en la voz de Jesús. No fue un simple carraspear para hacerse oír. Dios hizo tronar el martillo en la corte del cielo. Cristo demandó la atención de todos.

Exclamó porque le quedaba poco tiempo. Los granos de arena en su reloj casi podían contarse. En seis meses tendría que arrastrar una cruz por esas mismas calles. ¿Y la gente? La gente moría de sed. Necesitaban agua, no para sus gargantas, sino para sus corazones. Por eso Jesús lanzó su invitación: *¿Han empezado a marchitarse en su interior? Beban de mí.*

Lo que el H2O puede hacer por tu cuerpo, Jesús lo hace por tu corazón. Lubricarlo. Hidratarlo. Ablandar lo endurecido y enjuagar lo oxidado. ¿Cómo?

Así como el agua, Jesús llega a donde nosotros no

podemos. Si se lanza a una persona contra una pared, su cuerpo se estrella y cae. Si echamos un balde de agua en una pared, el líquido se conforma y cubre la superficie. Su composición molecular da al agua gran flexi-bilidad. En un momento dado se separa y entra por una ranura, al rato se aglutina y resuena como un trueno al bajar por las cataratas Victoria. El agua llega donde nosotros no podemos.

Así también Jesús. Él es espíritu y, si bien tiene un cuerpo, no está limitado a un cuerpo. De hecho, Juan explica «ríos de agua viva» así : «Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él» (Juan 7.39). El Espíritu de Jesús baja por la garganta de tu alma mientras deshace los temores y lava los remordimientos. Él hace por tu alma lo que el agua hace por tu cuerpo y somos bienaventurados porque ni siquiera tenemos que darle instrucciones al respecto.

Nadie le da instrucciones al agua, ¿o me equivoco? Antes de tomarla, ¿miramos el líquido y le decimos «necesito diez gotas en la vesícula y cincuenta en el sistema cardiovascular. El resto diríjase a mi cabeza porque hoy me pica bastante por esos lados». No, de alguna manera el agua sabe a dónde debe ir.

Jesús también lo sabe. Él no necesita tus instrucciones, solo tu permiso. Como el agua, Jesús no entrará si no optas por ingerir y tragar. Eso es, debemos entregarnos voluntariamente a su señorío. Puedes meterte

hasta el cuello en el río Colorado y sin embargo morir de sed. Hasta que te decidas a beber, el agua no te dará beneficio alguno. A menos que bebas de Cristo, seguirás siempre sediento.

¿No necesitas ya una porción de agua fresca? ¿No anhelas librarte del temor, la ansiedad y la culpa? Puedes hacerlo. Nota los destinata-rios de su invitación. «Si *alguno* tiene sed, venga a mí y beba» (v. 37, cursivas mías). ¿Eres tú *alguno*? En ese caso, acude a la cisterna porque calificas para recibir su agua.

Son bienvenidas todas las edades y tanto hombres como mujeres de todos los tiempos. Ninguna raza se excluye. Hampones. Malandrines. Truhanes y pillos. Todos son bienvenidos. No tienes que ser rico para beber, ni religioso ni exitoso. Tan solo necesitas seguir las instrucciones acerca de qué, o mejor dicho, *quién* has de beber: Él. A fin de que Jesús haga lo que hace el agua, debes permitirle penetrar tu corazón. Hasta el fondo, muy dentro y profundo.

Tómalo. Interiorízalo. Dale la bienvenida en los rincones más recónditos de tu vida. Deja que Cristo sea el agua de tu alma.

¿Cómo se logra esto? Empieza por hacer caso a tu sed. No pases por alto tu sensación de soledad. No niegues tu rabia. Tu espíritu inquieto, tu estómago que se retuerce, la sensación de incertidumbre que te hace sudar por todos los poros, estos son los síntomas y las señales

que no debes ignorar. *¡Necesitamos ser hidratados en nuestro interior!* No dejes que tu corazón se vuelva una pesa de uva. Por el bien de aquellos que necesitan tu amor, ¡hidrata tu alma! Obedece a tu sed.

También debes beber agua sana. No masticas tierra ni tragas piedras. ¿Acaso tomas plástico, papel o pimienta? ¡De ningún modo! Cuando de sed corporal se trata, hemos aprendido a usar los productos correctos. Haz lo mismo por tu corazón. No todo lo que pongas en tus labios te saciará la sed. Los brazos del amor prohibido pueden satisfacer por un tiempo, pero solo un tiempo. Las semanas laborales de ochenta horas dan cierto sentido de realización, pero nunca quitarán la sed del alma.

Ten mucho cuidado con las botellas que tienen la etiqueta de "religión". Jesús lo tuvo. Observa en qué situación decide pronunciarse. No está hablando a prostitutas ni a belicosos, tampoco a presos ni alumnos en un reformatorio. No, se dirige a los observantes y a los asistentes fieles a una convención religiosa. Era el equivalente al vaticano en domingo de resurrección. Uno casi espera que el papa aparezca en el versículo siguiente. Están desplegados los símbolos religiosos como en una venta callejera: el templo, el altar, las trompetas y las túnicas adornadas. Él habría podido apuntar a cualquiera de esos símbolos como una fuente de hidratación espiritual, pero no lo hizo. Estos son símbolos simplemente.

Él apunta a sí mismo, al que los símbolos apuntan y en quien se cumplen. La religión apacigua, pero nunca satisface. Las actividades eclesiásticas podrán ocultar la sed, pero solo Cristo la apaga. Bébelo a *Él*.

Y bebe con frecuencia. Jesús emplea un verbo que alude a sorbos reiterados. En sentido literal, dice "venga a mí y beba y siga bebiendo". Un solo sorbo no apagará tu sed. Los sorbos regulares sacian las gargantas sedientas. La comunión incesante satisface a las almas sedientas.

Para tal fin, te ofrezco esta herramienta: una oración para el corazón sediento. Llévala como el ciclista lleva su botella de agua. La oración incluye cuatro líquidos esenciales para la hidratación del alma: la obra de Dios, la energía de Dios, su señorío y su amor.

> Señor, vengo sediento. Vengo a beber, a recibir. Recibo tu *obra* en la cruz y en tu resurrección. Mis pecados son perdonados y mi muerte es derrotada. Recibo tu *energía.* Revestido de poder por tu Espíritu Santo, puedo hacer todas las cosas por medio de Cristo, que me fortalece. Acepto también tu *señorío.* Yo pertenezco a ti. Nada viene a mí sin haber pasado primero por ti. Recibo asimismo tu *amor.* Nada puede separarme de tu amor.

¿Acaso no necesitas sorbos frecuentes de la represa de

Dios? Yo sí. Le he ofrecido esta oración en un sinnúmero de situaciones: reuniones angustiosas, días insulsos, recorridos extensos, viajes exigentes, decisiones que someten a prueba el carácter. Muchas veces al día voy al manantial subterráneo de Dios y a cambio de mi pecado y muerte recibo de nuevo su obra, la energía de su Espíritu, su señorío y su amor.

Bebe conmigo de su pozo sin fondo. No tienes que vivir con un corazón deshidratado.

Recibe la *obra* de Cristo en la cruz,
la *energía* de su Espíritu,
su *señorío* sobre tu vida,
su *amor* inextinguible e infalible.

Bebe hasta lo profundo y bebe con frecuencia, así fluirán de ti ríos de agua viva.

Primera parte

Acepta Su

Obra

DOS
Vacuna contra el pecado

En octubre de 1347 una flotilla de Génova regresó del Mar Negro, llevando en su interior la sentencia de muerte para Europa. Tras el arribo de las embarcaciones a Mesina, Italia, la mayoría de los nave-gantes ya estaban muertos. Los escasos sobrevivientes desearon no haber quedado con vida. La fiebre sacudió con violencia sus cuerpos, cubiertos de llagas que ardían como volcanes en la piel. Las autori-dades ordenaron que las embarcaciones fueran sacadas del puerto, pero ya era demasiado tarde. Las ratas infestadas de pulgas mortíferas habían descendido por las cuerdas en dirección a la aldea, y el dictador bubónico había emprendido su marcha

inclemente a lo largo y ancho del continente.

La enfermedad se propagó por las rutas comerciales que atrave-saban Italia con destino a Francia y las demás naciones del norte. Al llegar la primavera ya había atravesado la frontera de Inglaterra. En el corto lapso de cinco años brutales, veinticinco millones de personas, un tercio de la población europea, había muerto. Y ese era apenas el comienzo.

Tres siglos más tarde seguía en pleno furor. Tan solo en 1665, una epidemia dejó a su paso unos cien mil londinenses muertos, enviando a la tumba siete mil vidas cada semana, hasta que un invierno crudo pero apiadado mató a las nefastas pulgas.

Nunca se conoció una cura ni se ofreció alguna esperanza. Los sanos pusieron en cuarentena a los infectados aunque estos tenían los días contados.

Siempre que se haga una lista de los flagelos más devastadores de la historia, la plaga negra ocupará uno de los lugares más elevados, pero no el más alto. Esta enfermedad puede llamarse catastrófica y desastrosa, pero ¿acaso ha sido la más nefasta en contra de la humanidad? No. La Biblia tiene reservado ese título para una plaga más tenebrosa, una epidemia más antigua que al compararse con la plaga negra hace que parezca un simple herpes labial. Ninguna cultura puede evitar, ninguna nación puede escapar y ninguna persona puede esquivar la infección del pecado.

Cúlpese a la plaga bubónica causada por la bacteria *Yersinia pestis*. Cúlpese a la plaga del pecado propagada por las decisiones impías. Adán y Eva voltearon sus cabezas al oír el silbido de la serpiente e ignoraron a Dios por primera vez y fatal. Eva no preguntó: «Dios, ¿qué quieres?» Adán no sugirió: «Vamos a consultarlo con el Creador». Actuaron como si no tuvieran un Padre celestial. Optaron por ignorar su voluntad y así introdujeron al mundo el pecado y su compañera inseparable, la muerte.

El pecado supone en últimas un mundo sin Dios.

Tal vez pensemos que el pecado consista en errores de cálculo o pasos en falso, pero Dios lo ve como una actitud impía que conduce a acciones erróneas. «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Isaías 53.6). La mente pecaminosa descarta a Dios y opta por no consultarle ni buscar su consejo. De la misma forma, decide no considerar con seriedad su plan. Los infectados por el pecado tratan a Dios con el mismo respeto que unos estudiantes adolescentes al profesor sustituto. Reconocen su presencia, pero no lo toman en serio.

La decisión de no enfocarnos en Dios nos lleva a centrarnos en nosotros mismos. El pecado celebra la exaltación del ego y proclama: «Es *tu* vida, ¿no es así? Bombea tu cuerpo con drogas, tu mente con avaricia y tus

noches con placer». Los impíos llevan una vida dominada por el egoísmo, una vida infantil, una vida «en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos» (Efesios 2.3).

Dios me dice que ame. Yo opto por odiar.

Dios me enseña a perdonar. Yo opto por desquitarme.

Dios me llama al dominio propio. Yo pretendo justificar mi libertinaje.

Durante un tiempo, el pecado sacia la sed. Pero eso mismo hace el agua salada. Al poco tiempo, la sed vuelve y demanda satisfacción con más tenacidad y fuerza que antes. «Después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer *con avidez* toda clase de impureza» (Efesios 4.19, cursivas añadidas).

Pagamos un alto precio por esa obsesión con nuestro ego. «Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios» (Romanos 8.8). A Dios no le agrada que lo ignoren. Pablo se refiere a los pecadores cuando describe a aquellos que...

> ...habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido…
>
> Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshon-raron entre sí sus

propios cuerpos (Romanos 1.21, 24).

Todos hemos visto el caos. El esposo que ignora a su esposa. El dictador que masacra a millones. Hombres pervertidos que seducen a los jóvenes y pequeños inocentes. Jóvenes que hacen propuestas indecentes a sus mayores. Cuando tú haces lo que quieres y yo hago lo que quiero y nadie se interesa en lo que Dios quiere, la humanidad se destruye a sí misma. La infección de un individuo conduce a la corrup-ción del resto de la población. Como Joseph Alleine escribió: «Cuán miserable eres, hombre, ¡en qué monstruo deforme te ha convertido el pecado! Dios te hizo un poco menor que los ángeles, y el pecado te ha hecho un poco mayor que los demonios».[1] Si Dios es excluido, solo puede esperarse caos en la tierra y, lo que es peor, miseria eterna.

Dios lo ha dicho claramente. La plaga del pecado no podrá pasar por las puertas de su palacio. Las almas infectadas jamás recorrerán sus calles santas. «¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios» (1 Corintios 6.9-10). Los que usan y abusan de sí mismos y de la creación jamás serán ciudadanos del cielo porque Dios jamás negociará con ellos su pureza

espiritual infinita.

En esto consiste el fruto horrendo del pecado. Si llevas una vida impía, solo podrás esperar una eternidad corrupta y sin Dios. Pásate la vida diciéndole a Dios que te deje en paz y Él lo hará, pero no será paz lo que tendrás. Él te concederá una existencia «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Efesios 2.12). Jesús dará «retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder» (2 Tesalonicenses 1.8-9).

Cristo no guarda secretos acerca del infierno. En su descripción se propuso confrontar al alma humana con su realidad terrible.

- Un lugar de tinieblas (Mateo 8.12)
- Un fuego ardiente (Mateo 13.42)
- Un lugar «donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga» (Marcos 9.48)

Los ciudadanos del infierno anhelan morir, pero no pueden. Ruegan por agua y nunca la reciben pues han sido traspasados a una noche sin aurora.

¿Qué podemos hacer al respecto? Si todos hemos sido

infectados y el mundo está corrompido, ¿a quién acudimos? Como lo dicen las Escrituras: «¿Qué debo hacer para ser salvo?" (Hechos 16.30). La respuesta que nos ofreció entonces es la misma de ahora: "Cree en el Señor Jesucristo»,... (Hechos 16.31).

¿Por qué Jesús? ¿Por qué no Mahoma o Moisés? ¿José Smith o Buda? ¿Cuál es la calificación única de Jesús para salvaguardar a los enfermos y mordidos por la serpiente del pecado? La respuesta es divina: *Cristo, Aquel que está libre de todo pecado, fue hecho pecado para que nosotros, los pecadores, pudiéramos ser contados sin pecado*. «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5.21). Cristo no solo se convirtió en la ofrenda de pecado al recibir la ira de Dios por el pecado de la humanidad, él conquistó el castigo por el pecado (la muerte) a través de su gloriosa resurrección de la muerte.

La calamidad más grande de la vida, desde el punto de vista de Dios, es que la gente muere en pecado. Cristo advirtió en una sentencia: «Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis» (Juan 8.24). Olvidémonos de terremotos o depresiones macroeconómicas. El desastre más grande es llegar a la tumba con nuestros pecados. El cielo no puede concebir una tragedia mayor y el cielo no podría ofrecer un don mayor que este: «Cristo padeció

una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios» (1 Pedro 3.18).

¿Qué pasaría si un obrador de milagros hubiera hecho algo comparable con la plaga negra? Imagina a un hombre que naciera con resistencia a la bacteria bubónica y que esta no pudiera penetrar su sistema a menos que él así lo permitiera. Por increíble que parezca, esto es exactamente lo que decide hacer. Busca a los infectados y les hace esta oferta: «Toquen mi mano, entréguenme su enfermedad y reciban a cambio mi salud».

Los castigados por la fiebre y las llagas no tienen nada que perder. Miran su mano extendida y ellos alargan las suyas para tocarla. Conforme a la palabra del hombre, la bacteria pasa de ellos a él. Por supuesto, el alivio de ellos supone la angustia de él. Su piel se llena de llagas y su cuerpo arde y pierde vigor. Mientras tanto, los sanados se recuperan y se llenan de asombro a medida que la enfermedad desaparece de su organismo.

Nuestros libros de historia no cuentan un caso como el anterior, pero sí nuestra Biblia.

> Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido
> por nuestros pecados; el castigo de nuestra
> paz fue sobre él, y por su llaga fuimos
> nosotros curados.
> Todos nosotros nos descarriamos como ovejas,
> cada cual se apartó por su camino; mas

> Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. (Isaías 53.5-6)

Cristo respondió al pecado universal con un sacrificio universal, cuando asumió los pecados del mundo entero. Esta es la obra de Cristo *por ti.* Ahora bien, el cántico de salvación de Dios tiene dos estrofas. Él no solo tomó nuestro lugar en la cruz. Él toma su lugar en tu corazón. Esta es la segunda estrofa: la obra de Cristo *en* ti.

«Ya no vivo yo», explicó Pablo, «mas vive Cristo en mí» (Gálatas 2.20).

O como dijo a una iglesia: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» (1 Corintios 3.16).

En la salvación, Dios entra al corazón de sus otros adanes y sus otras evas. Él se instala en forma permanente dentro de nosotros. Es muy grandioso lo que esto significa. Cuando Dios vive y respira en uno (tal como lo hizo con Jesús), uno es librado de su vida muerta: "si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales" (Romanos 8.11).

Permíteme mostrar cómo funciona esto. Tuvieron que pasar tres-cientos años para que la plaga negra llegara a la aldea pintoresca de Eyam, Inglaterra. George Viccars, un sastre, abrió un paquete enviado desde Londres. Era la

tela que había mandado traer, pero al abrirla y sacudirla, esparció unas pulgas infectadas por la plaga. En solo cuatro días cayó muerto y la aldea quedó condenada. Sin egoísmo alguno, los aldeanos se sometieron a sí mismos a cuarentena para proteger las regiones aledañas. Otras aldeas enterraron alimentos en un campo abierto y dejaron que los habitantes de Eyam murieran solos y sin ayuda. Sin embargo, para asombro de todos, muchos sobrevivieron. Un año más tarde, cuando algunos forasteros visitaron de nuevo la región, descubrieron que la mitad de los residentes habían resistido la enfermedad. ¿Cómo lo lograron? Habían tocado la plaga. La habían respirado. Una madre sobreviviente había enterrado a seis hijos y su esposo en el transcurso de una semana. El sepulturero había tocado a cientos de cadáveres infectados pero no había muerto. ¿Por qué no? ¿Cómo sobrevivieron?

Herencia. A través de estudios del ADN de los descendientes, los científicos encontraron indicios de un gen que bloquea la enfermedad. Este gen atrinchera los glóbulos blancos de la sangre de tal modo que impide el acceso de la bacteria. En otras palabras, la plaga podía entrar en contacto con el organismo de esas personas pero no matarlas. Por eso un segmento de la población que vivió sumergido en un océano infeccioso sobrevivió sin ser afectado. Todo porque tuvieron ancestros sanos.[2]

¿Cuál fue el secreto para sobrevivir la plaga negra? Pertenecer al linaje correcto.

Por supuesto, esto es algo que ellos no habrían podido escoger, pero en nuestro caso podemos hacerlo a través de Dios. Tú puedes seleccionar a tu padre espiritual. Puedes cambiar tu árbol genealógico pasando del de Adán al de Dios. Al hacerlo, Dios entra por completo en tu vida. Su capacidad de resistencia se convierte en tu resistencia. Su capa protectora llega a ser tuya. El pecado te podrá atraer, pero nunca te hará su esclavo. El pecado puede y con toda seguridad te tocará, te desalentará y te distraerá, pero no podrá condenarte. Cristo está en ti y tú estás en él, y «ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8.1).

¿Puedo animarte a confiar en esta verdad? Que tu oración constante sea esta: «Señor, recibo tu obra. Mis pecados son perdonados». Confía en la obra de Dios *por* ti. Después confía en la presencia de Cristo *en* ti. Bebe con frecuencia el agua refrescante de su pozo de gracia. ¡Necesitas recordar siempre que tus aflicciones no son letales! No vivas como si fueras un enfermo terminal.

Hace unos años noté un temblor en mi pulgar izquierdo. Si extendía el brazo, empezaba a temblar. De inmediato me imaginé lo peor. Mi padre murió de la enfermedad de Lou Gehrig y me había llegado el turno. A la hora de consultar con un doctor, ya había preparado a mi esposa Denalyn para vivir como una viuda joven.

El informe médico demostró mi equivocación. No se halló enfermedad alguna. La peculiar condición se debía a factores como la cafeína, el estrés o algo genético, pero el doctor me confirmó: «Usted no tiene esclerosis, más bien goza de buena salud general».

Tras recibir la noticia hice lo que era de esperarse. Empecé a llorar y pregunté: «Doctor, ¿cuánto tiempo me queda de vida?»

El doctor sacudió la cabeza, desconcertado.

«¿Podría ayudarme por favor a darle la mala noticia a mi esposa?»

El doctor seguía sin responder. Supuse que estaba muy afligido por mí, así que le di un abrazo y salí del consultorio.

De inmediato fui a un almacén de equipos médicos y compré una silla de ruedas y una camilla, también pregunté sobre suministro de cuidados médicos en la casa. Llamé a Denalyn y le dije que tenía malas noticias.

Espera un momento, ¿acaso no oíste lo que te dijo el doctor?

Entonces me pregunté a mí mismo, *¿No escuchaste lo que te dijo Dios en su Palabra?*

¡Cristo mora en ti! «La sangre de Jesucristo... nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1.7). ¿Por qué entonces se ve tanta culpabilidad en nuestro rostro? ¿Por qué tanto remordimiento? ¿Por qué la sombra de la vergüenza? ¿No deberíamos vivir con sonrisas y brillo en los ojos?

¿Sabes de dónde salió esa reacción en el consultorio en cuanto a mi pulgar tembloroso? La inventé. Con toda honestidad, le di la mano al doctor, una sonrisa a la recepcionista y llamé a Denalyn con las buenas nuevas. Ahora, cada vez que veo temblar ese pulgar, lo atribuyo a un cuerpo decadente y pongo mi confianza en las palabras del doctor.

Haz tú lo mismo. Así como mi pulgar tiembla de vez en cuando, también tú pecarás de forma ocasional. Cada vez que lo hagas, recuerda: El pecado puede tocarte, pero no puede absorberte ni recla-marte. ¡Cristo está en ti! Confía en su obra por ti. Él tomó tu lugar en la cruz. Además, confía que su obra está en ti. Tu corazón es su hogar, y él es tu maestro.

TRES
Cuando la gracia actúa profundamente

El hijo pródigo avanza lento por el sendero. Su hedor a cerdo obliga a que los transeúntes den un rodeo para evitarlo, pero él ni cuenta se da. Con los ojos pegados al piso ensaya su discurso: «Padre», empieza con voz casi inaudible, «he pecado contra el cielo y contra ti. No soy digno de ser llamado tu hijo». Repite las frases mientras se pregunta si debería decir menos o más, o tal vez regresar a la porqueriza. Después de todo, había recibido su parte de la herencia y arrastrado el nombre de la familia. Durante el año anterior había despertado en su cama con más gargantas secas, resacas, jaquecas, mujeres y tatuajes que una estrella de rock. ¿Cómo podría

perdonarle su padre? *Quizá podría ofrecerme a pagar las tarjetas de crédito.* Está tan enfocado en planear su penitencia que no alcanza a escuchar a su padre, ¡que viene corriendo hacia él!

El papá abraza al chico mugriento y nauseabundo como si fuera un héroe de guerra recién llegado del campo de batalla. Ordena a los sirvientes que le traigan el mejor vestido, un anillo y calzado fino, como para decir: «Ningún hijo mío puede verse como un sucio cuidador de pocilgas. Preparen un banquete y traigan bebidas, ¡es hora de celebrar en grande!»

Entretanto, el hermano mayor se queda de pie en el pórtico y se mortifica. «Nadie hizo nunca una fiesta en mi honor», murmura con los brazos cruzados.

El padre trata de explicarle, pero el hijo celoso no quiere oír razones. Resopla y encoge los hombros, gruñe y expresa su rechazo por la forma gratuita de aquel perdón, se monta en su corcel de soberbia y deja una nube de polvo al irse. Claro, tú sabes todo esto porque has leído la parábola del padre lleno de bondad y perdón y el hermano lleno de envidia y resentimiento (véase Lucas 15.11-32).

Ahora bien, ¿estás al tanto de lo que sucedió a continuación? ¿Has leído el segundo capítulo de la historia? Es fascinante. El hermano mayor decide aguar la fiesta del perdón. *Si papá no quiere hacer justicia al chico, lo haré yo.*

«Bonita túnica, hermanito», le dice un día. «Más te vale no ensu-ciarla. Una sola mancha bastará para que papá te mande al río con las lavanderas».

El hermano menor no le hace caso, pero la próxima vez que ve a su padre, examina con rapidez su vestidura para asegurarse de no tener manchas.

Unos cuantos días después el hermano mayor le hace advertencias en cuanto al anillo.

—Qué joya tan bonita te dio papá. Para que sepas, él prefiere que la lleves puesta en el dedo pulgar.

—¿El pulgar? Él no me dijo eso.

—Hay cosas que se supone debes saber.

—Pero no me entrará en el pulgar.

—¿Qué te has propuesto, agradar a nuestro padre o asegurar tu comodidad? —dice aquel supervisor *ad hoc* de la espiritualidad mientras se va por su camino.

El hermano mayor no ha terminado. Con la pulcritud de un auditor financiero añade:

—Si papá te viera con los cordones sueltos, te quitaría las sandalias.

—No hará tal cosa. Fueron un regalo. Él no haría algo así, ¿verdad?

El otrora pródigo se agacha de inmediato para apretar su calzado y, al hacerlo, ve una mancha en su túnica. Mientras trata de limpiarla se da cuenta de que el anillo no está puesto en su pulgar, y es entonces cuando oye la voz de su padre. «Hola, hijo mío».

Ahí queda el muchacho, con túnica manchada, sandalias flojas y anillo mal puesto. Sobrecogido por el temor, reacciona con un «perdóname papá», se da la vuelta y sale corriendo.

Demasiadas tareas. Mantener impecable la túnica, el anillo en su lugar y las sandalias presentables. ¿Quién podría cumplir todos esos requisitos? El mantenimiento de sus regalos empieza a volverse tarea enojosa para el joven, que ahora opta por evitar al padre a quien siente que no puede agradar. Deja de usar los regalos que no puede cuidar bien, y hasta empieza a añorar aquellos días más simples y entretenidos en la porqueriza. «Allá nadie me acosaba ni presionaba».

Ese es el resto de la historia. ¿Te preguntas dónde lo encontré? En la página 1892 de mi Biblia, en el libro de Gálatas. Gracias a algunos hermanos mayores legalistas, los lectores de Pablo habían pasado de recibir la gracia a someterse a la ley. Su vida cristiana había alcanzado el nivel de gozo de una endoscopia gástrica. Pablo estaba desconcertado.

> Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo ... sabiendo que el hombre no es justificado por las

> obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado (Gálatas 1.6-7; 2.16).

En la iglesia de Roma también se habían infiltrado ladrones del gozo, y Pablo recordó a los creyentes: «Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia» (Romanos 4.5).

Los cristianos de Filipos oyeron las mismas necedades. Los hermanos mayores no les dijeron que se pusieran el anillo en el dedo pulgar, sino que les insistieron en que debían circuncidarse para ser salvos (cf. Filipenses 3.2).

Hasta la iglesia de Jerusalén, aquella congregación ejemplar y representativa, oyó las invectivas monótonas de la «junta de control de calidad religiosa». A los creyentes no judíos se les decía: «Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos» (Hechos 15.1).

Las iglesias sufrieron de la misma enfermedad, que podría llamarse bloqueo de las arterias de la gracia. Esta anomalía se origina al creer que si bien el Padre puede otorgar entrada al hogar celestial, uno tiene que ganarse su lugar en la mesa. Dios paga la cuota inicial de tu redención, pero a ti te corresponde pagar las

mensualidades. El cielo te garantiza la lancha, pero a ti te toca remar si quieres llegar algún día a la otra orilla.

Bloqueo de la gracia. Te permite saborearla, mas no beberla. Moja tus labios, pero no puedes saciar tu sed. ¿Puedes imaginar una fuente de agua que tuviera esas instrucciones de uso? El aviso diría: "Absténgase de tragar. Llene su boca pero no su estómago".

Qué absurdo. ¿De qué sirve el agua si no la puedes ingerir? ¿De qué sirve la gracia si no le permites llegar a lo profundo y recóndito de tu ser?

¿Qué imagen describe con más exactitud la condición de tu corazón? ¿La de un niño rozagante y sano que juguetea en una cascada, o la de un espino del desierto? Para saberlo con certeza, hazte una pregunta. ¿Te *define* la gracia de Dios? La gracia que fluye en lo profundo aclara de una vez por todas quiénes somos en realidad.

> Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.
>
> Porque por gracia sois salvos por medio de la

fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe (Efesios 2.4-9).

Mira cómo nos define la gracia. Nosotros estamos

- vivos espiritualmente: «nos dio vida» (v. 5)
- ubicados en el cielo: «nos hizo sentar en los lugares celestiales» (v. 6)
- conectados a Dios: «juntamente con Cristo Jesús» (v. 6)
- desplegando su misericordia: «para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros» (v. 7)
- seguros para siempre: «por gracia sois salvos» (v. 8)

La gracia te define. A medida que la gracia se incorpora y penetra en tu ser, las etiquetas terrenales se desvanecen. La sociedad te rotula como una lata en línea de ensamblaje. Estúpido. Improductivo. Lento para aprender. Charlatán. El que se da por vencido. Tramposo. La gracia se infiltra y las críticas se desvanecen. Tú sabes que no eres quien ellos dicen. Tú eres quien Dios dice que eres. Vivo, espiritual, ubicado en el cielo, conectado al Padre, una demostración real de la misericordia divina y

un heredero legítimo.

Por supuesto que no todos los rótulos son negativos. Algunos en el mundo te consideran una persona atractiva, inteligente, exitosa o eficiente. Sin embargo, ni siquiera el puesto máximo de la Casa Blanca se podría comparar con el honor de estar sentado «en los lugares celestiales con Cristo Jesús». La gracia es lo que crea la hoja de vida del cristiano.

Por cierto fue así como sucedió en el caso de Mefiboset, cuya vida fue radicalmente restaurada. Después de asumir el trono de Saúl, David preguntó: «¿Ha quedado alguno de la casa de Saúl, a quien haga yo misericordia por amor de Jonatán?» (2 Samuel 9.1).

Como recordarás, los filisteos derrotaron militarmente a Saúl. Cuando se disipó el humo de la batalla, David procuró extender misericordia a los descendientes de Saúl. Un siervo llamado Siba se acordó de uno: «Aún ha quedado un hijo de Jonatán, lisiado de los pies» (v. 3). Ni siquiera recibió un nombre propio, solo la descripción del dolor que caracterizó su existencia. Un capítulo previo revela el infortunio. Cuando llegó la noticia sobre las muertes de Saúl y Jonatán a la ciudad capital, una madre nodriza en la casa de Jonatán tomó a su hijo de cinco años y huyó. No obstante, en su fuga tropezó y lo dejó caer, por lo cual el niño quedó lisiado de ambos pies.

¿A quién acude un niño en esa condición? No puede caminar. No puede trabajar. Su padre y su abuelo han

muerto. ¿Qué puede hacer el nieto inválido de un líder fracasado?

¿Qué decir de Lodebar? Suena como un lugar olvidado y abandonado a su suerte. Como unos pueblos en los Estados Unidos con nombres deprimentes como Sin Árboles en Texas, Maleza en Oregon o Lamido Francés en Indiana. Un lugar apropiado para Mefi-boset. Le pusieron un nombre más largo que su brazo. Lo dejaron caer al piso como un melón que se sale de una bolsa de papel. ¿Qué tan bajo puede caer uno? Tanto como para terminar viviendo en el sector más pobre y decadente de Lodebar.

¿Será que conocía bien las calles? Después de haberse arrastrado tanto tiempo, seguro que sí. Este hombre no solo cayó al piso sino en la ruina y el anonimato, fue sacado de la nómina del equipo y reemplazado por otro. Fue dejado en un orfanato y tuvo que defenderse como pudo de los que le menospreciaban. Así es la gente, de nombres no se acuerdan, pero sí del dolor. «Ah sí, él es el alcohó-lico». «Sí la recuerdo, la viuda aquella». «¿Te refieres a la mujer divorciada de no sé dónde?» «No, debe ser la de Lodebar». Uno tiene que vivir con esos rótulos.

Sin embargo algo sucede, como a la Cenicienta en el cuento de hadas. Los hombres del rey golpean en tu puerta en Lodebar. Te suben a una carroza y te llevan a la presencia del rey mismo. Te imaginas lo peor y empiezas a orar para que no te toque con un roncador en la celda,

pero los criados no te dejan tirado en la cárcel. Te llevan a la mesa del rey y te restriegas los ojos para leer bien la inscripción que lleva tu nombre. «Mefi-boset, dijo el rey, comerá a mi mesa, como uno de los hijos del rey» (2 Samuel 9.11).

Charles Swindoll ha compuesto una galaxia entera de párrafos preciosos, pero mi favorito corresponde a esta escena imaginaria en el palacio de David.

> Los adornos de oro y bronce brillan desde su ubicación armoniosa en las paredes. Los techos majestuosos de madera coronan cada aposento espacioso. David y sus hijos se reúnen para la cena vespertina. Absalón, bronceado y apuesto, está allí, al igual que la bella hija de David, Tamar. Se hace la llamada final y el rey examina el recinto para ver si todos están presentes. Solo falta uno.
>
> *Paso, arrastre, paso, arrastre*. El sonido que viene del corredor hace eco en el comedor. *Paso, arrastre, paso, arrastre*. Por fin aparece el convidado junto a la puerta, quien procede con lentitud a colocarse en su asiento. Es el lisiado Mefi-boset, sentado por gracia y misericordia en la mesa de David. El mantel de la mesa cubre sus pies, y ahora puede empezar el banquete real.[1]

De Lodebar al palacio, de la ignominia a la grandeza, del pasado sin futuro a la mesa del rey. Fue un cambio bastante radical para Mefi-boset que nos ayuda a recordar nuestra situación porque él ejemplifica nuestro viaje por esta vida. Dios nos sacó del callejón sin salida de Lodebar y nos sentó en su mesa: «...Nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Efesios 2.6).

Sumérgete y deja que tu alma se refresque en el profundo pozo de este pasaje bíblico. La próxima vez que soplen los vientos áridos del desierto que te definen conforme a las luchas y debilidades de ayer, extiende tu mano para tomar la copa de gracia de Dios y bebe sin detenerte. La gracia define quién eres. El padre a quien no puedes agradar está tan equivocado como el tío bonachón y alcahuete al que nunca puedes defraudar. La gente no tiene soberanía, solo Dios la posee en absoluto. Según Él, tú eres suyo. Punto. «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2.10).

Imagínate que Mefi-boset hubiera visto este versículo. Imagina que alguien en aquel tiempo en Lodebar le hubiera dicho: «No te desalientes, amigo, sé que no puedes danzar ni correr. Otros patean el balón mientras tú te quedas mirando por la ventana, pero escúchame, Dios fue quien escribió tu historia. Él te ha puesto de protagonista en su drama. De aquí a tres mil años tu

historia será una bella ilustración de la gracia divina para los lectores del siglo veintiuno».

¿Le habría creído? No sé, pero mi oración es que tú lo creas. Tú formarás parte de la exhibición de obras maestras de Dios, como testimonio imperecedero en su galería de la gracia.

Hace más de cien años, unos pescadores departían en el comedor de una posada junto al mar en Escocia, intercambiando anécdotas de pesca. Uno de ellos hizo grandes gestos para describir el tamaño de un pez que había escapado. Su brazo cayó sobre la bandeja del té que llevaba la criada y la tetera salió volando hasta pegar contra la pared, donde su contenido dejó una mancha indefinida de color marrón.

El dueño de la posada examinó el daño y se lamentó: «Voy a tener que volver a pintar toda la pared».

«Tal vez no», sugirió un extraño. «Permítame trabajar en la pared».

Como no tenía nada que perder, el propietario aceptó la singular oferta. El hombre sacó lápices, pinceles, óleos y pigmentos de su maletín de artista. Trazó unas líneas alrededor de las manchas y aplicó sombras y colores entre las salpicaduras de té. Después de un tiempo, empezó a surgir una imagen definida: Un gamo de cornamenta formi-dable. El hombre puso su firma en la parte de abajo, pagó su comida y se fue. Su nombre: Sir Edwin Lanseer, famoso pintor de la vida silvestre.

En sus manos, un error se convirtió en una obra maestra.[2]

Las manos de Dios hacen lo mismo, una y otra vez. Él pinta encima y alrededor de los borrones dislocados de nuestra vida y los convierte en una expresión hermosa de su amor. Llegamos a conver-tirnos en obras maestras por «las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros» (Efesios 2.7).

¿Quién determina tu identidad? ¿Qué te define? ¿El día en que te estrellaste contra la pared? ¿O el día en que fuiste llevado a la mesa del Rey?

Recibe la obra de Dios. Bebe hasta el fondo de su manantial de gracia. A medida que la gracia llega a lo profundo de tu alma, Lodebar se convertirá en un punto en el espejo retrovisor. Los días tenebrosos nunca más definirán quién eres. Ahora estás en el palacio.

Además, ahora sabes qué decir a los hermanos mayores del mundo. Ya no es necesario afanarse por mantener limpia una túnica ni seguir reglas para portar un anillo. Tus obras no te salvarán y tus obras tampoco te mantienen salvo. La gracia sí. La próxima vez que el hermano mayor empiece a gruñir más fuerte que un par de perros rabiosos, afloja tus sandalias, ponte el anillo en el dedo que quieras y cita al apóstol de la gracia que dijo: «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Corintios 15.10).

CUATRO
Morir
para nacer

¿Qué harías con tal de evitar la muerte? Si llegaras a oír los pasos del jinete de capa negra que cabalga con una hoz en la mano, ¿qué precio te dispondrías a pagar por una prolongación de tu vida? ¿Quizá darías tu mano derecha?

Aron Ralston lo hizo. El aventurero de veintisiete años escala las montañas rocosas en los Estados Unidos como si se tratara de un peregrinaje religioso. Ya ha conquistado cuarenta y cinco cimas solo, todas durante el invierno y la mayoría a medianoche, tras haber empezado en la madrugada. Para él no era novedad vivir al borde del precipicio día tras día, pero ¿qué le habría parecido la idea de quedar atrapado bajo un peñasco de cuatro toneladas?

Ya se disponía a descender uno de tantos y dejarlo atrás cuando de repente la roca cambió de posición y dejó su mano derecha atascada contra la pared del barranco en un cañón remoto de Utah.

El escalador experimentado empujó la roca con su hombro y hasta la trató de romper con su cuchillo. También intentó levantarla con sus lazos y poleas, algo obviamente imposible. El peñasco no se movió un milímetro. Después de cinco días, ya sin agua ni comida y oscilando entre períodos de profunda depresión y visiones de los buenos tiempos con sus amigos y familiares, tomó una decisión pasmosa que hace temblar a cualquiera. Decidió cortar su mano derecha.

«Se me ocurrió que si lograba romper mis huesos entre el codo y la muñeca, donde estaban atrapados, podría quedar en libertad», declaró después a los medios. «Primero logré partir el radio y unos minutos después el cúbito». A continuación, con una herramienta multiusos, de esas baratas que se consiguen en oferta especial, el escalador empezó a cortar su propia piel y carne. La improvisada cuchilla estaba con tan poco filo que «ni siquiera me cortó los vellos del brazo», pero él persistió en la amputación. Después contó a los reporteros, «me demoré como una hora».[1]

No trates ni siquiera de imaginar los sonidos producidos durante ese lapso cruento de sesenta minutos,

si yo me siento desmayar cuando la enfermera se demora diez segundos en sacarme sangre.

Ralston por fin se soltó del peñasco y ahora le esperaba el reto de encontrar a seres humanos. Se arrastró por una cuesta de 60 metros, bajó con soga (recuerda, con un solo brazo) por una pared de 30 metros, y luego caminó 10 kilómetros. Solo después de tal peripecia se encontró con unos turistas holandeses que, sin lugar a dudas, recibieron a cambio de su dinero mucho más que lo prometido por su agente de viajes. Ralston nunca ha presumido de valiente, y siempre ha explicado el asombroso escape como «una cuestión pragmática".[2]

Pragmático, sin lugar a dudas. Llegó a un callejón sin salida, donde a mano derecha le esperaba la muerte y, sin mano derecha, la vida. Al verse enfrentado con esa decisión aterradora, optó por la vida. ¿Haríamos nosotros lo mismo?

Lo cierto es que hacemos todo lo posible por evitar la muerte, que se ha convertido en el enemigo público número uno. Siempre hay que ponerse el cinturón de seguridad, dormir más, hacer ejercicio frecuente, comer alimentos más saludables, ingerir más proteína y menos cafeína, más vegetales y menos carbohidratos. Esquivar la sombra de la muerte es el tema dominante de nuestros tiempos.

Sin embargo, nadie la puede evadir para siempre. En

una de las meditaciones sobre la muerte, la Biblia ofrece algunos hechos funestos:

> Este morirá en el vigor de su hermosura, todo quieto y pacífico; sus vasijas estarán llenas de leche, y sus huesos serán regados de tuétano.
> Y este otro morirá en amargura de ánimo, y sin haber comido jamás con gusto.
> Igualmente yacerán ellos en el polvo, y gusanos los cubrirán (Job 21.23-26).

Eclesiastés 8.8 también le levanta el ánimo a cualquiera: «No hay hombre que tenga potestad sobre el espíritu para retener el espíritu, ni potestad sobre el día de la muerte; y no valen armas en tal guerra, ni la impiedad librará al que la posee».

Esto nos angustia porque nos gustaría tener no solo voz sino también voto en cuanto a nuestra muerte. ¿No podría Dios ofre-cernos una lista de fechas opcionales para elegir el día de nuestra partida? Casi todos solicitaríamos el paquete de cien años con salud excelente seguidos por una siesta prolongada tras la cual despertaríamos en el cielo.

Sin embargo, Dios no ha delegado a nadie su agenda para el manejo de esas fechas tan importantes. Por razones no divulgadas, Él toma esas decisiones sin

requerir nuestro consentimiento. Por supuesto, aunque la fecha de tu muerte no ha sido revelada, sí está confirmado que es inevitable. «Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (Hebreos 9.27).

El escalador de Utah no es el único en llegar a esa encrucijada de vida o muerte en aquel callejón sin salida. «¿Qué hombre vivirá y no verá muerte?» (Salmo 89.48). Nadie se exime de esta realidad y tú, al igual que todos los hijos de Dios, vives a un solo suspiro de distancia de tu propio funeral.

Por supuesto, desde la perspectiva de Dios esto no debería entris-tecernos. Él responde a tales hechos graves y funestos con esta noticia grandiosa: «Mejor el día de la muerte que el día del nacimiento» (Eclesiastés 7.1). Esto es lo que hace la diferencia. El cielo disfruta una reacción tipo «pabellón de maternidad» con los funerales. Los ángeles observan los entierros de la misma manera en que los abuelos esperan que se abran las puertas de la sala de partos. «¡Va a salir de ahí en cualquier momento!» Les cuesta esperar al recién nacido que está pronto a llegar. Mientras nosotros vamos en la carroza fúnebre vestidos de negro, ellos cuelgan ribetes rosados y azules y se reparten confites. Nosotros no nos lamentamos cuando entra un nuevo bebé al mundo. Asimismo, las huestes celestiales no lloran cuando lo dejamos atrás.

Oh, cuántos de nosotros temblamos al pensar en la

muerte. ¿Sientes esa aprehensión? ¿Tienes miedo de morir? ¿Se roba ese miedo el gozo de tu vida? Puede ocurrir así, como le sucedió a una joven llamada Florence. Al cumplir treinta y siete años informó a sus amigos que su vida pendía de un hilo que podría romperse en cualquier momento. Por eso decidió meterse a la cama, y quedó allí confinada ¡durante cincuenta y tres años! Su declaración de muerte demostró ser verdadera, porque sí murió, solo que a los noventa años de edad.

Los doctores no encontraron causa médica. Los que la exami-naron se alejaron de su lecho de muerte sin saber qué decir. Casi todos la habían diagnosticado como una hipocondríaca sin esperanza que temía la muerte y vivía obsesionada por su inminencia. A excepción de tres años, Florence vivió acobardada frente al titán de la muerte. Se volvió famosa durante esos años en el frente de batalla de la guerra de Crimea, no por haber sufrido sino por brindar amistad y cuidado a los que sufrieron. Florence Nightingale pasó a la historia como la enfermera más famosa, pero vivió la mayor parte de su existencia como una esclava de la muerte.[3]

¿Qué decir de ti? ¿El temor a la muerte te roba el gozo de vivir? Si es así, ¡vive! Después de todo, Jesús vino para «librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 2.15).

La muerte opera dentro de la jurisdicción que Dios le ha señalado y los forenses le rinden cuentas. «Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven» (Romanos 14.9). Tu muerte puede tomarte por sorpresa y entristecer a mucha gente, pero en el cielo no se sabe de muertes a destiempo: «Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas» (Salmo 139.16).

Dios nos distribuye y asigna días como el encargado de una tienda que recibe y dispensa monedas y billetes. Para todos los que dudan de su poder, Jesús tiene tres palabras: «¡Lázaro, ven fuera!» (Juan 11.43).

Si la Biblia tuviera una lista de los muertos más famosos, Lázaro iría a la cabeza. Vivió en Betania, una aldea apacible cerca de Jerusalén. Jesús pasó bastante tiempo allí. Tal vez le gustaba la cocina de Marta o la devoción de María, pero algo sí es seguro: Consideraba a Lázaro como un amigo querido. La noticia de su muerte motiva a Jesús a decir: «Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle» (Juan 11.11).

Cuatro días después del funeral es cuando Jesús al fin aparece y literalmente llama a su amigo con un «¡Lázaro, ven fuera!» Trata de imaginar lo que sintió Lázaro al oír esas palabras. Aquel Lázaro enviado desde el cielo donde había estado tan dichoso durante los últimos cuatro e inmensurables días. A estas alturas ya habría entablado

amistades con otros santos. El rey David le habría mostrado su colección de arpas, Moisés le habría invitado a tomar té con maná. Elías y Eliseo le habrían dado un paseo en el carro de fuego. Daniel le habría prometido un león de la historia bíblica y Lázaro casi se dispone a visitarlo cuando oyó la voz que resonó por toda la ciudad celestial.

«¡Lázaro,ven fuera!»

Todos allí conocen esa voz. Nadie pregunta *¿y quién fue ese?* Los ángeles se quedan quietos, mientras los habitantes de la ciudad santa se fijan en el chico de Betania y alguien dice: «Parece que el deber te llama otra vez por esos lados».

Lázaro no duda del llamado. El pasaporte celestial viene acompa-ñado de comprensión perfecta. Tampoco objeta el llamado, pero si así lo hubiera hecho, ¿quién le habría amonestado? Su cuerpo celestial no sabe de fiebre, su futuro está libre de todo temor, vive en una ciudad carente de candados, prisiones y antidepresivos. Como el pecado y la muerte no existen, los predicadores, los doctores y los abogados están en plena libertad para adorar a Dios. ¿Culparía alguien a Lázaro por reaccionar al llamado diciendo: «Si no es indispensable, no me hagan volver allá, por favor»?

No obstante Lázaro se abstiene de cuestionar el mandato, al igual que todos los demás. Los viajes de regreso han sido bastante frecuentes en los últimos días.

La hija del jefe de la sinagoga, el joven de Naín y ahora Lázaro de Betania. Lázaro se dirige a la puerta de salida que solo se usa en muy raras ocasiones. Aquella misma, supongo, que Jesús abrió treinta años antes. Tras despedirse y en un abrir y cerrar de ojos, vuelve a ser unido a su cuerpo y se despierta sobre una piedra fría en una tumba labrada en la ladera. La roca que tapaba la entrada ha sido quitada y Lázaro trata de moverse. Está envuelto como una momia, pero logra sentarse y salir caminando de la tumba al estilo de Frankenstein.

La gente se queda mirando atónita.

Al leer el relato nos preguntamos: «¿Por qué Jesús lo dejó morir solo para llamarlo de vuelta al mundo?»

Para demostrar quién controla espectáculo. Para sacar de la manga el as que vence la baraja del cementerio. Para desplegar la fortaleza irresistible de Aquel que bailó sobre el cuello del diablo y se enfrentó cara a cara con la muerte al declarar: «¿Eso es lo que llamas un callejón sin salida? Pues yo lo llamo una escalera eléctrica».

«¡Lázaro, ven fuera!»

Esas palabras sonaron también como práctica para el gran día de la resurrección, pues Él está preparando una evacuación de tumbas a escala mundial. «¡José, ven fuera!» «¡María, ven fuera!» «¡Fulano, ven fuera!» «¡Mengano, ven fuera!» Una tras otra tumba quedarán vacías. Lo que le sucedió a Lázaro también nos pasará a nosotros, solo que nuestra reunión de espíritu y cuerpo

ocurrirá en el cielo y no en el cementerio de Betania.

> Cuando esto suceda, cuando nuestros cuerpos terrenales y pere-cederos sean transformados en cuerpos celestiales que nunca morirán, en ese momento por fin se cumplirán las Escrituras:
>
> > Sorbida es la muerte en victoria.
> > ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?
> > ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?
> > (1 Corintios 15.54-55).

¿Qué nos toca hacer mientras llega ese momento? Revisar nuestra lista de amigos. Por cuanto Lázaro llamó a Jesús su amigo, este lo llamó a salir de la tumba. En asuntos de vida o muerte, todos necesitamos un amigo en los lugares más altos. Si no lo tenemos, estamos en grandes problemas. «Cuando muere el hombre impío, perece su esperanza; y la expectación de los malos perecerá» (Proverbios 11.7). Asegúrate de que Jesús se refiera a ti con el mismo cariño que con Lázaro. Prepárate para la muerte entablando lazos fuertes de amistad con Cristo. «Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos» (Salmo 116.15).

El miedo a la muerte termina cuando uno sabe que el cielo es su hogar verdadero y permanente. En todos mis

viajes aéreos nunca he visto a un pasajero llorar cuando el avión aterriza. Nunca. Nadie se aferra a la silla y ruega diciendo: «No me obliguen a salir, por favor. Quiero quedarme a comer más maní». Estamos dispuestos a salir porque el avión no tiene una ubicación permanente. Lo mismo sucede con este mundo. «Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo» (Filipenses 3.20).

Juan Knox se identificaría con esto. Nacido en 1505 en Escocia, su predicación regeneró toda una sociedad. Este hombre inspiró a las masas y desafió los excesos del trono. Unos lo amaron y otros lo aborrecieron, pero Escocia nunca lo olvidó. Hasta el día de hoy puede visitarse su hogar en Edimburgo y entrar a la habitación donde algunos creen que dio su último suspiro. Esto es lo que sucedió en aquella ocasión. Su compañero de labores, Richard Bannatyne, estaba junto a su lecho de muerte. La respiración de Knox se tornó dificul-tosa y lenta. Bannatyne se inclinó para hablar al oído de su amigo. «Ha llegado el momento de poner fin a tu batalla. ¿Tienes esperanza?» susurró a su amigo.

La respuesta del reformador moribundo llegó en la forma de un dedo. Levantó su dedo y lo apuntó hacia arriba y murió, acto con el cual inspiró a un poeta a escribir:

. . . el ángel de la muerte lo dejó desmenuzar sus

lazos deshilachados con la tierra, mientras el dedo frío y tieso apuntaba firme hacia el cielo.[4]

Que tu muerte te encuentre apuntando en la misma dirección. Te recomiendo hacer lo siguiente: Entrega a Dios tu muerte. Imagina tu último suspiro, visualiza tus minutos finales y ofrécelos a Él. De forma deliberada y periódica. «Señor, recibo tu obra en la cruz y en tu resurrección.Confío a ti mi partida de la tierra». Con Cristo como tu amigo y el cielo como tu hogar, el día de la muerte se torna más dulce que el del nacimiento.

CINCO
El corazón vuelto a casa

Busca a Carinette entre todos los rostros de aquel orfanato de Haití. Examina los cincuenta y siete niños de piel oscura, ojos brillantes y cabello encrespado que hablan francés creole, a ver si encuentras a una niña de siete años, única e irrepetible. No parece diferente a los demás. Come el mismo arroz con fríjoles. Juega en el mismo campo polvoriento. Duerme bajo el techo de hojalata como las demás niñas y oye el mismo golpeteo de la lluvia tropical casi todas las noches. No obstante aunque parece igual a los demás, las apariencias engañan. Ella vive en un mundo diferente, un mundo llamado «mi futuro hogar».

¿Ves a la niña flaca que viste una camisa rosada? La

niña con la nariz larga y cabello enredado que tiene un puñado de fotos. Pídele que te deje verlas. Carinette te las mostrará así no se lo pidas. Las fotografías muestran imágenes de su futura familia. Ella ha sido adoptada.

Sus padres adoptivos son amigos míos. Ellos le llevaron esas fotos, un oso de peluche, golosinas alimenticias y galletas. Carinette compartió los manjares y solicitó al director que le guardara su oso, pero siempre lleva consigo las fotografías. Así recuerda su futuro hogar. En un mes, a más tardar dos, estará allí. Ella sabe que el día llegará. Cada vez que se abre la puerta principal le salta el corazón. Cualquiera de estos días su padre entrará por esa puerta. Él prometió que volvería por ella. Vino la primera vez para reclamarla y volverá para llevarla a su nuevo hogar.

Hasta ese momento vivirá con el corazón orientado al hogar.

¿No deberíamos todos vivir así? La situación de Carinette es un reflejo de la nuestra. Nuestro Padre también vino a visitarnos. ¿Acaso no hemos sido reclamados por Él? ¿Adoptados también? «Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!» (Romanos 8.15).

Dios te buscó. Antes de que supieras que necesitabas ser adoptado(a), Él ya había llenado los documentos y decorado tu habitación. «Porque a los que antes conoció,

también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (Romanos 8.29).

¿Abandonarte en un mundo sin padre? De ningún modo. Los que tienen acceso al Libro de la familia de Dios pueden leer tu nombre. Él lo escribió allí. Es más, Él pagó el precio de tu adopción. Ni tú ni Carinette pueden pagar la salida del orfanato, por eso Dios envió a Cristo «para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (Gálatas 4.5).

No podemos pagar nuestra adopción, pero sí podemos aceptarla. Carinette pudo haber dicho a sus potenciales padres adoptivos que no se metieran en su vida, pero esa no fue su decisión. De la misma forma, tú podrías decirle a Dios que no se metiera contigo. ¿Te atreve-rías a hacer algo así? Tan pronto aceptamos su ofrecimiento pasamos de ser huérfanos a herederos.

«Herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Romanos 8.17). ¡Herederos! El cielo no sabe de hijastros ni nietos. Tú y Cristo participan del mismo testamento. Lo que Él hereda, tú lo heredas. Vas rumbo a casa.

Oh, pero somos olvidadizos. Nos acostumbramos a los colchones duros y los techos de hojalata. Muy rara vez nos asomamos por la cerca para ver el mundo venidero. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que mostraste a alguien tus fotos? ¿Te habla Pedro a ti cuando nos apremia como «extranjeros y peregrinos» (1 Pedro 2.11) para que no nos

acomo-demos ni nos sintamos como en casa en este mundo?

Adoptados, mas no transportados. Tenemos una nueva familia, mas no todavía nuestra casa celestial. Conocemos el nombre de nuestro Padre, pero no hemos visto su rostro. Él nos reclamó, pero todavía no ha venido por nosotros.

Así es como estamos ahora. Atrapados entre lo que es y lo que será. No más huérfanos, pero no en casa todavía. ¿Qué hacemos mientras llegamos al hogar celestial? Son tiempos malos los que nos toca vivir. Tiempos de enfermedades incurables, conductores embria-gados y traidores que hacen de la vida en la tierra algo nada deseable ni seguro. ¿Cómo debemos vivir durante el tiempo malo? ¿Cómo mantenemos nuestros corazones con rumbo al hogar celestial? Pablo nos ofrece sugerencias sabias.

> [Como cristianos] también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? (Romanos 8.23-25).

Pablo llama al Espíritu Santo «primicias» (v. 23), que es como una prueba anticipada de la gloria futura. Ninguna persona con buen apetito necesita una definición de esa palabra. Incluso mientras escribo este capítulo, mi mente se distrae con la idea de tomar ciertos anticipos de la cena. Dentro de una hora estaré en la cocina de mi esposa para olfatear las delicias de la cena como un perro labrador en busca de presa. Cuando ella no me esté mirando, voy a gustar unos bocados a escondidas. Un pedazo de pavo, una cucharada de guiso, un trozo de pan. Golosinas que anticipan la cena y abren el apetito antes de sentarnos a la mesa.

Las degustaciones de la cocina celestial cumplen una función similar. Hay momentos, y quizá sean muy pocos, en que el tiempo se evapora, el gozo pasa a una nueva sintonía y el cielo nos dispensa algunos tentempiés.

- Tu recién nacido pasa del desasosiego al descanso. Bajo la luz ámbar de una media luna, recorres con tus ojos los dedos diminutos hasta los párpados tersos que cubren ojitos adormilados, y te preguntas: *¿Dios te regaló a mí?* Es una libación anticipada del viñedo celestial.

- Te has ensimismado en el trabajo que te encanta hacer y que para hacerlo fuiste creado. Al dar un

paso atrás para contemplar el lienzo húmedo, el huerto recién plantado o el motor de ocho pistones que acabas de reconstruir, te llenas de satisfacción como si hubieras tomado un vaso de agua fresca y el ángel pregunta: «¿Otro aperitivo?»

- La letra del himno dice aquello que tanto anhelas pero no puedes expresar y por un momento, sublime y espléndido, no hay guerras, no hay heridas ni impuestos que pagar. Solo tú, Dios y la seguridad callada de que todo está bien en el mundo.

En lugar de descontar esos momentos especiales como producto de la buena suerte, disfrútalos al máximo porque pueden afinarte con el cielo. Esa misma función también la cumplen los momentos difíciles. «Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo» (Romanos 8.23).

¿Crees que Carinette gime? Es algo que los huérfanos tienden a hacer. Llevan vidas muy solitarias. Al ver un niño con su madre y su padre, gimen de puro anhelo. Ven una casa y piensan en su colchón duro. Gimen. Se preguntan qué sucedió a sus padres biológicos y gimen. Por supuesto.

No obstante los gemidos de Carinette son contados. Cada comida de la cafetería la acerca más a los platos domésticos que disfrutará en su nuevo hogar y cada noche en el dormitorio la acerca más a su habitación propia. Si gime por su anhelo de llamar a alguien mamá, recuerda que pronto lo hará.

Sus luchas despiertan anhelos fervientes por el hogar venidero. Deja que tu cuerpo lleno de golpes te recuerde aquel eterno que vas a recibir. Que los días de mucha acidez estomacal despierten pensamientos de aquella paz interminable que disfrutarás. ¿Te han acusado falsamente? ¿Has experimentado abuso? La calumnia también es parte de esta vida, mas no de la otra. En lugar de amargarte por los problemas de la vida, presta atención a lo que ellos tienen que decirte.

Ciertos momentos son tan terribles que para nada más sirve recordarlos. Hace años un ensayo de la revista *Time* introdujo a los lectores al mundo macabro de los niños maltratados. Nos familiari-zamos con Antwan, de diez años, utilizado como títere por los matones del barrio y los vendedores de drogas. Ellos le exigieron que se hiciera presente y el niño temía su castigo. Al llegar la policía, los buscapleitos metieron sus drogas en las medias del pequeño, pensando que él no sería requisado. Antwan conocía mejor a los policías que a sus maestros de la escuela. ¿Qué esperanza puede tener un niño como Antwan? El escritor nos llevó a su humilde inquilinato. Su

madre era dueña de un bombillo. Al salir de la cocina lo llevó a la sala y al enroscarlo a la lámpara, la luz tenue iluminó un afiche pegado a la pared de un pequeño niño de color que lloraba. El letrero en la parte de abajo decía: «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Apocalipsis 21.4).[1]

Puedes girar cheques de esperanza respaldados por esta promesa. No te lamentes por el paso inexorable del tiempo, apláudelo. Cuanto más bebas del pozo de Dios, más le dirás al reloj que se apresure. Cada segundo que pasa te acerca más a la culminación de tu adopción. Como Pablo escribe: «nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción» (Romanos 8.23).

Mis hijas ya han dejado de hacer esto, pero hubo un tiempo en que celebraban mi llegada a casa todos los días. Jenna tenía cinco años y Andrea tres. Denalyn les avisaba que yo había llegado y ellas corrían a la ventana, con sus narices y sus manos presionadas contra el vidrio; mientras entraba al garaje, alcanzaba a verlas allí: Andrea y Jenna, una cabeza más alta que otra, apretujadas contra la ventana del frente. Apenas me veían, daban un grito de alegría. Era increíble cómo saltaban y aplaudían, cualquiera habría creído que acababan de recibir algún premio. Ningún César que regresa a Roma después de

conquistar el mundo se sintió más bienvenido a casa que yo. Al abrir la puerta, ellas se pegaban a mis rodillas e inundaban la entrada con olas de gozo tan grandes como un maremoto.

Su padre había llegado a casa.

Ha pasado mucho tiempo desde que busqué a Dios con esa misma intensidad. Muy rara vez oigo un trueno y pienso: *¿Será Dios hablándome?* Me doy cuenta que he dejado pasar un día, y hasta dos, sin dar un vistazo al aspecto del cielo. Creo que todos podemos mejorar en esa área. «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Colosenses 3.2). ¿Qué tal si nos zambullimos de vez en cuando en el pozo del retorno de Dios? ¿No sabes que el hogar futuro de Carinette es lo que domina sus pensamientos? Las fotografías, el oso de peluche, ¿acaso ella puede acariciar esos objetos sin pensar en su próximo hogar?

Bendiciones y cargas. Ambas pueden servirnos como reloj de alarma que nos despierta del letargo. Los dones inducen anhelos por el hogar celestial, tanto como las luchas. Cada día que pasamos lejos de nuestro hogar nos acerca más al día en que nuestro Padre vendrá.

Segunda parte

Apóyate en Su Energía

SÉIS
Esperanza para los carnales

Encamínate hacia el norte en dirección a la aldea Estresada, gira a la derecha para tomar la vía que atraviesa el valle del Cansancio y al momento entrarás por las calles de Carnelandia.

Los habitantes de esta población viven cabizbajos como mulas de carga en una cuesta empinada. Los ojos en el piso, los rostros alargados y los hombros caídos. Si les pides que te expliquen su lentitud para caminar, señalarán sus autos. «Cualquiera se cansaría si tuviera que empujar uno de esos todos los días».

Para tu gran asombro, ¡eso es justamente lo que hacen! Empujan vehículos de un lado para el otro con sus

propios músculos, a punta de presionar sus hombros, afirmar los pies y dilatar sus pulmones. En lugar de sentarse tras el timón, se apoyan sobre el baúl.

Es un espectáculo que desconcierta tanto tus ojos como tus oídos. ¿Será que oyes lo que crees que oyes? Motores en pleno funcionamiento. Los ciudadanos de Carnelandia introducen la llave, arrancan sus motores, ponen la caja en neutro ¡y empujan!

Tienes que preguntarle a alguien por qué hacen tal cosa. Mientras una madre joven termina de empujar su camioneta en el estacionamiento de la tienda de víveres, le preguntas: «¿Alguna vez se le ha ocurrido pisar el pedal del acelerador?»

«Sí claro», contesta ella mientras se quita el sudor de la frente. «Presiono el acelerador para encender el auto, y me encargo de hacer el resto».

Una respuesta absurda, pero no más que aquel hombre jadeante al lado de su camión de dieciocho ruedas, que se ve más extenuado que un regordete en el último kilómetro de una maratón. «¿Usted solo empujó este camión que está en perfecto estado de funcionamiento?», le preguntas.

«Sí, yo solo», alcanza a responder con voz entrecortada antes de cubrir su boca con una máscara de oxígeno.

«¿Por qué no pisó el acelerador?»

Voltea la mirada, extrañado. «Pues porque soy un camionero de Carnelandia y aquí todos tenemos fuerzas

suficientes para hacer cada uno su propio trabajo».

El hombre no te da la impresión de ser un fortachón, pero no haces ningún comentario. Solo te vas caminando y te preguntas: *¿Qué clase de personas son estas? A un solo pedalazo de distancia del poder y la productividad, y sin embargo optan por ignorar esa posibilidad. ¿Quién querría vivir de esa manera?*

Pablo hizo a los miembros de la iglesia en Galacia una pregunta idéntica. «¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?» (Gálatas 3.3). ¿Acaso Dios solo nos ayuda a encender el auto varado? ¿Se limita a resucitar la batería muerta y nada más?

Los cristianos de Corinto también empujaron algunos carros. «Aún sois carnales», fue la acusación del apóstol (1 Corintios 3.3). ¿Qué estás diciendo, Pablo? ¿Acaso no son salvos? Sí lo son, pues el apóstol se dirige a ellos como «hermanos»(1 Corintios 3.1) y les considera hijos de Dios que van al cielo. Salvados, pero no espirituales. Conectados sí pero carentes de energía. «De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo ... aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?» (1 Corintios 3.1-3).

Yo solía pensar que había dos tipos de personas, los

salvos y los no salvos. Pablo me corrige al describir un tercer tipo: los *salvos pero no espirituales*. La persona espiritual es dependiente del Espíritu, dirigida por el Espíritu y dominada por el Espíritu. Es una persona que procura «andar en el Espíritu» (Gálatas 5.16). En cambio, la persona no espiritual enciende el vehículo de la vida cristiana y se va para atrás a empujarlo. Lo trágico es que tales personas actúan como gente del mundo, «como hombres» (1 Corintios 3.3). En su manera de hablar y de vivir, en sus prioridades y en su personalidad, se mezclan y confunden con los incrédulos.

Esa clase de cristianismo carnal frustra a Pablo. «¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?» (Gálatas 3.3).

Cristianos necios y miserables, cristianos no espirituales con los que más vale no juntarse. De los tales no proceden palabras edificantes porque hay «celos, contiendas y disensiones» entre ellos (1 Corintios 3.3). La única alegría que conocen se graduó de la secundaria el año pasado. Tal vez les queda algo de gratitud, ¿pero gratitud por qué? ¿Por el vehículo de dos toneladas que les toca empujar todos los días? Los salvos pero no espirituales ven la salvación de la misma manera que un granjero ve cien hectáreas de suelo no labrado, como un montón de trabajo. *Asistencia a la iglesia y resistencia al pecado, ¿será que ya he hecho lo suficiente?* Con razón viven cansados. Con razón se quejan tanto. «Habiendo

entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?» (1 Corintios 3.3).

Palabras hirientes
Días carentes de gozo
Relaciones conflictivas
Corazones sedientos

Encontrarás más alegría en un funeral. ¿Quién quiere vivir en Carnelandia? Es más, ¿quién querría mudarse allá? Nada es más repelente para los no cristianos que los cristianos deprimidos y negativos. Nadie quiere recibir un automóvil gratis si le va a tocar empujarlo. Tu vecino no estaría interesado, ni tú tampoco. Además, Dios no le desea eso a nadie. Él nunca quiso que tú y yo deambulásemos por la vida.

¿Cuál es su mensaje para los cristianos carnales? «Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él» (Colosenses 2.6).

¿Cómo recibimos a Cristo? Al acercarnos sedientos y beber hasta el fondo. ¿Cómo se vive en Cristo? Al acercarnos sedientos y beber hasta el fondo.

Si haces eso, el poder que te salva se convierte en el que te sostiene. Dios, aquel «que comenzó en [ti] la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Filipenses 1.6).

Cristo no te dio un automóvil y después te dijo que lo

empujaras. Ni siquiera te lo dio y te dijo que lo manejaras. ¿Sabes qué hizo? Abrió la puerta del pasajero, te invitó a tomar asiento y te dijo que te pusieras el cinturón para emprender la aventura de tu vida.

Cuando Cristo entra a las carnelandias del mundo, se coloca en la intersección de la Avenida de los Extenuados y la calle Abatida y lanza su invitación a todos los transeúntes: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él» (Juan 7.37-39).

«"Venga a mí», no «venga a mi iglesia» ni «venga a mi sistema» sino «¡venga a mí!»

Venga a mí y beba. No se refiere a un sorbito ni a una degustación sino a beber con ganas. Las gargantas sedientas ingieren agua en gran cantidad y las almas sedientas beben a Cristo con avidez. Las notas al margen de una versión estadounidense de la Biblia sugieren: «Sigan viniendo a mí y sigan bebiendo». El consumo anual o los rellenos mensuales no bastan. Esto no es como hacer degustaciones en un viñedo californiano. Esto es como caminar por el Valle de la Muerte con un espejismo en la lejanía que es en realidad el río que tanto necesitas. Tan pronto llegues, sumérgete y bebe hasta el fondo.

Al hacerlo, mira lo que sucede: «de su interior correrán ríos de agua viva» (Juan 7.38). Hemos visto torrentes tan caudalosos que se llevan automóviles y hasta

casas por delante. Los noticieros pasan y vuelven a repetir imágenes de casas que flotan corriente abajo. ¿Cuál es la fuerza que hace flotar una casa entera?

Una más pequeña que el poder que te inunda. «Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él» (v. 39). El Espíritu de Dios. La presencia poderosa, invisible e innegable de Dios que pulsaba a través de sus corazones carnales, «una fuente de agua que salte para vida eterna» (Juan 4.14).

El Espíritu de Dios arde dentro de ti. Que tú lo sientas o no carece de importancia. Tampoco importa si lo entiendes o no. Jesús dijo: «de su interior correrán ríos de agua viva" (7.38), no "podrían correr» ni «tal vez correrán» sino «correrán».

Si así es el caso, Max, explica entonces mi cansancio e irritabilidad. Si el Espíritu de Dios vive dentro de mí, ¿por qué tengo la compasión de un Hitler? No puedo tolerar a mi madre ni controlar mi mal genio ni perdonarme a mí mismo. ¡Estoy tan cansado!

Dios responde esa pregunta a través de Pablo con seis palabras contundentes: «antes bien sed llenos del Espíritu» (Efesios 5.18). La conjugación en griego hizo que los primeros lectores leyeran en mayúsculas: SED LLENOS. Con el mismo ánimo imperativo de sus instrucciones acerca de perdonar, orar y hablar con la verdad, Dios nos manda SED LLENOS de su Espíritu.

El apóstol no solo imparte un mandamiento sino que

comunica un llamado divino que es continuo y colectivo. Continuo en el sentido de que llenarse del Espíritu es un privilegio diario. Colectivo porque la invitación se extiende a todos, sean jóvenes, ancianos, siervos, hombres de negocios, santos veteranos y recién convertidos. El Espíritu llenará a todos. No se requiere pasar un examen de aptitud espiritual. No es necesario persuadirlo para que entre pues ya entró. Sería bueno que pusieras otro plato en la mesa porque tienes compañía. «Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo» (1 Corintios 6.19). Como cristiano, tienes todo el poder que necesitas para todos los problemas que enfrentas.

La pregunta real no es: ¿cómo obtengo más del Espíritu?, sino: ¿cómo puedes tú, Espíritu, tener más de mí? Esperaríamos una respuesta del tamaño de la Madre Teresa a esa pregunta: Construye un orfanato, memoriza Levítico, baña a los leprosos, quédate despierto mientras lees una docena de libros de Lucado. *Haz esto y lo otro y te llenarás,* es lo que pensamos.

Ház esto y lo otro por tu cuenta y terminarás extenuado, no lleno, corrige Dios. ¿Deseas al Espíritu de Dios? Esto es lo que debes hacer. Pídelo. «Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá ... Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Lucas 11.10, 13).

El Espíritu llena a medida que fluyen las oraciones. ¿Deseas llenarte de fortaleza? Por supuesto que sí. Ora pues: «Señor, recibo tu energía. Por el poder que me da tu Espíritu Santo, puedo hacer todo en Cristo que me fortalece». Da la bienvenida al Espíritu en todas las habitaciones de tu corazón.

Hice algo similar con el aire de mi sistema de refrigeración en la casa. Mientras estudio en el comedor, el aire fresco me rodea. Allá afuera el andén hierve como un ladrillo en un horno, pero dentro de mi casa estoy tan fresco como el otro lado de la almohada. ¿Por qué? Dos razones. Hay un compresor potente al lado de mi casa. Yo no lo construí ni lo instalé, vino como parte de la hipoteca. Hay que darle crédito al compresor de aire frío por la temperatura agradable de mi casa.

Sin embargo, también hay que darle crédito a las rejillas abiertas que están en el techo. Yo no instalé los «generadores de aire», pero sí abrí los «bloqueadores de aire». El aire refrigerado llena la casa porque las rejillas están abiertas. Yo tuve que ir cuarto por cuarto bajando las palancas para que el aire pasara sin impedimento. El Espíritu Santo llenará tu vida si tú haces lo mismo, si vas cuarto por cuarto y le invitas a fluir con libertad en ti.

Trata esto: antes de salir de tu cama, haz un recorrido mental y permite la entrada del Espíritu a cada habitación de tu casa. Antes que tus pies toquen el piso, abre cada rejilla. ¿Tienes enojo en un cuarto? ¿Cuentas por pagar

sobre un escritorio? ¿Conflictos en una oficina? ¿Necesitas aire fresco en el sótano o un cambio de atmósfera en los pasillos? Invítalo a llenar cada corredor de tu vida. Así, después de darle la bienvenida en todos los rincones de tu corazón, podrás ir al garaje, sentarte en el puesto del pasajero, ponerte el cinturón de seguridad y agradecer a tu Conductor que ya no tienes que vivir en Carnelandia.

SIETE
En espera del poder

Injertada como una espiga de pasto en el rosal de Mateo se encuentra esta declaración: ‘Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Y cuando le vieron, le adoraron; *pero algunos dudaban*" (Mateo 28.16-17, cursivas añadidas). Tres años de milagros no fueron suficientes. Tampoco lo fueron cuarenta días en el Retiro Exclusivo de la Resurrección. Lo vieron desocupar tumbas y dictar cambios climáticos, pero seguían dudosos.

Suena increíble. ¿Quién podría conocerlo mejor que ellos? Habrías podido hacerles cualquier pregunta sobre Cristo. Lo que fuera. «¿Tarareaba mientras caminaba? ¿Oraba antes de comer? ¿Le hablaba dormido a las

tormentas? Si fue así, ¿le hicieron caso las tormentas?» Ellos sabrían la respuesta porque conocían de primera mano a la persona de Cristo.

Además, ellos de verdad podían hablar sobre la pasión de Cristo. Juan apartó la vista al oír los golpes del martillo. María derramó lágrimas mientras su hijo gemía. Estaban tan cerca que hasta pudieron ser salpi-cados por su sangre. Ellos conocieron plenamente su pasión. Cuando llegó la hora de preparar el cuerpo para su sepultura, lo hicieron.

También les llegó la hora de ver la tumba vacía y asimismo lo expe-rimentaron. Pedro pasó un dedo verificador por la piedra corrida. Tomás examinó las manos perforadas de Jesús como si fuera un estudiante de medicina. Además, Jesús les enseñó durante cuarenta días. ¡Cuarenta días! ¿Puedes imaginar un seminario de seis semanas con el Intelecto ordenador de las partículas y los microorganismos? «Cuéntanos otra vez, Jesús, cuéntanos cómo es que saliste del infierno».

Entrenados por Cristo mismo, fueron testigos de los momentos más concluyentes de la historia. Estos discípulos están listos, ¿no es cierto? Al parecer, no, porque «algunos dudaban».

Las preguntas les seguían zumbando como moscas en el verano. Aun después de mil conversaciones al calor del fuego y un álbum lleno de recuerdos y momentos colosales y portentosos, algunos discípulos seguían

renuentes. *Es que todavía no estoy seguro*. ¿Qué hará Jesús con ellos? Nos gustaría saberlo, ¿no es así? En realidad queremos saberlo. Esa palabra *todavía* también aparece en muchas de nuestras frases.

«Todavía me preocupo».

«Todavía digo chismes».

«Mi matrimonio todavía sigue congelado».

«Todavía vacilo entre dejar la bebida y visitar el bar de la esquina».

«Todavía siento un vacío en el estómago cada vez que me llama aquel novio que tuve».

Podríamos derivar un extraño consuelo de las dudas persistentes de los discípulos porque todavía tenemos las nuestras. Nos preguntamos entonces: *¿Tiene Cristo algo que decir a los que siguen hurgando en el anaquel de la duda?*

Su «sí» es bastante sonoro y su instrucción te sorprenderá. Lo que Él les dijo es lo mismo que nos dice hoy: «les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí» (Hechos 1.4).

La palabra de Jesús a los discípulos dudosos fue «esperen». Antes de salir, quédense quietos. Antes de dar un paso adelante, siéntense. «Quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis inves-tidos de poder desde lo alto» (Lucas 24.49).

Eso mismo hicieron. «Y entrados, subieron al

aposento alto, donde moraban… Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos» (Hechos 1.13-14).

En realidad, los discípulos tienen muchas razones para salir corriendo. Alguien tal vez tiene un negocio pendiente o tiene que atender un cultivo o una hacienda. Además, los mismos soldados que mataron a Jesús siguen vigilando las calles de Jerusalén. Los discípulos tienen muchos motivos para irse, pero no lo hacen. Se quedan, y se quedan juntos.

Se reunían y permanecían unidos y «unánimes» todo el tiempo. Hasta ciento veinte llegó a ser el número de las almas congregadas bajo el mismo techo. ¿Cuántos conflictos en potencia crees que existían al interior de este grupo? Es decir, era como un barril de dinamita. Natanael pudo haber mirado mal a Pedro por negar a Cristo junto a la hoguera. Oye, pero al menos Pedro se acercó a la hoguera, tal vez les achacaba a los demás el haber huido. Lo mismo pudieron haber sentido las mujeres, fieles hasta el final y junto a la cruz pero les toca estar en el mismo sitio con los hombres cobardes que abandonaron al crucificado. El aposento está lleno de conflicto en potencia. María pudo haber exigido un trato especial. Los hermanos de sangre de Jesús están en ese lugar. Ellos habían tratado de encerrar a Cristo, ¿por qué no suponer que querrán encerrar a sus seguidores? Y las mujeres. ¿No

se supone que era una reunión exclusiva de los varones? ¿Quién dejó entrar a las damas? Amargura, arrogancia, desconfianza, intransi-gencia. El aposento abriga una mezcla exclusiva que podría explotar en cualquiera de esas direcciones. No obstante, nadie se atreve a encender un fósforo. Todos deciden permanecer juntos, y por encima de todo, oran juntos.

«Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego». Marcos emplea la misma palabra griega que se traduce aquí «perseveraban» y que significa también «continuamente». Él describió una barca que flotaba sobre el agua mientras esperaba a Jesús. El maestro estaba hablando desde la playa de Galilea y dijo a los discípulos «que le tuviesen siempre lista la barca» (Marcos 3.9). La barca estaba «continuamente» en la presencia de Cristo y asimismo los discípulos en el aposento alto se mantuvieron «siempre listos». Pasó un día. Luego dos. Después una semana. Ellos no saben si tendrán que pasar cien más, pero de allí no se mueven. Persisten en la presencia de Cristo.

Entonces, diez días más tarde, ¡prepárense para lo que viene!

> Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados;

> y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen (Hechos 2.1-4).

Los dudosos se convirtieron en profetas. Pedro predicó y la gente vino, y Dios abrió las compuertas del movimiento más grande en la historia. Empezó porque los seguidores estuvieron dispuestos a hacer algo trascendental: Permanecer en el lugar correcto en espera del poder.

Nosotros vacilamos mucho para hacer lo que ellos hicieron. ¿Quién tiene tiempo para esperar? Nos echamos a la pena con tan solo pensarlo, pero lo cierto es que esperar no tiene que ver con inacti-vidad, más bien con actividad *en Él.* Esperar significa velar por su llegada. Si esperas el bus, estás pendiente de su aparición. Si esperas a Dios, estás pendiente para verlo tan pronto llegue, lo buscas y abrigas la esperanza de ser encontrado por Él. Grandes promesas vienen a aquellos que saben esperar. «Pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán» (Isaías 40.31).

A aquellos que todavía luchan, Dios dice: «Esperen en mí». Además, se debe esperar en el lugar indicado. Jesús no nos dice que permanezcamos en Jerusalén, pero sí que

permanezcamos honestos, fieles y verdaderos. «Mas si no oyereis la voz de Jehová, y si fuereis rebeldes a las palabras de Jehová, la mano de Jehová estará contra vosotros como estuvo contra vuestros padres» (1 Samuel 12.15). ¿Estás abultando tus bolsillos por medios ilegales? ¿Estás entregando tu cuerpo a alguien que no lleva tu nombre ni porta tu anillo? ¿Es tu boca un Amazonas de chismería? Si decides vivir en la parada del bus de la desobediencia, necesitas saber algo: El bus de Dios no hace paradas allí. Acude al lugar de la obediencia: «También el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen» (Hechos 5.32).

Mientras esperas en el lugar correcto, mantén una buena relación con la gente que te rodea. ¿Acaso tendría el Espíritu Santo discípulos contenciosos y ungidos al mismo tiempo? Según Pedro, la falta de armonía obstaculiza las oraciones, por eso dice a los esposos: «Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente … para que vuestras oraciones no tengan estorbo» (1 Pedro 3.7). Esperar en Dios significa resolver los conflictos a pesar de las diferencias, perdonar las ofensas y reconciliar a las partes enfrentadas. «[Siempre] solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Efesios 4.3).

Hace unos años tuvimos en nuestra casa un trampolín en el patio trasero. Una tarde de sábado noté que nuestras tres hijas estaban saltando en él. Mis hijas, como sucede

con casi todos los hermanos y hermanas, no siempre se llevan bien, pero por alguna razón aquella tarde eran las más entusiastas entre sí. Cuando una saltaba, las otras dos aplaudían. Si una se caía, las otras dos la ayudaban a levantarse. Yo me hinché de orgullo, y ¿sabes qué hice al rato? Me sumé a ellas. No podía resistirlo. La alianza que tenían me agradó. Nuestra alianza fraterna también agrada a Cristo. Jesús prometió: «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mateo 18.20).

¿Deseas poder para tu vida? Vendrá a medida que, «tú haces tu parte para estar en paz con todos los hombres» (Romanos 12.18).

También por medio de tu vida de oración. Los discípulos oraron durante diez días. Diez días de oración y unos cuantos minutos de predicación trajeron como resultado tres mil almas salvadas. Quizás nosotros invertimos los números. Tendemos a orar unos cuantos minutos y predicar diez días. No así los apóstoles. Como la barca que estaba siempre lista y a la espera de Cristo, ellos permanecieron todo el tiempo que fuera necesario en su presencia. Nunca salieron del lugar de la oración.

Los escritores bíblicos se refirieron con frecuencia a ese lugar. Los primeros cristianos fueron exhortados a:

- «orar sin cesar» (1 Tesalonicenses 5.17)

- ser «constantes en la oración» (Romanos 12.12)
- vivir «orando todo el tiempo» (Efesios 6.18)

Recuerda que ellos perseveraron continuamente, y ese adverbio describe la clase de oración que hicieron los apóstoles en el aposento alto. Esa misma palabra describe nuestras oraciones: «Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias» (Colosenses 4.2).

¿Suena como una carga difícil de sobrellevar? Tal vez te preguntas: *Necesito atender mis asuntos, mis hijos necesitan la cena, mis cuentas tienen que ser pagadas. ¿Cómo puedo permanecer en el lugar de la oración?* Orar sin cesar suena como algo complicado, pero no tiene por qué serlo.

Practica lo siguiente: Cambia tu definición de oración. No pienses que es tanto una actividad para Dios como un conocimiento de Dios. Procura vivir en una conciencia permanente de su realidad. Reconoce su presencia dondequiera que vayas. Al esperar en la fila mientras pagas el registro de tu automóvil, piensa: *Gracias Señor por estar aquí conmigo. En la tienda de víveres mientras haces las compras, medita: Tu presencia, mi Rey, acojo en mi vida. Te doy la bienvenida*. Mientras lavas los platos, adora a tu Hacedor. El hermano Lawrence lo hizo. Este santo reconocido se llamó a sí mismo el «señor de las ollas y los sartenes». En su libro *La práctica de la*

presencia de Dios, escribió:

> El momento de atender mis asuntos no difiere en absoluto de mi tiempo de oración, y en medio de los ruidos de mi cocina, mientras otras personas hablan de mil y una cosas diferentes, yo poseo la presencia de Dios con la misma tranquilidad como si estuviese arrodillado frente al bienaventurado sacramento.[1]

Soy apenas un principiante en la liga de la oración sin cesar, pero disfruto al máximo la experiencia. He descubierto la fortaleza que se gana al llevar dos conversaciones simultáneas: Una con cualquier persona y otra con la Persona. Uno puede al mismo tiempo escuchar y pedir. Mientras una persona me describe sus problemas, casi siempre oro en silencio: *Dios, ayúdame aquí un poquito, por favor*. Él siempre me suministra ayuda. También he descubierto el deleite de beber con frecuencia de su fuente de agua fresca. En el transcurso del día, mis pensamientos van marcados por frases como: *Guíame, Padre amado. Perdona esa idea, por favor. Protege hoy a mis hijas*.

Un pensamiento final. El aposento alto estaba ocupado por 120 discípulos. Puesto que había unos 4 millones de personas en Palestina en aquel tiempo, esto significa que menos de 1 en cada 30 mil habitantes era

cristiano.[2] Sin embargo, mira el fruto de su trabajo. Mejor dicho, mira el fruto del Espíritu de Dios en ellos. No podemos más que preguntarnos qué pasaría hoy día si nosotros, que todavía luchamos, hiciéramos lo que ellos hicieron: Esperar en el Señor en el lugar correcto.

OCHO
El guante que Dios quiere

Te sientes muy orgulloso de los guantes nuevos que acabas de comprar. El par viejo estaba desgastado y raído, te dejaba sin defensas contra el frío invernal. Por eso saliste a buscar guantes nuevos hasta que encontraste el par perfecto. ¿Cuántos examinaste? Varias docenas. ¿Cuántos probaste? Casi el mismo número. Después de todo, ¿de qué sirven los guantes si no te gustan o no te entran?

Al fin encontraste los que querías. La asistente del almacén te hizo el favor porque buscó debajo del mostrador y sacó un par en el empaque original. Pagaste el precio fijado y saliste al mismo tiempo que abrías la

bolsa. Ahora sales a la avenida en una mañana helada y te preparas para ponerte tus guantes recién comprados.

Empiezas a caminar por el andén, quitas la cubierta de plástico e introduces tu mano en el material abrigador del guante, solo para quedar a medio camino. Un momento, ¡no puedes introducir tus dedos en las cavidades del guante! Las cinco entradas están firme-mente cosidas. ¿Defecto de fábrica? ¿Una mala broma del almacén? ¿Quién sabe? Una cosa es cierta: Tus dedos no caben en el guante. Tu puño sí, pero no tu mano extendida.

No es problema, dices para tus adentros, *me las arreglaré como pueda*. Entonces introduces tu puño en la palma del guante con tus dedos doblados mientras los dedos del guante quedan colgando. No es lo que tenías en mente, pero si de huirle al frío se trata no es como para quejarte. Los dedos doblados se sienten cómodos y ya no te preocupa que se congelen.

La temperatura no es problema, pero sí lo es la funcionalidad. ¿Has intentado alguna vez levantar un periódico con los dedos doblados dentro de un guante? No es fácil. Tampoco lo es amarrarse los zapatos. Las manos se sienten como pezuñas de caballo. Si saludas a alguien de lejos, pensarán que es alguna clase de burla o insulto. Ni pensar en agarrar un lápiz o marcar un número telefónico. La tela fláccida no tiene agarre ni consistencia.

Uno quiere tener dedos extendidos, fuertes y tensos. ¿Por qué? Hay hojas secas que rastrillar, un manubrio por

virar, la mano de un vecino para apretar, etc. Es decir, uno tiene muchas cosas que hacer.

Esto mismo puede decirse de Dios. Los bebés necesitan abrazos. Los niños necesitan ser introducidos en sus camas con un beso de las buenas noches. Los huérfanos de los enfermos de SIDA necesitan hogares. Los ejecutivos extenuados necesitan esperanza. Dios tiene trabajo que hacer y para hacerlo Él usa nuestras manos.

La mano es al guante lo que el Espíritu Santo al cristiano. «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, *entraré a él,* y cenaré con él, y él conmigo» (Apocalipsis 3.20, cursivas añadidas). Dios entra a nosotros. En ciertas ocasiones lo hace de forma imperceptible y en otras irrumpe sin previo aviso. Dios mete sus dedos en nuestra vida, centímetro a centímetro, para reclamar el territorio que le pertenece por derecho propio.

Tu lengua. Él la reclama para su mensaje.

Tus pies. Los requiere para su propósito.

¿Tu mente? La hizo y se ha propuesto usarla para su gloria.

¿Tus ojos, tu cara y tus manos? Por medio de ellos llorará, sonreirá y tocará.

Así como un guante responde a la fuerza de la mano, responderás a la dirección de Cristo hasta llegar al punto en que digas: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo

en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2.20). Por supuesto, el proceso se puede dar muy lentamente. ¿Por qué unos andan tan confiados mientras otros se tropiezan a cada momento?

Recibir aquello que no se ha visto no es fácil. A la mayoría de los cristianos les resulta más sencillo aceptar la cruz de Cristo que su Espíritu. El viernes santo tiene más sentido para ellos que el Pentecostés. Cristo, nuestro substituto. Jesús, que tomó nuestro lugar. El Salvador que paga nuestros pecados. Estos son conceptos trascendentales pero al mismo tiempo asequibles porque corresponden a las nociones de transacción y substitución que son terreno familiar para nosotros. En cambio, las discusiones sobre el Espíritu Santo nos llevan al campo de lo sobrenatural e invisible. Preferimos guardar silencio y proceder con cautela por temor a lo que no podemos ver ni explicar.

Ayuda mucho considerar la obra del Espíritu desde este punto de vista. Lo que Jesús hizo en Galilea es lo que el Espíritu Santo hace en nosotros. Jesús *habitó entre* la gente mientras les enseñó, consoló y convenció. El Espíritu Santo *mora dentro de nosotros* para enseñarnos, consolarnos y convencernos. La palabra predilecta del Nuevo Testamento para aludir a esta promesa es *oikeo*, que significa «habitar o morar». *Oikeo* se deriva del pronombre griego *oikos* que significa «casa». El Espíritu

Santo habita en el creyente así como el propietario de una casa vive en su residencia.

> Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu …
>
> Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros (Romanos 8.5, 9-11).

¿Viste las frases alusivas a la permanencia divina? El pasaje nos enseña que el Espíritu de Dios está en los creyentes y que Dios mismo establece su residencia en tu vida para que la experimentes en los términos de Él, aunque todavía experimentas todas las limitaciones del pecado. Pablo urge así a Timoteo: «Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros» (2

Timoteo 1.14). No pudo ser más claro el apóstol en cuanto a esto que al preguntar: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» (1 Corintios 3.16).

Todos los creyentes tienen a Dios en su corazón, pero no todos han dado su corazón completo a Dios. Recuerda que la pregunta no es: «¿cómo puedo tener más del Espíritu?», sino «¿cómo puede el Espíritu tener más de mí?» Una palma de mano y unos cuantos dedos no bastarán. C.S. Lewis lo expresó muy bien:

> Cristo dice: «Entrégame todo. No quiero tanto de tu tiempo ni tanto de tu dinero ni tanto de tu trabajo. Te quiero a ti. No he venido para atormentar a tu yo natural, sino a matarlo. Nada a medias me sirve. No quiero cortar una rama aquí y otra rama allá, quiero arrancar de raíz todo el árbol. Entrégame todo tu ego natural, todos los deseos que consideras inocentes al igual que los que te parecen malos, toda la gama y todo el atuendo. A cambio voy a darte una nueva identidad. De hecho, te voy a dar a Mí mismo: mi propia voluntad llegará a convertirse en la tuya.[1]»

Haz un inventario, y al examinar tu vida verás bolsillos que hacen resistencia. ¿Tienes dedos cosidos en

algún lugar? Haz una lista detallada.

Tu lengua. ¿Tiendes a estirar la verdad como un hule? ¿Exageras los hechos? ¿Cómo es tu lenguaje, una cloaca de expresiones profanas e indecentes? ¿Tienes resentimientos y rencores guardados en el garaje? ¿Te caracteriza más la pereza que la productividad? ¿Vives a expensas del sistema porque supones que la iglesia o el país deben cuidar de ti?

Si te parecen demasiado personales estas preguntas, la culpa es de Pablo porque él hizo la lista original.

> Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros. Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo.
>
> El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.
>
> Y *no contristéis al Espíritu Santo de Dios*, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.
>
> Quítense de vosotros toda amargura, enojo,

ira, gritería y maledicencia, y toda malicia (Efesios 4.25-31, cursivas añadidas).

¿Interrumpen tus acciones el fluir del Espíritu en tu vida?

Nuestra vida fue interrumpida hace poco por un huésped no invitado. Yo había encendido el televisor para ver las eliminatorias de béisbol. La señal era pésima y el juego se veía entrecortado. Hice todo el mantenimiento profesional: apretar la conexión, zarandear el aparato y darle un par de golpes. De nada sirvió.

La compañía de cable revisó el sistema y determinó que la señal de origen era buena y que el problema era en mi casa. Unos días después el técnico que mandaron descubrió lo que andaba mal. Denalyn no se aguantaba las ganas de contarme la noticia. «¿Recuerdas aquel animal que se metió al ático?», preguntó.

La semana anterior nos despertamos con los ruidos producidos por unas patas peludas en el techo de nuestro dormitorio. El exterminador encontró rastros de una comadreja en el ático y puso una jaula. Santo remedio. No volvimos a oír ruidos. Yo estaba convencido de que habíamos atrapado a la criatura, pero no fue así. Durante uno o dos días, la alimaña enjaulada permaneció sentada en el ático.

Por supuesto, yo no sabía nada acerca de comadrejas extraviadas en áticos, pero al menos aprendí esto: no les

gustan los partidos de béisbol de las grandes ligas. Mientras la señal intermitente me metía y me sacaba del estadio de los Yanquis, el animal estaba arriba masticando el cable. La jaula tenía una abertura lo bastante grande para su nariz y cerca al cable como para impedirme ver la victoria de Boston sobre Nueva York.

Reconocer pestes no es suficiente. Uno tiene que hacer algo radical para sacarlas de la casa.

Tal vez estés al tanto de unas cuantas alimañas en tu vida: Celos, prejuicios, codicia, ansiedad. Puedes oír los ruidos que producen en tu casa y no te gusta. Puede ser que hasta les hayas puesto algunas trampas. «Sí, yo sé, estoy tratando de mejorar mi genio». «Este hábito destructivo necesita atención inmediata». Buen comienzo, pero no te detengas allí. Enjaular pestes no es suficiente. Llama al Exterminador celestial. Pide a Dios que te ayude a librarte de ellas por completo.

¿Recuerdas la instrucción de Pablo? «Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia» (Efesios 4.31). El pecado encubierto interfiere con la circulación del Espíritu. En cambio, el pecado confesado empata el cable y restaura el poder.

Esto puede tardar tiempo, pero no te des por vencido. No dejes que los tropiezos te detengan. Acércate y no dejes de acercarte. Bebe y no dejes de beber. Pide y no dejes de pedir, «vuestro Padre celestial dará el Espíritu

Santo a los que se lo pidan» (Lucas 11.13).

No cometas el error de la mosca que encontré en el avión. Tal como lo oyes, en un vuelo que hice hace poco una mosca daba vueltas por toda la cabina. Qué extraño. Una mosca vuela dentro de un avión que se desplaza en el aire. ¿Por qué tendría que volar durante un vuelo aéreo? ¿Acaso trataba de ayudar al avión? ¿Hizo su parte para que la nave se mantuviera elevada? ¿Por qué esa mosca voló dentro del avión?

Se lo pregunté apenas pude captar su atención.

—Señora Mosca, ¿por qué vuela en el avión? ¿Por qué no se queda quieta y disfruta el viaje?

Su respuesta fue bastante engreída.

—¿Acaso usted quiere que yo deje estrellar esta aeronave? ¿No se da cuenta de que me necesita? Mis alas son esenciales para la seguridad de este vuelo.

Sacó el pecho y voló hasta la cabina del avión. Al regresar unos momentos después, ya no se veía tan confiada. El temor era evidente en sus ojos diminutos.

—¡No creo que pueda sostenerlo más!

—¿Sostener qué?

—¡El avión! No creo que pueda mantenerlo en vuelo. Estoy movi-endo las alas con todas mis fuerzas, pero ya las tengo cansadas. No sé cuánto más puedo durar.

Opté por la franqueza.

—¿No sabe que eso no depende de usted? Usted está rodeada por una fuerza impresionante que la mantiene en

el aire con un poder que no le pertenece. ¡Deje de volar! A usted no le toca volar esta aeronave de vuelta a casa.

La mosca me miró como si yo estuviera loco y me dijo que no la importunara.

Es mi esperanza que no hagas tú lo mismo. Hay algunos de ustedes que en verdad necesitan sentarse ya mismo a descansar. Vuelan con afán de un lado al otro, siempre ocupados, pensando todo el tiempo que el éxito de este viaje depende de ustedes. ¿Acaso tienes miedo de detenerte a descansar?

Mira por la ventana. Las alas de Dios son las que te sostienen. El motor de Dios es el que te moviliza. Puedes aletear como una mosca furiosa, pero jamás podrás acelerar este vuelo. A ti te corresponde la tarea de sentarte y confiar, en una palabra, recibir.

Acepta su poder. Solo tienes que ser el guante y dejar que Él acomode su mano en tu vida.

Ríndete a su plan. Líbrate por completo de esas alimañas que carcomen los cables.

Por último, *persevera*. Busca sin cesar al Espíritu de Dios.

Aceptación. Rendición. Perseverancia. Tan solo pide, porque tu Padre celestial ¡dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan! (Lucas 11.13).

NUEVE
No depende de ti

No puedo entender por qué alguien quisiera intimidar a Ana Laguna. Si el rostro angelical de esta pequeña de diez años no te conmueve, su voz de querubín lo hará. Sin embargo, según su papá, algún buscapleitos en la escuela trató de complicarle la vida con tácticas de intimidación y todo el miedo que le pudiera infundir. Ana, por su parte, no se doblegó ante la presión y al final no fueron sus hoyuelos en las mejillas ni su voz tierna lo que le permitió salir avante, sino su fe.

La otra estudiante era mayor que ella y le advirtió que se preparara para la batalla. «Un día de estos te la vas a ganar», le dijo, pero Ana no se asustó ni lloró. Tan solo

informó al agente amenazador sobre los hechos. «Haz lo que tengas que hacer», le explicó, «pero debes saber esto: Dios está de mi lado».

Según se informa, nunca más se supo de amenazas u otras tácticas de terror.

A estas alturas de la vida, lo que a ti te espera no son bravucones de la escuela primaria sino la casa funeraria, las mudanzas inesperadas por motivos de trabajo y los amigos por conveniencia del momento. Retos como estos son los que dejan cicatrices en tu paso por la vida. ¿Dónde encuentras la energía para enfrentarlos? Dios nunca promete ausencia de problemas, pero sí la presencia reconfortante de su Espíritu Santo.

Cualquier persona podría suponer de entrada que el Espíritu Santo tiene que ver con todo lo espectacular y deslumbrante. Hemos visto las imágenes televisivas de predicadores empapados en sudor, auditorios repletos que se desmayan y caen, intervenciones ininteligi-bles en lenguas extrañas y la divulgación a veces cuestionable de milagros. Aunque nadie negaría la naturaleza asombrosa y extraordinaria de la obra del Espíritu Santo (lenguas de fuego sobre la cabeza de los apóstoles, por ejemplo), enfocarse tan solo en lo fenomenal podría llevarnos a perder los beneficios de su obra estabilizadora y más silenciosa en nuestro interior.

De forma invisible pero indispensable, el Espíritu Santo sirve como timón para la nave de tu alma y te

mantiene a flote en la dirección correcta. La vida cristiana no es un viaje solitario. La próxima vez que sientas que lo es, revisa algunos de los dones que el Espíritu da. Por ejemplo: «fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia» (Efesios 1.13-14).

El Espíritu te sella. El verbo *sellar* evoca una variedad de imágenes. Para proteger una carta, se puede sellar el sobre. Para que no entre aire a un frasco, se sella la abertura con una tapa hermética de caucho. Para que el oxígeno no se salga del vino, se sella la botella con corcho y cera. Para sellar un trato, se puede firmar un contrato o validar una firma en la notaría. El sello es una declaración de propiedad y posesión que asegura aquello que contiene un contrato.

El sello más «famoso» del Nuevo Testamento se colocó en la tumba donde pusieron el cuerpo de Jesús. Los soldados romanos rodaron una piedra sobre la entrada y así «aseguraron el sepulcro, sellando la piedra» (Mateo 27.66). Los arqueólogos creen que se trató de dos ribetes que se extendieron como cintas al frente de la entrada, pegados con cera endurecida que llevaba la impronta del gobierno romano: SPQR (*Senatus Populusque Romanus o Senado y Pueblo Romano*). Como para decir «¡Mantenga la distancia! El contenido de este sepulcro pertenece a Roma». Por supuesto, el sello de los romanos fue por completo inútil.

En cambio, el sello del Espíritu Santo se conserva y tiene «fuerza de ley». Cuando aceptaste a Cristo, Dios te selló con su Espíritu: «habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa» (Efesios 1.13). Cuando los atracadores del infierno vienen para separarte de Dios, el sello los aleja de inmediato. Él te compró, es tu dueño y te protege. Dios pagó un precio demasiado alto como para dejarte desprotegido. Como Pablo escribe más adelante: «[el] Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (Efesios 4.30).

En su hermoso libro titulado La danza de la esperanza [The Dance of Hope], mi amigo Bill Frey cuenta la historia de un estudiante ciego llamado Juan, a quien asesoró como tutor en la Universidad de Colorado en 1951. Un día Bill le preguntó a Juan cómo quedó ciego. El estudiante invidente describió cierto accidente sucedido durante su adolescencia. La tragedia no solo cobró la vista del menor sino también su esperanza, como contó a Bill: «Estaba amargado y furioso con Dios por dejar que eso me pasara y descargué mi ira contra todos los que me rodeaban. Sentí que como me había quedado sin futuro, tampoco levantaría un solo dedo para mejorar mi situación. Iba a esperar que otros lo hicieran todo por mí. Cerré la puerta de mi habitación y me negué a salir excepto para comer».

Aquella confidencia tomó a Bill por sorpresa porque

su pupilo nunca había mostrado señas de amargura o enojo. Le pidió a Juan que explicara el cambio evidente y este le dio el crédito a su padre. Hastiado de la autoconmiseración de su hijo y dispuesto a ayudarlo a salir adelante en la vida, el padre le recordó al joven que se aproximaba el invierno y le dijo que pusiera las ventanas de protección contra tormentas. «Si no terminas el trabajo antes de que vuelva a casa, vamos a tener problemas», le advirtió el padre antes de dar tremendo portazo.

Juan se puso verde de la rabia, murmuró, maldijo y llegó como pudo hasta el garaje, donde encontró las ventanas, la escalera y las herramientas para realizar el trabajo. *Van a sentir mucha culpa y lástima cuando me caiga de la escalera y me rompa el cuello*. Pero el joven no se cayó. Poco a poco recorrió toda la casa y terminó el oficio asignado.

Así se cumplió la meta del padre. Juan por fin se dio cuenta de que aún podía trabajar y empezó a reconstruir su vida poco a poco. Años más tarde se enteró de algo más que había sucedido ese día. Al contarle este detalle a Bill, sus ojos apagados se empañaron. «Después supe que en ningún momento, durante todo aquel día, mi padre se apartó de mi lado más que 2 o 3 metros de distancia».[1]

El padre no tenía la más mínima intención de permitir que su hijo desfalleciera y cayera.

Tu Padre celestial tampoco tiene previsto dejarte caer. Aunque no puedes verle, Él está presente y tú estás «[guardado] por el poder de Dios» (1 Pedro 1.5). Él «es poderoso para [guardarte] sin caída, y presen-taros sin mancha delante de su gloria con gran alegría» (Judas 24).

Bebe hasta el fondo su verdad. ¡Dios es poderoso para librarte de caer! ¿Acaso Él quiere que vivas en temor? ¡No! Todo lo contrario. «Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Romanos 8.15-16).

Qué declaración tan profunda. En lo más hondo de tu ser, el Espíritu de Dios confirma a tu espíritu que le perteneces. Justo por debajo de los latidos de tu corazón, el Espíritu de Dios susurra: «Tú eres mío. Te compré y te sellé, y nadie puede llevarte». El Espíritu ofrece un testimonio interior que reconforta.

Él es como un padre que camina de la mano con su hijo pequeño. El niño sabe que pertenece a su papá al ver su mano diminuta feliz-mente confundida en la grande. No siente incertidumbre alguna sobre el amor de su papá. De repente el padre, por algún impulso que le motiva, lanza a su pequeño al aire, lo recibe en sus brazos y dice: «Te amo, hijo». Estampa un beso sonoro en su mejilla rosada y redonda, vuelve a bajarlo al suelo y los dos

siguen caminando juntos.

¿Ha cambiado en algo la relación entre ambos? En cierto nivel, no. El padre no es más padre que antes de su expresión espontánea de amor. No obstante, a un nivel más profundo, sí. El padre regó, empapó y saturó al hijo con puro amor. El Espíritu de Dios hace lo mismo con nosotros. «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Romanos 5.5). Nota la proposición *de*. El Espíritu Santo derrama el amor *de* Dios en nuestros corazones, no amor *hacia* Dios. Es como si el Padre diera un balde de amor al Espíritu y le dijera: «Satura sus corazones».

Hay momentos en los que el Espíritu nos encanta y embelesa con dulce arrobo. *Tú perteneces al Padre. Firmado, sellado y en breve glorifi-cado*. ¿Ha pasado mucho tiempo desde que le oíste susurrar palabras reconfortantes de seguridad sobre tu posición en Cristo? Si es así, díselo. Él te escucha y debes saber que también habla por ti.

> Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indeci-bles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos

(Romanos 8.26-27).

El Espíritu acude a rescatarnos en nuestra debilidad. Vale la pena acentuar esa frase con un resaltador. ¡Todos necesitamos recordar esto! Tenemos cuerpos débiles, voluntades débiles y hasta resolu-ciones débiles. Todos lo hemos experimentado en carne propia. La palabra *debilidad* puede referirse a flaquezas físicas, como la del inválido que no había podido caminar durante treinta y ocho años (Juan 5.5), o a impotencia espiritual como la de aquellos que se describen como «débiles» en Romanos 5.6.

Seamos débiles de alma o cuerpo o en todas las áreas, es maravilloso saber que no depende de nosotros porque «el Espíritu mismo intercede por nosotros».

Fui testigo de una ilustración contundente de intercesión por los débiles durante una conferencia en la Casa Blanca sobre la crisis del SIDA. Aunque la mayoría de los asistentes representaban a organizaciones de ayuda, pocos ministros cristianos fueron invitados. La agenda del día incluía una sesión de preguntas y respuestas con un representante de la Casa Blanca encargado de la supervisión parcial de varios miles de millones de dólares destinados a la prevención y el trata-miento del SIDA. Se hicieron muchas preguntas. ¿Cómo califica uno para participar? ¿Cuánto dinero podría esperar recibir una organización? ¿Cuáles son los requisitos para el uso de

los fondos? Casi todas las preguntas procedieron de las organizaciones seculares y la mayoría de los ministros permanecimos en silencio.

Bob Coy fue la excepción. Bob sirve en una congregación de muchos miembros en Fort Lauderdale, Florida. Por conversaciones anteriores yo sabía de su carga por las víctimas del SIDA. Cuando levantó la mano para hablar, me imaginé que iba a preguntar algo sobre metodología y políticas. Estaba equivocado. Su pregunta fue personal. —Uno de mis amigos en Miami está muriendo de SIDA. Él gasta dos mil dólares al mes en medicamentos y su compañía de seguros no quiere cubrir los gastos. Me pregunto si podría encontrar alguna ayuda para él.

El representante de la Casa Blanca se sorprendió con la pregunta, pero fue cortés.

—Seguro, después de la reunión le pondré en contacto con la persona precisa.

El ministro estaba determinado a llevar el problema presentado al primer lugar en la agenda y decidió quedarse de pie. Mostró a todos unos papeles grapados.

—Traje estos documentos, si se necesitan más puedo conseguirlos.

El empleado del gobierno se mantuvo cortés.

—Claro que sí, con mucho gusto después de la reunión.

Había contestado otras dos o tres preguntas cuando

notó que el ministro de la Florida tenía otra vez la mano levantada. Esta vez el predicador fue al grano.

—Todavía pienso en la situación de mi amigo —explicó—. ¿Quién firma los cheques aquí?

—¿Disculpe?

—¿Quién firma los cheques? Solo quiero hablar con la persona que toma las decisiones. Por favor dígame, ¿quién firma los cheques?

Mi reacción inicial fue, *¡qué audacia!* Un pastor que aprovecha una intervención momentánea en la Casa Blanca para ayudar a un amigo. Después pensé *¡qué lealtad! ¿Será que aquel amigo postrado en cama en la Florida tiene idea de que su causa está siendo presentada a unos cuantos metros de la oficina del Presidente?*

¿Sabías que tus necesidades son presentadas de forma similar en el cielo? El Espíritu Santo «intercede por nosotros con gemidos indeci-bles... el [Padre] que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos» (Romanos 8.26-27).

El hombre infectado de SIDA no tiene voz ni influencia para hacerse oír, pero sí tiene a un amigo que habla en representación suya. El pobre huérfano de Rusia, la viuda desconsolada del soldado, el santo solitario en el ancianato, ellos podrán pensar que no tienen voz ni influencia para defenderse, pero sí tienen a un amigo, un consejero y un consolador, el bendito Espíritu de Dios que

habla el lenguaje del cielo en el cielo. Él hace oración por nosotros y en nuestro lugar, convirtiendo en oraciones nuestros suspiros sin palabras y nuestras expresiones de dolor. Él nos mantiene siempre presentes ante Dios.

No depende de ti orar tus oraciones. Ninguno de nosotros oramos tanto como debiéramos, pero todos oramos más de lo que pensamos, porque el Espíritu Santo convierte nuestros suspiros en peticiones y nuestras lágrimas en ruegos. Él habla por ti y te protege. Él se cerciora de que seas escuchado y se asegura de que llegues a casa.

Ahora, supongamos que una persona nunca oye esto y nunca aprende acerca del sello y la intercesión del Espíritu. Este individuo piensa que la seguridad de la salvación reside en sí mismo y no en Dios, que el poder de la oración depende de la persona y no del Espíritu. ¿Qué clase de vida tendrá esta persona?

Será una vida seca y carente de oración. Su lucha constante por mantenerse a flote en su vida espiritual le desgastará. Se desanimará al pensar que tiene que comparecer ante Dios sin más representación que la propia. Por eso vive con sequedad permanente y la oración no le sirve para hidratarse.

¿Qué decir de aquel que cree en la obra del Espíritu? De verdad cree. Supongamos que una persona así bebe de esta fuente, mejor todavía, supongamos que esa persona eres tú. Supongamos que permites que el Espíritu te sature

con seguridad y confianza. Después de todo, «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Romanos 5.5).

¿Serás diferente como resultado de esa saturación? No lo dudes ni un instante. Tus hombros se alzarán tan pronto bajes el peso innece-sario de la autosalvación. Tus rodillas se doblarán con desparpajo al descubrir el poder flotador y boyante del Espíritu que intercede por ti. Andarás más alto y orarás más profundo. Por encima de todo, tendrás la confianza callada y segura que viene de saber que de ti no depende. Como Ana, podrás decir a los acosadores del mundo: «Hagan lo que quieran hacer, pero sepan esto: Dios está de mi lado».

Tercera parte

Confía en Su Señorío

DIEZ
En Dios [casi] confiamos

Unos cuantos días antes de nuestra boda, Denalyn y yo disfrutamos y sobrevivimos una travesía en el mar. Milton, un amigo nuestro de una iglesia en Miami, nos había invitado a Denalyn, su mamá y a mí a ir con él y otros más en un viaje placentero a lo largo de la costa de Florida.

Al principio fue eso y nada más, un viaje placentero. Nos recos-tamos sobre almohadones en la cubierta, colgamos los pies por estribor, dormitamos y nos bronceamos. Qué delicia.

Sin embargo, después vino la tormenta. El cielo se oscureció, empezó a llover y el océano apacible y sin

horizonte se convirtió en lo más parecido a la espalda de un dragón. Las olas empujaban el velero hacia arriba hasta que no veíamos nada más que cielo, y después hacia abajo de tal modo que solo veíamos agua. Aprendí esto acerca de la navegación: No es por nada que llaman Pacífico el otro lado de la inun-dación. Los bronceados se dejaron para después y las siestas quedaron suspendidas hasta nuevo aviso. Los ojos de todos se fijaron primero en las nubes tempestuosas y luego en el capitán. Todos estábamos pendientes de cualquier cosa que dijera o hiciera Milton.

Nuestro capitán actuó de forma deliberada y decidida. Dijo a unos dónde sentarse, a otros qué hacer y a todos que nos calmáramos y aguantáramos como mejor pudiéramos. Hicimos conforme él nos dijo. ¿Por qué? Sabíamos que él sabía qué hacer.

También sabíamos que nosotros lo ignorábamos por completo. Antes de los ventarrones, habríamos podido hacer alarde de nuestras medallas de mérito como niños exploradores o nuestra experiencia previa en excursiones de pesca y navegación. Pero tan pronto sobrevino la tormenta, cerramos la boca. (A excepción de Denalyn que tuvo que trasbocar.) No teníamos más alternativa que confiar en Milton. Él sabía muy bien aquello que ignorábamos por completo y, además, estaba interesado en nuestro bienestar. La embarcación tenía capitán y no era alguien contratado ni un extraño, sino un amigo

cercano. Nuestra seguridad era prioritaria para él y por eso le tuvimos plena confianza.

Mucho quisiéramos que esa decisión fuera tan fácil en la vida. ¿Necesito recordarte las ventiscas que experimentas a diario? A la velocidad del rayo y con el ímpetu del trueno, el turbión enfurece hasta las aguas más tranquilas. Las víctimas de vendavales repentinos llenan las filas de desempleados y las unidades de cuidados intensivos. Tú conoces el poder del viento. Has sentido las olas y el temporal. Adiós, mar tranquilo, ahí viene la tormenta.

Esa es la clase de tifones que ponen a prueba nuestra confianza en el Capitán. ¿Será que Dios sabe qué está haciendo? ¿Podrá sacarnos de esta? ¿Por qué permitió la tormenta? Las condiciones empeoran y sus instrucciones nos desconciertan. Nos llama a soportar los desastres, tolerar las críticas injustas, perdonar al enemigo... ¿Cómo deberíamos responder?

¿Puedes decir acerca de Dios lo que dije de Milton?

Sé que Dios conoce lo mejor.

Sé que yo lo ignoro. Sé que le importo.

Tales palabras salen con facilidad cuando el mar está en calma, pero si lo que tenemos ante nuestros ojos es un automóvil vuelto chatarra o un grano de aspecto sospechoso en la espalda, cuando estallan guerras o nos atracan los ladrones, ¿confías también en Él?

Si contestas que sí, vas a sacar un puntaje alto en la

clase de soberanía divina. Esta importante palabra bíblica, como su etimología lo indica, tiene que ver con *reino*. Confesar la soberanía de Dios equivale a reconocer el reino de Dios, su autoridad real y poder absoluto sobre todo lo que sucede. Acogerse a la soberanía de Dios es beber del pozo de su señorío y tomar la decisión de aceptar su voluntad venga lo que venga, mientras nos mantenemos aferrados al velero inerme en medio de la tormenta. Por supuesto, no hablo de Milton y el mar sino de Dios y la vida. Tenemos que mirar al Capitán de nuestras almas y confiar en que Él sabe lo que es mejor.

Después de todo, ¿no está Él encargado de las actividades del universo?

> Nuestro Dios está en los cielos;
> Todo lo que quiso ha hecho
> (Salmo 115.3).

> Aun antes que hubiera día, yo era; y no hay quien de mi mano libre. Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?
> (Isaías 43.13).

> [Yo] anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero (Isaías 46.10).

> … habiendo sido predestinados conforme al

> propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad (Efesios 1.11).

Los decretos divinos dirigen al cosmos. Jesús informó a Pilato: «Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene» (Juan 19.11). Los líderes judíos creyeron ser los que habían enviado a Cristo a la cruz. Pedro los corrigió al declarar que Jesús fue «entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios» (Hechos 2.23).

Jeremías hizo la pregunta retórica: «¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó?» (Lamentaciones 3.37).

El libro de Daniel declara: ¡No! «Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?» (Daniel 4.35).

La Biblia, desde el Antiguo hasta el Nuevo Testamento, desde los profetas y los poetas hasta los predicadores, entona en coro unánime: Dios dirige los asuntos de la humanidad. Como Pablo lo confirmó: «[Dios es] el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores». Él es quien tiene control sobre todas las cosas.

Ninguna hoja cae al suelo sin que Dios lo sepa.

Ningún delfín da a luz sin su permiso. Ninguna ola se estrella contra la costa fuera de sus cálculos. Dios nunca ha sido sorprendido, ni una sola vez. «[El Hijo] ... sustenta todas las cosas con la palabra de su poder» (Hebreos 1.3). «Él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas» (Hechos 17.25). El rey David proclamó: «En tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas» (Salmo 139.16).

Negar la soberanía de Dios supone hacer muchos tijeretazos que dejan como resultado una Biblia descuartizada, con muchos huecos en lugar de versículos y pasajes enteros. Así suene inverosímil, muchas personas optan por extirpar esos pasajes a su antojo. Incapaces de reconciliar el sufrimiento humano con la soberanía divina absoluta, diluyen la Palabra de Dios como lo hizo el rabino Kushner.

Su libro *¿Por qué le suceden cosas malas a la gente buena?* [Why Bad Things Happen to Good People] llegó a una conclusión descorazo-nadora: Dios no puede regir el mundo. Kushner sugirió que Job, el atormentado más famoso de la historia, «se vio obligado a escoger entre un Dios bueno, que no es del todo poderoso, o un Dios poderoso que no es del todo bueno».[1]

El rabino habla en representación de muchos. *Dios es fuerte o Dios es bueno, pero no puede ser ambas cosas al*

mismo tiempo. De otro modo, ¿cómo se explican los defectos de nacimiento, los huracanes que arrasan costas, el SIDA o el genocidio de los Tutsi en la década de los noventa? Si esto le interesa a Dios, entonces Él no es fuerte. Si es fuerte, entonces no le importa lo que nos pase. No puede ser bueno y fuerte.

No obstante, de acuerdo a la Biblia, así es Dios. De hecho, según la Biblia, el problema ni siquiera radica en la fuerza o la bondad de Dios. El problema es la agenda de la raza humana. Nosotros vivimos en pos de las prioridades equivocadas. Queremos buena salud, buenos ingresos, descanso y una buena pensión. Nuestra máxima prioridad es cuidar de nosotros mismos.

En cambio, la prioridad de Dios es Dios. ¿Por qué existen los cielos? Para desplegar su grandeza. «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Salmo 19.1).

¿Por qué pasa la gente por pruebas? Para mostrar el poder de Dios. «He aquí te he purificado, y no como a plata; te he escogido en horno de aflicción. Por mí, por amor de mí mismo lo haré» (Isaías 48.10-11). El profeta proclamó: «Así pastoreaste a tu pueblo, para hacerte nombre glorioso» (Isaías 63.14).

Dios iza su propia bandera. Flexiona sus propios músculos. El cielo no pregunta: «¿Cómo puedo hacer feliz a Fulano?» El cielo pregunta: «¿Cómo puedo usar a Fulano para revelar mi excelsitud?»Para tal fin, es posible

que use bendiciones, pero también es posible que emplee sufrimientos. Ambas herramientas le pertenecen.

> [Yo soy el] que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto (Isaías 45.7).
>
> En el día del bien goza del bien; y en el día de la adversidad considera. Dios hizo tanto lo uno como lo otro (Eclesiastés 7.14).
>
> ¿De la boca del Altísimo no sale lo malo y lo bueno?
> (Lamentaciones 3.38).

Hace unos años fui al aeropuerto de Indianápolis a tomar un vuelo de regreso a San Antonio. Al llegar al terminal me di cuenta de que había perdido mi itinerario. No me preocupé porque sabía qué aerolínea me habría de llevar a casa: Continental. Como había volado de San Antonio en Continental, supuse que también regresaría en la misma. El problema era que el despacho de Continental estaba cerrado. Todas las luces estaban apagadas y no se veía un solo asistente de pasajeros. El reloj marcaba la cercanía de mi salida a las 7:30 de la noche y pedí ayuda a todo volumen: «¡Buenas noches! ¿Hay alguien aquí? ¡Tengo que tomar el vuelo de las 7:40!»

Por entre la oscuridad de las catacumbas emergió un

encargado de equipaje de Continental. Me miró extrañado y dijo: «No tenemos ningún vuelo para las 7:40».

Le contesté: «Sí, y no lo puedo perder. Mire, yo vine aquí por Continental y necesito llegar a mi casa en esta misma aerolínea».

Se encogió de hombros. «No tenemos más vuelos esta noche».

Acudí a la máquina de emisión automática de pasajes, ingresé mi información y solicité un tiquete de entrada al vuelo de las 7:40. El sistema me informó que no existía tal cosa. ¿Qué iba yo a saber? ¡Hasta la máquina estaba equivocada!

Debo acreditarle al empleado que fue paciente conmigo. Se rascó su cabeza medio calva y ofreció una solución. «¿Sabe qué?, la aerolínea *Northwest* tiene un vuelo a las 7:40. Tal vez debería averiguar con ellos».

Eso mismo hice, y debo admitir que la programación de la aerolínea tenía un mando superior al de mi opinión. Su autoridad puso en jaque a la mía. Podría haberme quedado toda la noche frente a la oficina de Continental, zapatear y exigir que me dieran la razón e hicieran las cosas a mi manera, pero ¿de qué habría servido? Tarde o temprano tendría que someterme a la verdad absoluta del itinerario.

Con cierta frecuencia en la vida, nos colocamos frente al escritorio de Dios convencidos de que sabemos cuál es el itinerario: Buena salud, un ascenso en el trabajo, un

embarazo deseado. Muchas veces Dios revisa el itinerario que creó y dice que sí, pero algunas veces dice: «No, eso no es parte del viaje que tengo planeado para ti. Te asigné una ruta que pasa por la Ciudad de Pruebas y el Valle de Luchas».

Podemos zapatear y sacudir nuestros puños todo lo que queramos o podemos tomar una decisión de marinero en medio de la tormenta. *Yo sé que Dios es mi Capitán y Él sabe qué es mejor*.

Esto resulta imposible de aceptar para algunos, como una dama que pidió hablar conmigo después de una conferencia en la que expuse estas ideas. Con su esposo al lado relató la historia horrible de su niñez. Su padre la maltrató, abusó de ella y después la abandonó. Sus primeros recuerdos están tiznados por dolores inimaginables e inmerecidos. En medio de lágrimas me preguntó: «¿Quiere usted decirme que Dios observó eso todo el tiempo?»

La pregunta resonó en todo el recinto. Me acomodé en mi silla y respondí: «Sí, Él vio todo eso, y no sé por qué permitió lo que te sucedió, pero sí sé esto: Él te ama y sufre contigo». A ella no le gustó la respuesta. ¿Qué más podríamos decir? ¿Nos atreveríamos a sugerir que Dios se quedó dormido y no vio lo que pasó? ¿Que se tomó un descanso y no se enteró de lo ocurrido? ¿Que desde el cielo puede verse todo pero no actuar? ¿Que nuestro Padre es bueno pero no poderoso o que es poderoso pero

no le importa?

Cuánto quisiera que ella hubiera hablado con José. Sus hermanos lo maltrataron y lo vendieron como esclavo. ¿Será que Dios vio todo lo que pasó? Sí, y nuestro Dios soberano usó esos corazones rebeldes para salvar una nación entera del hambre y la familia del Mesías de una extinción segura. Como José les dijo: «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien» (Génesis 50.20).

Cómo quisiera que hubiera hablado con Lázaro. Cuando Jesús se enteró de que estaba enfermo de muerte, no hizo nada. Esperó a que llevara cuatro días en la tumba. ¿Por qué permitió la muerte de Lázaro? «Para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorifi-cado por ella» (Juan 11.4).

Lo mejor de todo habría sido una conversación con Jesús mismo. Él rogó a Dios que le asignara un itinerario distinto, una muerte sin cruz. Desde el huerto de Getsemaní Cristo suplicó el cambio a un «plan B»: Redención sin clavos. «Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle» (Lucas 22.42-43).

¿Oyó Dios la oración de su Hijo? Lo suficiente como para enviar a un ángel. ¿Libró Dios a su Hijo de la muerte? No. La gloria de Dios tenía preponderancia sobre la comodidad de Cristo. Por eso Cristo sufrió y así fue

como la gracia de Dios quedó desplegada e implementada de forma definitiva.

¿Es parte de tu llamado pasar una temporada tipo Getsemaní? ¿Te ha sido «concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él» (Filipenses 1.29)?

Si es así, acércate sediento y bebe hasta el fondo de su señorío. Él es el autor de todos los itinerarios. Él sabe lo que es mejor para ti. Ninguna lucha se pondrá en tu camino sin contar con su propósito, su presencia y su permiso. ¡Esto nos debería llenar de ánimo! Nunca serás víctima del caos ni presa del destino. La arbitrariedad queda eliminada por completo. Eres más que una veleta meteorológica que gira en la dirección dictada por los vientos de la fortuna. ¿Acaso te abandonaría Dios al capricho de los ladrones desquiciados, los bando-leros ambiciosos de las grandes corporaciones o los líderes perversos? ¡Ni se te ocurra pensarlo!

> Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán.
>
> Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti.
>
> Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador (Isaías 43.2-3).

Vivimos bajo la palma protectora de un Rey soberano que supervisa todas las circunstancias de nuestra vida y se deleita en hacernos bien.

Nada se pone en tu camino si no ha pasado antes por el filtro de su amor. Margaret Clarkson, en su maravilloso libro titulado *La gracia crece mejor en el invierno* [Grace Grows Best in Winter], escribió:

> La soberanía de Dios es la única roca impenetrable de la cual debe asirse el corazón humano que sufre. Las circunstancias que rodean nuestras vidas no son accidentales. Es posible que sean obra de la maldad, pero esa maldad permanece sujeta firme-mente bajo la mano poderosa de nuestro Dios soberano... Todo el mal le es sujeto y el mal no puede tocar a sus hijos si Él no se lo permite. Dios es el Señor de la historia humana y la historia personal de cada miembro de su familia redimida.[2]

Aprende bien el cántico de la soberanía: *Yo sé que Dios conoce lo mejor para mí y para todos*. Ora con humildad la oración de la confianza: «Confío en tu señorío. Pertenezco a ti. Nada viene a mí sin pasar primero por ti».

Una advertencia: La doctrina de la soberanía es un reto a nuestra inteligencia. Estúdiala gradualmente y trata de no divulgarla de forma caprichosa. Cuando alguien a quien amas enfrente la adversidad, no declares con insensibilidad: «Dios está al control». Un tono caballeresco puede eclipsar la verdad y hasta volverla cruel. Ten cuidado.

Además, cobra ánimo. Los caminos de Dios siempre son rectos. Es posible que no los entendamos y nos resulten misteriosos, inexplicables, difíciles y hasta dolorosos, pero nunca dejan de ser rectos. «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8.28).

Como John Oxenham escribió en 1913:

LA CALIGRAFÍA DE DIOS

Él escribe con una letra tan grandiosa
Que nuestra miopía terrestre no alcanza a leerla.
Apenas vemos trazos entrecortados
Y tratamos de meditar en todo el misterio
De las esperanzas marchitas, de la muerte y de la vida,

De las guerras interminables y las luchas infructuosas.
Pero allá en el cielo, con una vista más amplia y clara,
Veremos sin lugar a duda que su escritura fue enderezada
Hasta en los renglones torcidos,
y que su camino fue derecho.[3]

ONCE
¿De qué sirve preocuparse?

La idea cautivó la imaginación de los científicos futuristas: un domo de ocho pisos de altura construido con vidrio y hierro, dentro del cual ocho de ellos podrían llevar una vida autosostenida. Los elementos exteriores del desierto de Sonora no entrarían en contacto alguno con ellos. El sol podía arder en su cenit, los vientos soplar con toda su fuerza y la arena desplazarse de un lado al otro. Los investigadores vivirían totalmente aislados de su influencia en el interior de aquel domo o bóveda artificial.

Así, con la esperanza de desarrollar un prototipo de colonia espacial, los expertos en biosfera ingresaron a su nuevo hogar de doscientos millones de dólares y dos hectáreas en 1991.[1] Plantaron sus semillas y cultivaron

sus propios alimentos. Los científicos observaron con gran fascinación, mientras muchos sentimos cierta envidia.

¿Quién no ha anhelado vivir en un lugar plácido y libre de la acción destructiva de los elementos? No me refiero al desierto de Arizona sino a los vientos inclementes y el sol abrasador de la vida. El banco exige su pago por la hipoteca mes tras mes. Las cuentas de hospital nos dan un golpe fulminante sin avisar. Los exámenes finales nos llenan de ansiedad así estudiemos hasta altas horas de la madrugada.

Mira a tu alrededor. Sí tienes muchas razones para preocuparte. El sol irradia rayos cancerígenos. Los sistemas de refrigeración arrojan al aire partículas microscópicas que congestionan los pulmones. Las papas fritas tienen demasiados carbohidratos. Los vegetales tienen demasiadas toxinas. A propósito, ¿por qué tienen que llamar «terminales» a los aeropuertos? ¿Por qué el piloto dice a los pasajeros «estamos a punto de hacer nuestro descenso *final*»? Incluso en tierra, el asistente de vuelo nos advierte que debemos permanecer sentados hasta que la aeronave se detenga «por completo». ¿Acaso hay otros aviones que pueden detenerse parcialmente o a medias?

Algunos de nosotros hemos sacado postgrado en la Universidad de la Ansiedad. Nos vamos a dormir preocupados de que no vayamos a despertar. Nos

despertamos preocupados por no haber dormido bien. Nos preocupa que alguien descubra que la lechuga sí engordaba. La mamá de una adolescente se lamentó: «Mi hija no me cuenta nada. Estoy hecha un mar de nervios». ¿No te encantaría dejar de preocuparte por todo? ¿No te vendría bien vivir en un refugio fuerte que te proteja de todos los elementos adversos de la vida?

Eso es justo lo que Dios te ofrece: la posibilidad de una vida libre de preocupaciones. No solo menos preocupaciones, sino nada de preocupaciones. Él creó un domo, una «biosfera» ideal para tu corazón: «La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Filipenses 4.7).

¿Te suena interesante? En ese caso, lee el resto del pasaje:

> Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (vv. 6-7).

Los cristianos en Filipos necesitaban una biosfera porque tenían ataques desde todos los ángulos. Los predicadores servían por ganancia egoísta (1.15-17), los

miembros rencillosos amenazaban la unidad de la iglesia (4.2), los maestros falsos predicaban un evangelio sin cruz (3.2-3, 18-19), e incluso algunos creyentes tenían grandes dificultades para encontrar techo y comida (4.19). Persecución por fuera y problemas por dentro.

Suficientes nidos de avispa como para vivir preocupados y los creyentes en Filipos los tenían tanto como los de hoy. Tanto a ellos como a nosotros Dios hace una propuesta fenomenal: «No se preocupen por nada».

Sí claro, y mientras hago eso también voy a darle un par de vueltas a la luna. ¡Qué broma!

Jesús no está bromeando. Estas dos palabras sintetizan lo que Él opina de la preocupación: *irrelevante e irreverente*.

«¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?» (Mateo 6.27). Las preocupaciones no le añaden un solo segundo a la vida, por eso preocuparse es irrelevante. No altera nada. ¿Cuándo fue la última vez que resolviste un problema con preocuparte? Imagina a alguien que diga: «Me atrasé en el pago de mis cuentas, así que resolví preocuparme hasta salir por completo de las deudas, y ¿sabes qué? ¡Funcionó! Unas cuantas noches sin dormir, un día de indigestión y vómito, todas las uñas de las manos, después les grité a mis hijos y me tomé unas pastillas, y como por arte de magia el dinero apareció en mi escritorio».

¡Eso nunca pasa! La preocupación no sirve para cambiar una sola cosa. No se añade un día a la vida ni se mejora la existencia mediante la preocupación. Tu ansiedad solo produce dolencias cardíacas, nada más. Se puede afirmar lo siguiente acerca de las cosas por las que tanto nos preocupamos:

- 40 por ciento de ellas nunca llegan a suceder
- 30 por ciento tienen que ver con hechos inmodificables del pasado
- 12 por ciento se enfocan en opiniones de los demás que no podemos controlar
- 10 por ciento se centran en la salud personal, la cual solo empeora con nuestra preocupación
- 8 por ciento corresponden a problemas reales que podemos influir.[2]

¡Nuestras preocupaciones son innecesarias en noventa y dos por ciento de los casos! Preocuparse no solo es irrelevante porque nada logra, sino que es irreverente porque implica desconfiar de Dios.

> Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la

> hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, *hombres de poca fe*? (Mateo 6.28-30, cursivas añadidas).

La preocupación es síntoma de una fe frágil, como una «blasfemia inconsciente».[3] No es nuestra intención dudar de Dios, pero ¿acaso no dudamos de Él cada vez que nos preocupamos? Asumimos la actitud de un niño que pregunta a Miguel Ángel: «¿Está seguro de que sabe qué hacer con esa piedra?» Con razón el apóstol nos urge: «por nada estéis afanosos» (Filipenses 4.6). Pablo no promueve aquí una vida irresponsable y displicente. No debemos ser como el ministro que dejaba todo para después. *Por nada estaré afanoso*, se decía a sí mismo. *El Espíritu Santo me dará el mensaje que debo predicar*. Evitaba hacer su trabajo durante toda la semana diciendo: *El Espíritu Santo me dará mi mensaje*. Al llegar el domingo, se paraba frente a la congregación y oraba en voz alta: «Muy bien Señor, dame ahora el mensaje». Para gran sorpresa de la iglesia, una voz celestial llenó el santuario: «Dile a mi pueblo que no estudiaste».

¿Deben manejarse los problemas? Por supuesto, pero no dejes que los problemas te manejen. Eso hace el corazón preocupado.

Lo cierto es que el corazón preocupado paga un alto

precio por su ansiedad. El concepto de *preocupación* se deriva de la palabra griega que significa «dividir la mente». La ansiedad nos parte por la mitad y crea mentes de doble ánimo. En lugar de resolver los problemas de mañana, la preocupación se roba las fuerzas de hoy. Nuestra percep-ción se fragmenta y la visión se distorsiona. Cuando se divide la capacidad mental, la fuerza se disipa y se desperdicia energía. ¿Quién puede darse el lujo de perder poder para vivir?

Ahora bien, ¿cómo podemos dejar de hacer esto? Pablo ofrece una respuesta doble: La parte de Dios y la nuestra. Nuestra parte incluye oración y gratitud. «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios *en toda oración* y ruego, *con acción de gracias*» (Filipenses 4.6, cursivas añadidas).

¿Quieres preocuparte menos? Si es así, ora más. En lugar de antici-parte a las cosas con temor, levanta la mirada en fe. Este mandato no es novedoso. La Biblia nunca deja a nuestra imaginación lo referente a la oración. Jesús enseñó a la gente «sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar» (Lucas 18.1). Pablo dijo a los creyentes: «Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias» (Colosenses 4.2). Santiago declaró: «¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración» (Santiago 5.13).

En lugar de preocuparte por todo, «ora por todo». ¿Por todo? ¿Los cambios de pañales y las citas

románticas? ¿Las reuniones de negocios y la tubería rota? ¿Los retrasos y los diagnósticos? Ora por todas las cosas en vez de afanarte, para que «sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego» (Filipenses 4.6).

Cuando vivimos en Río de Janeiro en Brasil, yo solía transportar a mis hijas en bus. Por unos cuantos centavos, podíamos subirnos al bus y viajar por toda la ciudad. A uno le puede parecer aburrido, pero a los dos años de edad esa experiencia genera la misma emoción que la Copa Mundial. Las niñas no hicieron nada durante el viaje. Yo compré los pasajes, llevé las maletas y seleccioné la ruta. Mi única petición de su parte fue esta: «Quédense siempre a mi lado». ¿Por qué? Yo sabía la clase de personajes que podrían subirse al bus y quería asegurarme de que mis hijas y yo no termináramos separados.

Nuestro Padre nos hace el mismo requerimiento: «Permanezcan a mi lado, no se alejen. Háblenme. Háganme sus peticiones en oración. Inhalen mi presencia y exhalen su preocupación». La preocupación disminuye a medida que levantamos nuestra mirada al cielo. Dios sabe todo lo que puede pasar durante nuestro recorrido en la tierra y Él quiere llevarnos con seguridad a casa.

Ora por todo y en todo.

No olvides el ingrediente de gratitud mencionado por Pablo: «Dile a Dios lo que necesitas, y dale gracias por todo lo que ha hecho y hará».

Sigue el ejemplo del joven pastor David. En lugar de sentirse atemorizado e intimidado por el gigante Goliat, se sintió confiado en cuanto al resultado final, porque se enfocó en lo que Dios había hecho en el pasado. Cuando Saúl se rehusó a dejarlo ir a pelear frente a Goliat, David le refirió la historia del desempeño de Dios.

> David respondió a Saúl: Tu siervo era pastor de las ovejas de su padre; y cuando venía un león, o un oso, y tomaba algún cordero de la manada, salía yo tras él, y lo hería, y lo libraba de su boca; y si se levantaba contra mí, yo le echaba mano de la quijada, y lo hería y lo mataba. Fuese león, fuese oso, tu siervo lo mataba; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha provocado al ejército del Dios viviente. Añadió David: Jehová, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me librará de la mano de este filisteo. Y dijo Saúl a David: Vé, y Jehová esté contigo (1 Samuel 17.34-37).

¿Le tienes miedo a algún gigante? Recuerda al león y al oso. No mires hacia adelante con temor, ve hacia atrás con aprecio. La prueba divina es el pasado de Dios. El olvido da lugar al temor, pero una buena memoria contribuye a un corazón confiado.

Así es como opera. Digamos que un motivo de preocupación se aparece en tu camino. El doctor decide que necesitas una operación porque ha detectado un absceso y considera que lo mejor es extirparlo. Allí estás tú, saliendo del consultorio. Te acaban de servir una copa de ansiedad, ¿qué vas a hacer con ella? Puedes depositarla en uno de dos recipientes.

Puedes vaciar esa mala noticia en la olla de la preocupación y sacar la cuchara, encender el fuego y revolver. Revolver y revolver, cocinar y cavilar, repasar y darle vueltas al asunto. En poco tiempo tendrás un potaje de pesimismo que vas a tardar mucho en consumir, cual es la situación de algunos que leen este libro. Tus amigos y familiares me han pedido que te informe que ese mejunje que te has empeñado en tomar te hace mucho daño.

¿Qué tal si pruebas algo diferente? El recipiente de la oración. Antes de que se cierre la puerta del consultorio, entrégale tu problema a Dios. «Señor, recibo tu señorío. Nada viene a mí sin haber pasado primero por ti». Además, puedes añadir una porción generosa de gratitud. Tal vez no pienses en un león o un oso, pero sí puedes recordar aquella ayuda económica tan oportuna, aquel consejo tan beneficioso y hasta aquel cupo inesperado en el vuelo tempranero a casa. Una simple mirada al pasado puede infundir fuerzas para enfrentar el futuro.

La parte que te corresponde es oración y gratitud.

¿Cuál es la parte de Dios? Paz y protección. «Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Filipenses 4.7).

La oración de fe da la bienvenida a la paz de Dios. No es una paz arbitraria, nebulosa ni terrenal, sino su paz divina. Importada direc-tamente del cielo. La misma tranquilidad que caracteriza su trono es la que Dios te ofrece.

¿Crees acaso que Él lucha con la ansiedad? ¿Supones que se retuerce los dedos o manda a los ángeles que le traigan tabletas de antiácido? Por supuesto que no. Un problema no es mayor dificultad para Dios que una rama para un elefante. Dios goza de paz perfecta porque disfruta de poder perfecto.

Lo maravilloso es que Él te ofrece su paz. Una paz que «guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús». Pablo emplea aquí una metáfora militar. Los filipenses vivían en un fortín romano y estaban acostumbrados a la presencia de centinelas que montaban guardia todo el tiempo. Antes de que cualquier enemigo pudiera entrar, tenía que pasar primero ante los guardias. Dios te hace el mismo ofrecimiento. Su paz sobrenatural te rodea y te cubre por completo como un domo o una cúpula que protege tu corazón.

Después de veinticuatro meses, la biosfera en Arizona

demostró ser un fracaso total. El equilibrio biológico entre las plantas fue imposible de mantener y el oxígeno bajó a un nivel nocivo para la salud. Los investigadores vivían enfrascados en luchas intestinas, las hormigas se reprodujeron demasiado rápido y conquistaron a los demás insectos. El experimento fracasó y el domo utópico fue abandonado.

En cambio, el domo de Dios sigue en pie y solo necesitamos permanecer bajo su cubierta. ¿Estás vuelto «un ocho» con tus problemas? Ya sabes cuál es la solución: «echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros» (1 Pedro 5.7). El verbo aquí es enérgico. *Echando* no se refiere simplemente a poner, depositar o a ofrecer de forma ocasional. Pedro emplea el mismo verbo que los escritores de los evangelios usaron para describir la manera como Jesús trató a los demonios: Él los echó fuera. Con plena autoridad, poniendo una mano en el cuello de la camisa y otra en el cinturón, les lanzó lejos con un «por aquí no vuelvas más». Haz lo mismo con tus temores. Debes tratarlos con seriedad y echarlos fuera de ti al dejar que Dios tome las riendas.

La preocupación es una opción, no una tarea. Dios puede darte una vida libre de preocupaciones, pero a ti te corresponde orar sin vacilar y enfocarte menos en los problemas potenciales y más en las victorias del pasado. Haz la parte que te corresponde y Dios hará la suya. Él guardará tu corazón con su paz, una paz que rebasa todo

entendimiento.

DOCE
Ángeles cuidándote

Cuando el joven Jake Porter, de diecisiete años, entró corriendo al estadio de fútbol, ambos equipos vitorearon. Parece una escena extraña, pero después de tres años en el equipo de la secundaria de Northwest, nunca había sudado una sola camiseta. Los espectadores de McDermott, Ohio, nunca habían visto a Jake llevar la pelota ni hacer un solo quite o amago. Tampoco lo habían visto leer un libro o escribir más que una frase. Los niños con síndrome de debilidad en el cromosoma X, una causa común de retardo mental, muy rara vez hacen cosas así.

Sin embargo, a Jake le encantaban los deportes. Cada día después de sus clases de educación especial, salía apresurado para alguna práctica: Atletismo, béisbol,

baloncesto. Nunca faltaba, aunque nunca jugaba.

Por lo menos, nunca hasta este partido.

El entrenador de Jake tomó la decisión antes del inicio. Si el puntaje quedaba decidido de tal modo que los últimos segundos en nada afectarían el resultado, Jake entraría a jugar. Lo del puntaje fue cierto. Faltaban cinco segundos para que terminara el juego y su equipo iba perdiendo 42 a 0. El entrenador pidió el último descanso e hizo señales para hablar con el entrenador del otro equipo. Mientras escuchaba el plan propuesto, sacudía su cabeza y movía las manos. Parece que estaba en desacuerdo con algo. Un árbitro intervino y se reanudó el partido.

El mariscal de campo tomó la pelota y se la pasó a Jake. Él sabía qué hacer a continuación: Poner su rodilla sobre el balón y esperar que el reloj se detuviera. Habían practicado esto toda la semana, pero para gran sorpresa suya, los jugadores se lo impidieron. Sus compañeros de equipo le dijeron que corriera y eso mismo hizo. Empezó a correr en la dirección equivocada, así que el juez de línea lo detuvo y le hizo darse la vuelta.

En ese momento la defensa del otro equipo hizo su parte. Resulta que el entrenador visitante no se había opuesto a la jugada. Estaba de acuerdo con dejar correr a Porter con la pelota y no que solo esperara a que se acabara el tiempo. Él quería que Jake anotara un tanto. Los contendores abrieron paso como las aguas del Mar Rojo delante de Moisés y animaron a Jake a correr. Así lo

hizo, riendo, danzando y saltando hasta llegar a la meta.

Ambos equipos celebraron. Las mamás lloraron, las porristas gritaron vivas y Jake sonrió como si se hubiera ganado la lotería sin comprar un tiquete.[1]

¿Con cuánta frecuencia suceden cosas así? Según la Biblia, mucho más de lo que uno cree. De hecho, lo que el equipo de Jake hizo por él, el Señor del universo lo hace por ti cada día de tu vida. Te llenarías de emoción al ver el equipo que Él entrena.

> Los ángeles guardan sus lugares inveterados;
> Sus alas baten con poder de lo alto detrás de cada piedra,
> Y los beneficiarios del espectáculo somos tú y yo,
> Que seguimos aquí sin ver los esplendores del cielo.[2]

¿Nunca has visto a un ángel? Con el respaldo de más de trescientas referencias bíblicas, se puede afirmar que estos siervos celestiales desempeñan un papel definitivo en la historia de la redención. Si crees en la Palabra de Dios, tienes que creer en los ángeles. Al mismo tiempo, son una incógnita que te desconcierta. El estudio de los ángeles es la versión bíblica de la observación de ballenas. Los ángeles salen a la superficie solo el tiempo suficiente para darnos un vistazo deslumbrador, pero

desaparecen antes de que podamos verles en toda su magnitud.

Una cosa es cierta: La presentación bíblica y la representación contemporánea de los ángeles son incompatibles. Los periódicos amari-llistas los presentan como hadas madrinas con alas transparentes que solo existen para hacernos favores. Para muchos son genios en la botella que nos ayudan a encontrar un lugar para parquear el auto, las llaves que andan perdidas y los gatos extraviados. Solo tienes que tronar los dedos y «¡puf!» ahí aparecen. Truénalos otra vez y desaparecen.

Esto nada tiene que ver con la imagen bíblica. Hay dos adjetivos que expresan la verdad más profunda acerca de los ángeles: *numerosos* y *poderosos*.

El mundo es habitado por multitudes de ángeles. Hebreos 12.22 habla de «la compañía de muchos millares de ángeles». Judas declaró: «He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares para hacer juicio contra todos» (vv. 14-15). El rey David escribió inspirado: «Los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares de millares; el Señor viene del Sinaí a su santuario» (Salmo 68.17). Al referirse al monte Sinaí, David pensaba en los millares de ángeles que descen-dieron mientras Dios dio la ley a Moisés: «Jehová vino de Sinaí … vino de entre diez millares de santos [ángeles]» (Deuteronomio 33.2).

Miles de ángeles aguardaron el llamado de Cristo durante su pasión y crucifixión. «¿Acaso piensas que no

puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?» (Mateo 26.53). Una legión equivalía a seis mil soldados. Un simple cálculo matemático revela que setenta y dos mil ángeles (suficientes para llenar el Estadio de Los Ángeles), se mantuvieron en alerta para rescatar a su Amo. El libro de Apocalipsis rebosa de vislumbres del mundo venidero y al referirse a los ángeles que rodean el trono celestial, dice que «su número era millones de millones» (Apocalipsis 5.11).

No olvides la visión concedida al siervo de Eliseo. Cuando un ejército amenazó acabar con la vida de ambos, Eliseo pidió a Dios que abriera los ojos del joven. «Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo» (2 Reyes 6.17).

Si Dios abriera tus ojos, ¿qué verías? Mamás y papás, ustedes verían ángeles que escoltan a sus hijos a la escuela. Viajeros, ustedes verían ángeles alrededor de la aeronave. Pacientes, ustedes verían ángeles que supervisan los movimientos del cirujano. Adolescentes, ustedes verían ángeles que vigilan su sueño. Muchos, muchos ángeles. Cientos de años atrás, John Milton escribió: «Millones de criaturas espirituales se desplazan invisibles por la tierra, tanto en nuestra vigilia como en nuestro sueño».[3]

El poeta tenía la razón: «Sus alas baten con poder de lo alto detrás de cada piedra».

¿Necesitas un adjetivo para describir a los ángeles? Empieza con *numerosos*.

Continúa con *poderosos*. ¿Alas de seda y dulzura de postre? Tal vez para los ángeles en la tienda de regalos, pero los ángeles de Dios se caracterizan por una fuerza indescriptible. Pablo habla del tiempo «cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder» (2 Tesalonicenses 1.7). De la palabra que se traduce *poderosos* también se deriva *dinamita*. Los ángeles poseen una potencia dinámica. Solo se necesitó uno para quitar la vida a todo primogénito en Egipto y uno solo también para cerrar la boca a los leones a fin de proteger a Daniel. David los llamó «poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra, obedeciendo a la voz de su precepto» (Salmo 103.20).

No es necesario que les hables a los ángeles ya que no te hacen caso. Sus oídos solo se inclinan a la voz de Dios porque son «espíritus ministradores» (Hebreos 1.14) que le sirven a Él y solo responden a su mandato. Sus directivas son las únicas que siguen y cumplen. Jesús dijo que los «ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 18.10). Solo hay un sonido que les importa, y es la voz de Dios. Solo un espectáculo afecta a los ángeles y es el rostro de Dios. Ellos saben que Él es Señor de todos.

En consecuencia, los ángeles le adoran. Bien sea en el templo con Isaías o en el campo con los pastores de Belén, los ángeles adoran a Dios. «Cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios» (Hebreos 1.6). Así lo hicieron y lo siguen haciendo.

¿Recuerdas la referencia anterior a las diez mil veces que diez millares de ángeles dieron vueltas alrededor del trono del cielo? ¿Recuerdas qué es lo que hacen? «Todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono ... y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén» (Apocalipsis 7.11-12).

La adoración de los ángeles es una proclamación elocuente de la belleza de Dios. Los ángeles podrían mirar las cordilleras más majestuosas, el gran cañón del Colorado, las pinturas de Picasso y la Capilla Sixtina, pero prefieren por encima de todo fijar su mirada en la gloria de Dios. Nunca se cansan de mirarlo y no pueden quedarse callados acerca de lo que ven.

En este mismo instante en que lees estas palabras, los siervos santos de Dios ofrecen adoración incesante a su Hacedor. Recuerda que Él es su creador y que hubo un «tiempo» en que los ángeles no existieron. Por decreto de Dios, ellos llegaron a existir. «Porque en él fueron creadas

todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él» (Colosenses 1.16). Los ángeles llenan la creación invisible de Dios.

Ellos le adoran a Él y nos protegen a nosotros. Qué bebida más refrescante para nuestros corazones sedientos. «¿No son todos espíritus ministradores, enviados para *servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?*» (Hebreos 1.14, cursivas añadidas).

Uno de mis amigos cumplió hace poco una misión en Vietnam como para un ataque cardíaco. Junto a otros dos compañeros se dispuso a introducir Biblias de contrabando y dinero para los cristianos del lugar. Sin embargo, al aterrizar fue separado de los otros dos. No hablaba vietnamés y nunca había viajado a Hanoi. Imagina sus pensamientos al quedar frente al aeropuerto con una maleta llena de Biblias, varios miles de dólares en efectivo y sin saber más que el nombre de su hotel.

Uno tras otro, los conductores de taxi le ofrecieron sus servicios, pero él decidió esperar y orar. Por último, como sabía que algo tenía que hacer cuanto antes, se montó en un taxi y pronunció el nombre del hotel. Después de una hora y mil vueltas, terminó en el lugar designado. Les pagó a sus conductores y ellos prosiguieron su camino.

Leíste bien, «ellos». El asiento delantero de su taxi iba ocupado por dos hombres. Solo después mi amigo se dio

cuenta de cuán insólito fue este hecho. Durante su estadía en Vietnam observó cientos de taxis, pero ni uno solo tenía dos conductores.

¿Un detalle insignificante? Podría ser.

¿Una pista ratificadora? Igualmente posible. Quizás mi amigo fue transportado, no por motoristas vietnameses, sino por un equipo de mensajeros celestiales. Sus compañeros de viaje llegaron solo después de haber sido estafados por otro taxista. ¿Mandó Dios a un dúo dinámico que protegiera a mi amigo?

Eso mismo hizo por Sadrac, Mesac y Abed-nego. El rey Nabucodonosor mandó calentar el horno de fuego siete veces por encima del calor normal y que fuesen arrojados en su interior. El rey se fijó bien porque esperaba ver un trío de miseria. En vez de eso, los hombres estaban muy bien acompañados. Un visitante inesperado caminaba junto a ellos en medio de las llamas. «He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses» (Daniel 3.25). Un ángel ministró a los hijos de Dios.

Considera a Pedro mientras dormía en la celda de los condenados en Jerusalén. Una sola palabra de Herodes y su cabeza rodaría. Todos los esfuerzos humanos para salvarlo habían sido en vano, mas no así los esfuerzos celestiales. El ángel no solo despertó a Pedro sino que también lo sacó de allí sin dificultades. El pescador de

hombres disfrutó una salida triunfal como la de Jake Porter. «Y he aquí que se presentó un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la cárcel; y tocando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos» (Hechos 12.7).

Los ángeles ministran al pueblo de Dios: «Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos» (Salmo 91.11).

Billy Graham nos recuerda: «Si eres creyente, espera que ángeles poderosos te acompañen en tus experiencias por la vida».[4] ¿Qué pasa si uno no es creyente? ¿Ofrecen los ángeles esa misma protección a los enemigos de Dios? No, ni en sueños. La promesa divina de protección angélica está limitada a los que confían en Dios. «Todos [los ángeles son] espíritus ministradores, enviados para *servicio a favor de los que serán herederos de la salvación*». David se pronunció en cuanto a esta cobertura restringida: «El ángel de Jehová acampa alrededor de *los que le temen*, y los defiende» (Salmo 34.7, cursivas añadidas). Si rechazas a Dios corres el riesgo de quedar sin protección alguna, pero si recibes y te acoges a su señorío, puedes tener la plena certeza de que muchos ángeles poderosos te cuidarán en todos tus caminos.

«El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende» (v. 7). Él no saluda con la mano mientras vuela de paso, sino que acampa, se queda y

monta guardia en tu vida para velar por ti. Tú vives y te mueves bajo el cuidado esmerado de seres celestiales. ¡Deja que esa verdad reduzca tu ansiedad! Los más ricos del mundo no pueden hacerse de la protección que los siervos de Dios te dan por orden suya.

Además, ¡a los ángeles les encanta servir! No solo te sirven sino que te admiran por «las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles» (1 Pedro 1.12). Ellos contemplan maravillados los dones que Dios te ha dado. ¿Acaso el Espíritu Santo mora en los ángeles? No. Más bien, Él hace su morada en ti. ¿Dan gracias a Dios los ángeles por la salvación? No, ellos nunca han estado perdidos como tú. ¿Se convirtió Cristo en un ángel? No, Él se volvió humano y los ángeles quedaron anonadados al contemplarlo como tal. Los ángeles que asistieron a su nacimiento lo adoraron solemnes. Los que aguardaron sus órdenes fueron testigos de su muerte. Los ángeles emocionados anunciaron su resurrección. Los ángeles atentos montan guardia y supervisan la obra de la iglesia. A través de cristianos como tú y yo que nos congregamos alrededor del mundo entero, «la multiforme sabiduría de Dios [es] ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales» (Efesios 3.10).

La obra de Dios en ti deja a los ángeles con los ojos

abiertos y con ganas de aplaudir por la eternidad. Jesús dijo «que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente» (Lucas 15.10). Cuando los ángeles se reúnen para departir alrededor del convite celestial, se ponen a hablar sobre la iglesia.

—¿Has visto lo que está pasando en Nigeria?

—Los australianos están avanzando a pasos agigantados.

—Oigan, acabo de llegar de Nueva York. Déjenme contarles sobre los creyentes en el Bronx.

El escritor de Hebreos describe una «grande nube de testigos» (Hebreos 12.1). Ciertamente los ángeles se cuentan entre esa multitud.

Dios envía sus mejores tropas para guardar tu vida. Imagina que el presidente de la república asignara su servicio secreto para prote-gerte y diera instrucciones a sus agentes para que escoltaran tu auto en medio del tráfico y que te abrieran paso entre las multitudes. ¿Cómo dormirías si supieras que los mejores escoltas del mundo montan guardia a la puerta de tu casa? ¿Cómo vas a dormir de ahora en adelante sabiendo que los mejores agentes del cielo hacen exactamente lo mismo? Tú no estás solo(a). Recibe el señorío de Dios sobre tu vida. Los numerosos y poderosos ángeles del cielo te guardan y te protegen.

Además, cuando cruces la línea de meta, ellos serán los primeros en aplaudir y vitorear.

TRECE
Dios es
tu guardia

¿Será que sí leí lo que pienso que leí? Decidí dar la vuelta a la cuadra para un segundo vistazo. El anuncio estaba pegado a una señal de pare y tenía el aspecto de haber sido elaborado en un computador casero, con papel amarillo y letras grandes. En nuestro vecindario la gente imprime y coloca este tipo de avisos por todas partes. Lo que me llamó la atención no fue la presencia del aviso, sino el mensaje.

Encontré al Cerdo Regordete, favor llamar al número...

Después seguían dos números telefónicos, uno para llamar durante el día y otro para llamar de noche. Nunca había visto un aviso de esa clase, aunque sí otros similares.

Encontré un perro raza Pastor Alemán
Encontré una Patineta Psicodélica
Encontré una Peineta con Bordes Dorados

¿Pero un cerdito regordete? ¿A quién se le pierde un cerdo? ¿Quién tendría un cerdo de mascota? Conozco a muchos dueños de mascotas, ¿pero de cerdos mascota? ¿Te imaginas los cuidados que requiere un cerdo a diario? (Mi esposa Denalyn diría que lo sabe muy bien.) ¿Acaso los dueños invitan a sus amigos a cenar para que acaricien al cerdito? De pronto tienen un aviso en la puerta que dice «Cerditos en la costa». Los dueños de cerditos mascota deben ser una categoría muy especia-lizada de seres humanos.

Todavía más aquellos que los encuentran y rescatan. El aviso presupone un momento bastante curioso. Alguien vio a un cerdo que se desplazaba por el andén. «Pobrecito, súbete aquí cerdito, ven acá. La calle no es un buen lugar para que un cerdito ande solo. Te llevaré a casa».

Supongamos que una de esas mascotas peculiares se apareciera a la entrada de tu casa. Si escucharas sus gruñidos, ¿abrirías la puerta? Yo no lo haría, eso lo sé muy bien. Si fuera un perro labrador dorado, seguro que

sí. Hasta un pastor alemán, con mucho gusto. ¿Un San Bernardo? Pueden contar conmigo para cuidarlo un par de noches y poner avisos en el vecindario, ¿pero un cerdito regordete? Lo siento mucho, pero tendría que dejarlo en el camino a Jericó.

Yo no lo reclamaría como algo valioso, pero Dios sí. Dios hizo exactamente eso. Lo hizo al reclamarnos a nosotros como suyos.

Nosotros damos por sentado que Dios cuida a los «pura sangre» del mundo. Los que tienen narices limpias, que viven muy organi-zados, aquellas almas puras que parecieran haber sido creadas en conventos. Cuando Dios ve por la calle a los perritos falderos de pura raza y los gran danés, de inmediato abre su puerta. ¿Qué decir del resto de nosotros? También nos perdemos, vagamos por las calles y termi-namos muy lejos del hogar. ¿Contamos igualmente con su vigilancia y cuidado?

El Salmo 91 nos ofrece un sonoro ¡sí! Por si acaso necesitas conocer la naturaleza y la magnitud del señorío de Dios, anídate bajo las amplias y refrescantes ramas de la poesía de David.

> El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente.
>
> Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré.
>
> Él te librará del lazo del cazador, de la peste

destructora. Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro;

escudo y adarga es su verdad. No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuele de día, ni pestilencia que ande en oscuridad,

ni mortandad que en medio del día destruya.

Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará. Ciertamente con tus ojos mirarás y verás la recompensa de los impíos.

Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación,

No te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada.

Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos.

En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra.

Sobre el león y el áspid pisarás; hollarás al cachorro del león y al dragón.

Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre.

Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia;

lo libraré y le glorificaré. Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación

(Salmo 91.1-16).

Dieciséis versículos colaboran entre sí para articular una visión de Dios como tu guardia. Trata de encontrar el hilo conductor del salmo:

Los que habitan al abrigo del Altísimo vivirán tranquilos y reposados.
Él los librará.
Él los cubrirá.
Ningún mal o temor les tocará.
Los ángeles les guardarán y llevarán.
El Señor dice que les librará y pondrá en alto.
Les responderá.
Estará con ellos en la angustia.
Les librará y les glorificará.
Les saciará y les salvará.

Te di muchas pistas, pero lo importante es que captes la esencia: Dios ofrece más que la posibilidad de protección o la probabilidad de salvación. ¿Te protegerá Dios? ¿Será católico el papa? Tu serenidad es importante para tu Creador. La presencia de Dios encapsula tu vida. Como tu guardia, Dios es quien te separa del mal.

Durante el escándalo de Clinton y Lewinsky, el fiscal especial Kenneth Starr habló en nuestra iglesia. Debido a la volatilidad de aquellos días, un par de agentes especiales más serios que un ataque cardíaco

monitoreaban todos sus movimientos. Uno caminaba delante y el otro detrás. Durante el receso requisaron a todos los que se acercaron a saludar al fiscal. Mientras el juez Starr estaba en el baño, ellos se quedaron junto a la puerta y no dejaron entrar a nadie. Cuando le pregunté si le perturbaba su presencia, se encogió de hombros y me dijo: «Para serle sincero, me siento muy protegido y tranquilo».

La presencia de Dios provee eso y mucho más. Él requisa a todos los que se cruzan en tu camino, y a medida que caminas Él te dirige y te lleva por el mejor camino. Mientras duermes, Él patrulla. «Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro» (v. 4).

La imagen de vivir bajo la sombra del Omnipotente me recuerda un picnic arruinado por la lluvia. Mis amigos de la universidad y yo apenas logramos escapar de la tormenta repentina en el occidente de Texas antes de que inundara el parque donde pasábamos una tarde de sábado. Mientras nos íbamos, mi amigo detuvo el auto y señaló con el dedo un espectáculo de ternura sobre el suelo. Una ave madre quedó expuesta a los elementos con su ala extendida sobre su pichón, el cual había caído del nido en un árbol adyacente. La tormenta inclemente le había impedido regresar al árbol, así que ella decidió cubrir a su crío hasta que pasara el vendaval.

¿Sabes de cuántas ventiscas te está protegiendo Dios? En este mismo instante, su ala te protege como escudo.

Un crítico destructivo que se dirige con veneno hacia tu escritorio es interrumpido por una llamada telefónica. Un ladrón encaminado hacia tu casa cambia de planes al ver una llanta desinflada. Un conductor ebrio se queda sin gasolina antes de que tu auto rebase el suyo. Dios es tu guardián que te protege:

«del lazo del cazador» (v. 3)
«de la plaga destructora» (v. 3)
de la «pestilencia que ande en oscuridad» (v. 6)
del «terror nocturno» y la «saeta que vuele de día» (v. 5)

Otra versión traduce esta tremenda promesa: "Nada malo te acaecerá" (v. 10).

«¿Por qué suceden cosas malas?» irrumpe alguien. «¿Cómo se explica mi traslado laboral, o el zángano que dice ser mi papá, o la muerte de un hijo o una hija?» Aquí salen a la superficie los pensamientos de cerdito regordete. ¿Dios protege a galgos y pequineses pero no a labradores como yo? Tal vez creas que tu juego de ajedrez tiene una ficha que no cuadra con las demás. Si Dios es nuestro guardia, ¿por qué nos suceden cosas malas?

Piensa por un momento: ¿Te han pasado cosas *realmente* malas? Es posible que Dios y tú tengan definiciones diferentes de la palabra *malo*, como sucede entre padres e hijos. Si la buscas en un diccionario de

adolescentes, leerás definiciones como «barro en la nariz», «pasar a solas la noche del viernes» o «examen de geometría». «Papá, ¡esto de verdad es muy malo!» dice el joven totalmente desconsolado. El papá, como ya ha pasado por ahí una o dos veces, tiene una opinión y perspectiva muy diferente. Los barros en la cara desaparecen tarde o temprano y en poco tiempo valorarás en gran medida una tarde tranquila en casa. ¿Un inconveniente? Sí. ¿Una adversidad? Seguro. No obstante, estas cosas no son *malas* por definición. Reserva ese adjetivo para las salas de emergencia y los cementerios.

Lo que es malo para un niño no siempre lo es para un padre.

Lo que tú y yo calificamos como un desastre absoluto, Dios tal vez lo catalogue como un problema del tamaño de un barro que pasará inadvertido. Él ve tu vida como tú ves una película después de haber leído el libro. Cuando algo malo sucede, sientes que la sala de cine se queda sin oxígeno. Todos aguantan la respiración mientras ven la crisis que se desenvuelve sobre la pantalla. En cambio, tú observas todo sin sentir ansiedad. ¿Por qué? Porque ya leíste el libro y sabes que los buenos del paseo saldrán avante de la situación que parece imposible. Dios ve tu vida con la misma confianza. Él no solo ya leyó tu historia, Él mismo la escribió. Su perspectiva es diferente y su propósito es claro.

Dios utiliza las luchas para endurecer nuestra piel espiritual.

> Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna (Santiago 1.2-4).

¿Una de las curas de Dios para la fe débil? Una prueba buena y sana. Años atrás nuestra familia visitó la parte colonial de Williamsburg, donde se recrea la Norteamérica del siglo dieciocho en Virginia. Si alguna vez visitas ese lugar, presta atención especial al que trabaja el hierro y la plata. El artesano pone un pedazo de plata sobre el yunque y lo golpea con un martillo inmenso. Tan pronto el metal se aplana lo suficiente como para moldearlo, es introducido al horno. El orfebre procede a calentar y golpear el metal como vea conveniente hasta que adquiera la forma de una herramienta que pueda utilizar.

Calentar, golpear.

Golpear, calentar.

Fechas límite, tráfico.

Discusiones, irrespeto.

Alarmas ruidosas, llamadas

silenciosas.

Calor y golpes.

Golpes y calor.

¿Sabías que los orfebres tienen que volverse expertos en golpear la plata y demás metales que trabajan? Dios es un orfebre experimentado que tan pronto queda satisfecho con la forma de su herramienta, empieza a aplanarla y pulirla a perfección. Con el uso de martillos más pequeños y lijas de diverso grosor, Él aplica golpes graduales y mesurados para alisar y decorar su creación. Nadie lo detiene. Nadie puede quitarle el martillo y decirle: «No trates tan duro ese pedazo de plata, ya le has dado suficientes golpes». No, el artífice manipula y transforma el metal hasta que termina con él. Según me han informado, algunos orfebres pulen el metal hasta que puedan ver su cara reflejada en la herramienta. ¿Cuándo dejará Dios de trabajarte? Cuando vea su reflejo en ti. «Jehová cumplirá su propósito en mí» (Salmo 138.8). Jesús dijo: «Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo» (Juan 5.17).

Dios guarda a los que acuden a Él. Los martillazos y golpes que sientes no indican su distancia, más bien demuestran su cercanía. Confía en su soberanía. ¿Acaso no se ha ganado ya tu confianza?

¿Ha dicho alguna vez una palabra que haya demostrado ser falsa? ¿Ha dado una promesa que fuera mentira? Varias décadas siguiendo a Dios llevaron a

Josué a concluir: «No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió» (Josué 21.45). Si buscas *confiabilidad* en el diccionario del cielo, encontrarás la siguiente definición en una sola palabra: Dios. «Si fuéremos infieles, él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo» (2 Timoteo 2.13).

Haz una lista de sus errores. Muy difícil, ¿no es verdad? Ahora haz una lista de las veces que te ha perdonado por los tuyos. ¿Quién en toda la tierra tiene un desempeño similar? «Fiel es el que os llama, el cual también lo hará» (1 Tesalonicenses 5.24).

Puedes depender de Él, porque «es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13.8) y puesto que Él es el Señor, «reinarán en tus tiempos la sabiduría y la ciencia, y abundancia de salvación» (Isaías 33.6).

Confía en Él. «En el día que temo, yo en ti confío» (Salmo 56.3). Únete a Isaías, que resolvió: «me aseguraré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es JAH Jehová, quien ha sido salvación para mí» (Isaías 12.2).

Dios dirige tus pasos y se deleita en cada detalle de tu vida (Salmo 37.23-24). No importa quién seas, Dios no ve la diferencia entre un cerdito regordete y un caballo pura sangre. Claro, eso no significa que no te vea a ti, de hecho, mira en la distancia que se acerca en su auto y se detiene al lado de la carretera. Ahora Dios abre la puerta y tú entras para ocupar el lugar del pasajero. Dime si no

sientes más seguridad y confianza al saber que Él está al control.

Cuarta parte

Recibe Su Amor

CATORCE
En busca de la profundidad

Pipín Ferreras quiere bucear más hondo que cualquier persona en toda la historia. Tú y yo nos contentamos con bucear a 3 o 7 metros de profundidad. Ciertos aventureros descienden hasta 20 y 30, mas no así Pipín. Este legendario buceador cubano ha descendido a 163 metros de agua oceánica, armado con nada más que aletas, vestido de baño, una resolución tremenda y una bocanada de aire.

Su recorrido de ida y vuelta duró tres minutos y doce segundos. Su preparación para tal hazaña consistió en llenar sus pulmones con 8.2 litros de aire, casi el doble de la capacidad normal de un ser humano, inhalando y exhalando durante varios minutos con su tráquea produ-

ciendo un sonido similar a una bomba para inflar bicicletas. Después se aferró con las rodillas a un deslizador de aluminio que lo lleva hasta el fondo del mar.[1]

Ningún buceador de estilo libre ha llegado más lejos, pero él todavía quiere ir más hondo. Aunque ya está familiarizado con la clase de presión acuática con que se sometieron a prueba los submarinos de la Segunda Guerra Mundial, para él no es suficiente. El misterio de las profundidades marinas lo atrae con intensidad y quiere bucear cada vez más abajo.

¿Podrías interesarte en un descenso similar que haga estallar tus tímpanos? No en el fondo oceánico, sino en el amor ilimitado de Dios.

> ... a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Efesios 3.17-19).

Cuando Pablo quiere describir el amor de Dios, no puede evitar la palabra *profundidad*. Necesitamos excavar en lo profundo del amor maravilloso de Dios (v. 17) y descubrir cuánto es en realidad (v. 18).

Imagínate a Ferreras en la profundidad del mar. Después de bajar el equivalente a un edificio de cinco pisos, ¿a dónde puede dirigir la mirada sin ver agua? A la derecha, a la izquierda, por debajo y por encima. La sustancia común de su mundo es agua. El agua es lo que define sus aventuras de buceo y dicta su dirección, lo libera y al mismo tiempo lo limita. Su mundo es el agua.

¿Puede una persona profundizar a tal grado en el amor de Dios? ¿Hundirse tan hondo que no ve más que el amor de Dios? David Brainerd, el misionero del siglo dieciocho entre los indios americanos, podría identificarse con tal experiencia, como lo relató en su diario:

> Me retiré al mismo lugar de siempre, en una gran tranquilidad. Sabía que al exhalar solo saldría mi deseo de conformidad perfecta a Él en todas las cosas. Dios era tan precioso que el mundo con todos sus deleites parecía infinitamente vil. No deseaba más el favor de los hombres que el comer piedras.
>
> Al mediodía tenía los anhelos más ardientes por Dios que he sentido jamás en toda mi vida.
>
> En mi retiro secreto, no podía hacer más que decir a mi amado Señor en la más dulce calma que nada deseaba sino a Él y nada más que su santidad, que Él me había dado estos deseos y que era el único que podía conceder mis anhelos

más profundos.

Nunca he estado tan desconectado de mí mismo y consa-grado por entero a Dios.

Así mi corazón permanecía absorbido en Dios durante la mayor parte del día.[2]

Para cualquiera que desee un descenso tan profundo en el amor divino, la Biblia ofrece un ancla. Aférrate a este versículo y deja que te lleve a la profundidad: «Dios es amor» (1 Juan 4.16).

Una palabra en el pasaje revela la sorpresa suprema del amor de Dios, la cual consiste en que no tiene nada que ver contigo. Otros te aman por ti, porque te salen hoyuelos en la cara al sonreír o por tu manera de hablar que entretiene y cautiva. Hay personas que te aman debido a lo que eres, pero no Dios. Él te ama debido a lo que Él es. Él te ama porque decide hacerlo. Su amor no tiene causa fuera de Él y es espontáneo ciento por ciento porque solo depende de su elección para darlo. «No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó» (Deuteronomio 7.7-8).

Tú no influyes el amor de Dios así como no puedes afectar la naturaleza arbórea de un árbol ni lo celeste del cielo ni lo rocoso de la piedra. Tampoco puedes afectar el

amor de Dios. Si pudieras, Juan habría usado más tinta para escribir: «Dios es amor *ocasional*» o «amor *esporádico*» o «amor *en las buenas*». Si tus acciones alteraran su devoción, Dios no sería amor sino que sería humano porque así es el amor humano.

Lo cierto es que ya has tenido suficiente amor humano, ¿no es así? Ya bastantes tipos te han coqueteado con sinceridad de imitador de Elvis Presley. Suficiente información hay en los diarios que te dicen que tu amor verdadero está a una sola dieta de distancia. Suficientes expectativas infladas con helio por parte de jefes, padres y pastores. Suficientes mañanas en las que hueles los errores que cometiste en tu búsqueda de amor la noche anterior.

¿No necesitas una fuente de amor que nunca se seque? La encontrarás en un monte pedregoso en las afueras de las murallas de Jerusalén, donde Jesús cuelga clavado y coronado de espinas. Cuando sientas que nadie te ama, asciende este monte. Medita muy bien en el amor de Dios por ti. Ojos cerrados a golpes, hombros molidos como carne cruda, labios sangrientos y partidos. Barba ensangrentada y arrancada a puños. Resuellos de aire que escapan de los pulmones. Mientras observas el rostro escarlata del único Hijo del cielo, recuerda esto: «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5.8).

No confíes en otros patrones de medida como lo hacemos con frecuencia al ver a los saludables o los exitosos del mundo y llegar a esta conclusión: *Dios de verdad debe amar a esa persona, porque ha recibido muchas bendiciones como salud, dinero, buen aspecto y talentos.*

También puede ser que nos vayamos al otro extremo. Si estamos solos y frágiles en una cama de hospital, deducimos: *Dios no me ama, ¿acaso podría? Mira cómo estoy.*

¡Rechaza esos pensamientos! El éxito no es un indicativo del amor de Dios, así como las luchas tampoco indican su ausencia. El criterio de medición definitivo y aprobado por Dios no es que pasemos un buen día o que nos vaya muy mal, sino las horas que pasó su Hijo clavado a la cruz. Considéralas con frecuencia y asegúrate de que no pase mucho tiempo entre tus visitas a la cruz. Descubre lo que Brainerd quiso dar a entender cuando dijo: «Mi corazón permanecía absorbido en Dios durante la mayor parte del día». Acepta esta invitación de Jesús: «Permanece en mi amor» (Juan 15.9).

Si permaneces en un lugar, es porque vives allí. Te familiarizas con los alrededores y al llegar no preguntas: «¿Dónde debo parquear?» No consultas los planos de la casa para encontrar la cocina. Permanecer significa estar en casa.

Permanecer en el amor de Cristo es hacer de su amor

nuestro hogar. No una zona de descanso al lado de la carretera ni un cuarto de hotel que frecuentas de vez en cuando, sino tu morada predilecta. En Él descansas. En Él te alimentas. Cuando retumban los truenos y cae la tormenta, te metes debajo de su techo. Sus paredes te mantienen seguro y protegido de los torbellinos. Su chimenea te calienta en los inviernos de la vida. Como apremió Juan: «Nuestra residencia permanente en una vida de amor, es la vida de Dios» (1 Juan 4.16). Uno abandona la casucha vieja del amor falso y se instala en su hogar de amor real y permanente.

Adaptarse a la vida en este nuevo hogar toma tiempo. Cuando uno pasa las primeras noches en un nuevo hogar, se pega contra las paredes al levantarse con la luz apagada, como me pasó en un motel. Salí de la cama para servirme un vaso con agua, di una vuelta a la izquierda y aplasté mi nariz contra la pared. Las dimensiones de la habitación eran diferentes a lo que me era familiar.

Las dimensiones del amor de Dios también son diferentes. Tú has vivido toda una vida en una casa de amor imperfecto. Crees que Dios va a eliminarte como lo hizo el entrenador, o abandonarte como lo hizo tu padre, o juzgarte como lo hizo la religión falsa, o maldecirte como lo hizo tu amigo. Él no hará nada de esto, pero toma tiempo quedar convencidos.

Por esa razón es necesario permanecer en Él. Pégate a Cristo como una rama se adhiere a la vid. De acuerdo a

Jesús, la rama es un modelo de su definición de *permanecer*. «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí» (Juan 15.4).

¿Acaso el pámpano suelta a la vid? Si pudiera quedaría condenado a morir. ¿Deja de alimentarse el pámpano? Por ninguna razón. Recibe nutrientes de la vid las veinticuatro horas del día. ¿Dirías que el pámpano es dependiente de la vid? Estoy de acuerdo. Si se realizaran seminarios para pámpanos, uno de los temas sería «Secretos para mantener una conexión permanente a la vid». Sin embargo, los pámpanos no irían a esos seminarios porque entonces tendrían que soltar la vid, algo que no están dispuestos a hacer.

¿Has pasado el examen de la vid? ¿Te has soltado alguna vez del amor de Cristo? ¿Has quedado sin recibir sus nutrientes? ¿Has dejado alguna vez de beber de sus reservas? Cada vez que lo haces corres el riesgo de terminar con un corazón deshidratado. Esa desconexión podría llevarte a la existencia miserable de una lombriz de tierra.

Como la lombriz se puede aislar por completo del mundo, puede resistir temporadas extensas de sequía. Lo que hace en esencia es cerrar todos sus sistemas y soltar agua hasta que queda seca como una bola de algodón. Así entra en un estado conocido como anhidrobiosis que

significa literalmente «vida sin agua». La cuarta parte de su peso corporal se convierte en un material que rodea y protege sus órganos internos. Después el animal se encoge hasta un siete por ciento de su tamaño normal y espera a que termine la sequía.[3]

Los científicos nos aseguran que los humanos no pueden hacer eso, pero no estoy tan seguro.

- La esposa de mi amigo lo dejó. «Ahora que los niños están crecidos», le anunció, «es justo que yo me divierta un poco».

- Titulares recientes informaban sobre un hombre separado que mató a su esposa e hijos a sangre fría. ¿Su justificación? Si él no puede tenerlos, nadie más puede.

- Ayer llegó un mensaje electrónico de un hombre con un problema persistente de pornografía que no está convencido de que Dios pueda perdonarle.

Anhidrobiosis del corazón. Emociones nocivas y reconcentradas. Almas encallecidas, torcidas y retorcidas para enfrentarse a la sequía de amor en sus vidas. Metidas en un caparazón de odio para sobrevivir el desierto

implacable. No fuimos creados para vivir así. ¿Qué podemos hacer?

Del archivo donde se clasifica «Aquello que nunca va a pasar», extraigo y propongo la siguiente sugerencia: Hagamos el mandato de Cristo una ley federal. Todos tienen que hacer del amor de Dios su hogar permanente. Así quedaría redactada:

Ninguna persona puede salir al mundo y empezar el día hasta que se haya colocado bajo la cruz para recibir el amor de Dios.

Taxistas. Presidentes. Predicadores. Dentistas y camioneros. Todos deben quedarse junto a la fuente de su favor hasta que calmen toda su sed. Me refiero a una satisfacción tal que digan: «No puedo beber una gota más». Entonces, y solo entonces, se les permitirá ingresar a las autopistas, los laboratorios, las oficinas, los salones de clase y las plantas del mundo.

¿No anhelas en lo más profundo el cambio que esto produciría? Menos ruido de bocinas en la calle, menos encontronazos y más abrazos y niños felices. Juzgaríamos menos y halagaríamos más. El perdón sería la norma en todo el mundo. ¿Cómo rehusaría uno darle otra oportunidad a alguien cuando Dios ha convertido nuestra vida entera en el chance más grande jamás concedido? Los médicos reem-plazarían las recetas de sedantes con

meditación en las Escrituras: «Cada hora, reflexione seis veces en la promesa de Dios: '*Con amor eterno te he amado*'» (Jeremías 31.3, cursivas añadidas). ¿Alcanzas a oír el anuncio noticioso? "Desde la implementación de la ley del amor, la tasa de divorcios ha bajado, los casos de niños que huyen de sus hogares han disminuido y los republicanos y demócratas han disuelto sus partidos para trabajar conjuntamente".

¿Es una idea alocada? Estoy de acuerdo. El amor de Dios no puede ser impuesto por ley, pero sí puede ser la opción preferida. Opta por vivir conforme a él, ¿no te parece? Por el bien de tu corazón. Por el bien de tu hogar. Para gloria de Cristo y bien tuyo, opta por él. Esta oración es tan poderosa como simple: «Señor, recibo tu amor. Nada puede separarme de tu amor».

Mi amigo Keith llevó a su esposa Sara a Cozumel en México, para celebrar su aniversario. A Sara le encanta bucear. Solo hay que darle aletas, máscara y un tubo para respirar, y de inmediato se sumergirá lo más hondo que pueda. Se lanzará al agua para explorar los misterios profundos.

Keith también cree que para bucear se necesitan aletas, máscara y tubo para respirar, pero además incluye una tabla flotadora porque la superficie le satisface lo suficiente.

Sara lo convenció de aventurarse en la profundidad. A 20 metros de la orilla, le dijo que se acercara en su tabla,

lo cual hizo su esposo. Ambos se metieron al agua y ella le mostró una cruz de 7 metros de largo que estaba sumergida. «Si hubiera podido aguantar más bajo el agua», como confesó después, «el espectáculo me habría dejado sin aire».

Jesús también te invita desde la distancia a que desciendas y lo veas en lo profundo. Olvida las miradas superficiales y las quema-duras del sol en tu espalda. Desciende a la parte honda. Respira todo el oxígeno que puedas y sumérgete tan profundo en su amor que nada más puedas ver.

Únete al salmista para declarar:

¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?
Y fuera de ti nada deseo en la tierra.
Mi carne y mi corazón desfallecen;
mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre ...
Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro.
«Tu rostro buscaré, oh Jehová»(Salmos 73.25-26; 27.8).

QUINCE
¿Has oído el portazo en tu celda?

Alfred tiene nueve años y recorre las calles de Londres con una nota que lleva apretada en la mano mientras su corazón se le sale del pecho de puro temor. No ha leído la carta pues su padre se lo ha prohibido. No sabe cuál es el mensaje pero conoce el destino. La estación de policía.

Hay jovencitos que se emocionarían con un viaje a la estación de policía, pero Alfred no es uno de ellos. Por lo menos, hoy no. El motivo de su visita no era placer sino castigo. Alfred no llegó a su casa a la hora en que debía y las diversiones del momento le hicieron olvidar su deber, así que llegó tarde y metido en líos.

Su padre era tan disciplinado y estricto, que se

encontró con Alfred en la puerta de la entrada y, sin saludarlo, le dio la nota y esta instrucción: «Lleva este papel a la comisaría». Alfred no tenía ni idea de lo que le esperaba, pero temía lo peor.

Los temores demostraron ser fundados. El oficial, que era amigo de su padre, abrió la nota, la leyó y asintió con la cabeza. «Sígueme». Condujo al jovencito atónito a una celda, abrió la puerta y le dijo que entrara. El oficial la cerró con un solo golpe seco. «Esto es lo que les hacemos a los muchachos que se portan mal», le explica sin más mientras apaga la luz del pasillo y se aleja.

Alfred siente pánico mientras empieza a reflexionar en la única conclusión posible de su suerte: Ha traspasado la línea demarcada por su padre. Ha agotado por completo su suministro de gracia. Ha gastado el reservorio de misericordia y por eso su padre tuvo que mandarlo al calabozo. El joven Alfred no tiene razón alguna para creer que volverá a ver a su familia.

Estaba equivocado. La sentencia carcelaria duró apenas cinco minutos, pero esos cinco minutos fueron para él como meses. Alfred nunca olvidó esa experiencia. El portazo de la reja al cerrarse aquella noche, como solía relatar a la gente, se quedó con él durante el resto de su vida.[1]

Es fácil entender por qué. ¿Puedes imaginar un ruido más fatídico? Su eco anunció sin palabras: «Tu padre te

rechaza. Búscalo por donde quieras, ya no lo encontrarás. Ruega todo lo que quieras, él no te escuchará. Estás separado del amor de tu padre».

El golpe en la celda al cerrarse la puerta. Muchos temen haberlo escuchado ya. Alfred olvidó su responsabilidad de llegar a tiempo a casa. Tú olvidaste tu virtud. El pequeño Alfred llegó tarde a casa y tal vez tú llegaste bajo el efecto del alcohol, pero es posible que ni siquiera te hayas aparecido. Alfred perdió la noción del tiempo. Tú perdiste tu sentido de dirección y terminaste en el lugar equivocado y haciendo lo erróneo, y sabe el cielo que no hay lugar allí para los engañadores, los homicidas, los que abortan, los adúlteros, los que pecan en secreto, los que desfalcan en público, los impostores, los hipócritas en la iglesia. Estás encerrado en el calabozo, no a manos de un padre terrenal sino por orden del Padre celestial. Encarcelado, no en una celda de Inglaterra sino en tu propia culpabilidad y vergüenza personal. Ya ni se puede suplicar misericordia porque la cuenta está sobregirada. Ni siquiera apeles para recibir gracia porque ese cheque no tiene fondos. Has ido demasiado lejos.

El temor a perder el amor paterno es difícil de sobrellevar. Alfred pasó el resto de su vida oyendo el portazo en la celda. Esa experiencia temprana de terror contribuyó a su dedicación de toda una vida a crear lo mismo en otros. Para aquel joven (Alfred Hitchcock), significó una carrera exitosa por el uso del miedo

sembrado en los espectadores.

Es posible que tú también asustes a la gente. Tal vez no te prop-ongas hacerlo, pero lo cierto es que no puedes dar lo que no tienes. Si no estás convencido del amor de Dios, ¿cómo puedes amar a otros?

¿Temes haber oído ya el portazo en tu celda? En ese caso, quédate tranquilo. No ha sido así. Tu imaginación dice que lo has oído y hasta la lógica lo confirma. Algún padre o dictador de púlpito dirá que sí lo oíste. Pero según la Biblia, según Pablo, no fue así.

> Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 8.38-39).

Estas palabras son el «¡Eureka!» al final de la búsqueda de amor de Pablo. El apóstol inicia su búsqueda con cinco preguntas que cambian la vida humana.

Primera pregunta: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (v. 31). La presencia de Dios inclina la balanza de la seguridad en nuestra dirección, para siempre. ¿Quién podrá jamás hacernos daño?

Segunda pregunta: «El que no escatimó ni a su propio

Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (v. 32). ¿Salvaría Dios nuestra alma para después dejarnos a la deriva? ¿Acaso atenderá necesidades eternas mientras ignora las terrenales? Por supuesto que no.

Tercera pregunta: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica» (v. 33). Dios es el único que nos ha reconciliado consigo mismo. Tan pronto Él te acepta, ¿qué importa la opinión de los demás? Cada voz que te acuse, incluida la tuya, suena escuálida en el tribunal del cielo. La aceptación de Dios se impone sobre el rechazo terrenal.

Cuarta pregunta: «¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros» (v. 34). Adyacente a Dios, a la distancia de un susurro de tu Hacedor, está sentado Aquel que murió por ti. Él ocupa el lugar de suprema autoridad. Por eso, que tus acusadores o tu conciencia hablen en tu contra. Tu abogado divino enmudece sus voces. ¿Por qué? Porque te ama.

Quinta pregunta. Esta es la que se relaciona con el título del capítulo, e incluye la pregunta esencial de la vida: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?» (v. 35). Esta pregunta nos lleva a la parte más alta de la escalera y mientras acompañamos a Pablo a la cima él se detiene para invitarnos a mirar en todas las direcciones, por si

acaso encon-tramos algo que pueda separarnos del amor de Dios. ¿Puedes nombrar un elemento de la vida que indique el fin del compromiso y la dedicación de Dios?

Como preguntaría el apóstol: ¿Acaso significa esto que Él ya nos ama si experimentamos «tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?» (v. 35). Pablo llama a comparecer a nuestros adversarios y los descarta uno por uno: ni los problemas, ni las dificultades, ni el odio, ni el hambre, ni el desplazamiento, ni las amenazas, ni las puñaladas en la espalda, ni siquiera los peores pecados enumerados en las Escrituras (cp. v. 35, *El Mensaje*). Nada ni nadie puede poner separación entre tú y el amor de Dios. «Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (v. 37). La aflicción terrenal no implica el rechazo celestial.

¡Pablo está convencido de esto! Se vuelve al músico que toca los platillos y le da la señal. «Por lo cual estoy seguro de que... [nada] nos podrá separar del amor de Dios» (vv. 38, 39). El apóstol emplea el tiempo perfecto para dar a entender que ha llegado a convencerse y nunca dejará de estarlo. Esta no es una idea pasajera ni un pensamiento fugaz sino una convicción arraigada en lo más profundo. Pablo está convencido. ¿Qué crees que lo convenció?

Quizás los discípulos. Pablo no da pistas al respecto, así que esa es mi especulación, pero tal vez pidió a los

seguidores de Jesús que le describieran la longitud del amor de Dios. Debieron responderle de inmediato con una alusión a la fiesta de la pascua que había prometido ser una gran noche. Buena comida. Buenos amigos. Tiempo con Cristo sin interrupciones. No obstante, en medio de la cena Jesús les tomó por sorpresa al decir: «Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche» (Mateo 26.31).

Los discípulos se escandalizaron de la idea. «Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré ... Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo» (vv. 33, 35). «¿Abandonar a Jesús? Imposible. Él es el imán y nosotros las partículas de hierro. Estamos en su esquina, en su lado de la cancha. Él puede contar con nosotros, ¿no es así?»

Todo lo contrario. Antes que la oscuridad diera paso a la aurora «todos los discípulos, dejándole, huyeron» (Marcos 14.50). Juan y Andrés corrieron. Bartolomé, Jacobo y Tadeo se escurrieron. Cuando aparecieron los romanos, los seguidores desaparecieron en un tropel de rodillas y codos. Aquellos hombres poderosos que hoy se ven en los vitrales de mil catedrales, pasaron la noche acurrucados debajo de burros y escondidos tras fardos de heno. Le abandonaron y salieron huyendo. Al primer fogonazo se escabulleron. Increíble pero cierto.

Algo más asombroso todavía es lo siguiente: cuando Cristo se levantó de los muertos, nunca lo trajo a colación. Jamás. Ni siquiera un «se los dije». Al entrar al aposento alto, que estaba ocupado por los infractores de votos, pudo haberles citado sus propias palabras y recor-darles así su traición desfachatada. «Oye Andrés, no sabía la clase de amigo que eras. Juan, ¿puedes creer que te iba a dejar escribir uno de los evangelios?»

Él pudo dejarles sin más que el sonido de una puerta al cerrarse. Pero no lo hizo. «Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros» (Juan 20.19).

Ellos corrieron más rápido que los guardias, pero no pudieron escapar del amor de Cristo.

¿Fue esta la historia que oyó Pablo? Si es así, habría sido suficiente para convencerlo. Uno puede desertar a Jesús y Él nunca dejará de amarle.

Pedro da hasta más fuerza al verbo, pues podría cambiar *desertar* por *negar*. *Uno puede hasta negar a Jesús, y Él todavía le amará.* Al mismo tiempo que Cristo soportó la prueba, Pedro enfrentó la suya. Mientras trataba de calentarse junto al fuego, «se le acercó una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo. Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices» (Mateo 26.69-70).

Ah, la fe saltarina de Pedro. Le hizo llegar tan alto que Cristo le puso por sobrenombre la Roca (Mateo 16.16-19), y al instante le hizo caer tan bajo que Jesús lo llamó Satanás (Mateo 16.21-23). ¿Quién prometió lealtad con más insistencia? ¿Quién cayó de forma más inex-cusable?

Quizá entenderíamos que esto sucediera a otros, pero aquí hablamos de la negación de Jesús por parte de Pedro, aquel cuyos pies se desplazaron sobre el agua, cuyas manos distribuyeron comida milagrosa a más de cinco mil, cuyos ojos vieron a Moisés y Elías junto a Jesús en el monte de la transfiguración, cuyos labios juraron lealtad hasta la muerte. ¿Recuerdas lo que Jesús le dijo? «De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo» (Mateo 26.34-35).

Pero lo hizo. Tres veces. Saló el aire con vulgaridades y maldijo el nombre de su amigo querido. Después cantó el gallo. ¿Sabes que el canto de ese gallo tuvo el mismo efecto que el portazo de una celda? "Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente" (Lucas 22.61-62).

Jesús nunca más querrá verme, debió haber pensado Pedro.

Se equivocó. Pocos días después de la resurrección,

Pedro y otros discípulos decidieron regresar a Galilea a pescar. ¿Por qué? ¿Por qué se iría de pesca un testigo de la resurrección? Es posible que haya sentido hambre, o también que no estuviera convencido del todo. Claro que Cristo puede derrotar la muerte, pero ¿será que puede amar a un farsante y embustero? Quizás Pedro tenía sus dudas.

En ese caso, las dudas empezaron a desvanecerse tan pronto oyó la voz. Jesús llamó a sus amigos y los urgió a lanzar sus redes por el lado derecho de la barca. El hecho de que no reconocieran a Jesús no les impidió intentarlo. Después que sacaron un montón de peces, Juan reconoció al Maestro. «¡Es el Señor!» (Juan 21.7). Pedro a duras penas alcanzó a ceñirse la ropa antes de saltar al agua y nadar hacia Cristo. Al rato los dos estaban, quién lo pensaría, junto al fuego. Pedro había negado a Cristo junto al primer fuego, pero no pudo negar el amor de Cristo en esta ocasión.

Tal vez Pedro le contó esta historia a Pablo. De pronto al terminar de contarla, Pablo se secó una lágrima y dijo: «Estoy convencido. Nada puede separarnos del amor de Dios».

«Niega a Jesús», testificó Pedro, «y Él no dejará de amarte».

«Duda de Jesús», podría añadir Tomás, «y el resultado es el mismo».

Tomás tenía sus dudas. No le importó que diez pares

de ojos hubieran visto a Jesús resucitado, o que las mujeres que lo habían visto en la tumba le vieron entrar al aposento. Que celebren y aplaudan todo lo que quieran, Tomás se iba a sentar a esperar. No estaba en el aposento cuando Jesús se hizo presente. Tal vez había salido a comprar pan, o su muerte le dio más duro que a los demás. En una de las cuatro ocasiones que es citado en las Escrituras, Tomás declara: «Vamos también nosotros, para que muramos con él» (Juan 11.16).

Tomás estaba dispuesto a morir por Cristo. Con toda seguridad moriría por la oportunidad de ver al Cristo resucitado, pero no iba a dejarse engatusar. Ya había sepultado una vez sus esperanzas y era suficiente. No las iba a enterrar otra vez por un simple «embeleco». Sin importar qué dijeran los demás, él necesitaba verlo con sus propios ojos. Por eso quedó sentado durante siete días. Otros se regocijaron y él se aguantó las ganas. Celebraron mientras él permaneció en silencio. Tomás necesitaba evidencia de primera mano y por eso Jesús se la dio. Primero una mano, luego la otra y después el costado atravesado. «Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente» (Juan 20.27).

Tal cual lo hizo Tomás. «¡Señor mío, y Dios mío!» (v. 28).

Solo un Dios podría volver de los muertos, y solo un Dios de amor podría volver para verse con un desconfiado

como él.

Deserta de Dios y Él todavía te amará.

Niega a Dios y Él no te dejará de amar.

Duda de Dios y Él seguirá amándote.

Pablo estaba convencido. ¿Lo estás tú? ¿Tienes convicción de que nunca has vivido un día sin ser amado? Ni uno solo. Sin haber recibido amor. ¿Aquellas veces en que desertaste de Cristo? Él te amó entonces. Te escondiste de Él y vino a buscarte.

¿Qué decir de aquellas ocasiones en las que negaste a Cristo? Aunque le pertenecías decidiste pasarla en malas compañías y cuando su nombre salió a flote, tú maldijiste como un marinero ebrio. Dios te permitió oír el canto de gallo de tu conciencia y sentir el ardor de las lágrimas, pero nunca se apartó de ti. Tus negaciones no pueden disminuir su amor.

Tampoco pueden hacerlo tus dudas, y sí que las has tenido. Es posible que las tengas ahora mismo. Hay mucho que no podemos conocer y que tal vez nunca sepamos, pero ¿no podemos estar seguros de esto? Las dudas no separan a los que las tienen del amor de Dios.

La puerta de la celda nunca ha sido cerrada. Las reservas del amor de Dios nunca se desocupan. «Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen» (Salmo 103.11).

La gran noticia de la Biblia no es que tú amas a Dios sino que Él te ama. No que tú puedes conocer a Dios ¡sino

que Él ya te conoce! Él ha tatuado tu nombre en la palma de su mano. Sus pensamientos acerca de ti son más numerosos que la arena en la playa. Tú nunca sales de su mente ni te pierdes de su vista. Él ve lo peor de ti y no deja de amarte. Tus pecados de mañana y tus fallas del futuro no lo tomarán por sorpresa pues los ve ahora mismo. Cada día y cada hecho de tu vida ha pasado delante de sus ojos y ha sido calculado conforme a su criterio. Él te conoce mejor de lo que tú te conoces y ha pronunciado su veredicto: Todavía te ama. Ningún descubrimiento lo decepcionará, ninguna rebelión lo disuadirá. Él te ama con amor eterno.

Escribí partes de este capítulo mientras me hospedé en un hotel de la Florida. Una mañana temprano pasé un rato sentado cerca de una piscina de tamaño olímpico. Tras leer los versículos que acabas de leer, levanté la mirada para ver a un ave que bajó del cielo y se paró al borde del agua. Metió el pico en la piscina, tomó agua y se fue volando. «¿Es esa una imagen de tu amor?», le pregunté a Dios. La cantidad de agua que tomó no redujo el nivel de la piscina. Tus pecados y los míos no bajan el nivel de amor de Dios.

El descubrimiento más grande en el universo es el amor más grande que hay en el universo: El amor de Dios. Nada podrá jamás separarnos de su amor (Romanos 8.39). Piensa en lo que esas palabras significan. Es posible que te separes de tu cónyuge, de tus padres, de tus

hijos, de tu cabello, etc., pero nunca jamás podrás separarte del amor de Dios.

Acércate a la fuente de su amor y bebe sin reparos. Tal vez tardes un poco en sentir la diferencia. Las bebidas ocasionales no humedecen al corazón evaporado como los sorbos constantes y profundos. Tan pronto te llenes de su amor, nunca serás la misma persona.

Pedro nunca lo fue, él cambió su barca por un púlpito y nunca miró atrás. Los discípulos tampoco. Los mismos hombres que corrieron despavoridos en el huerto recorrieron el mundo armados de fe y valor. Tomás nunca fue el mismo. Si las leyendas son ciertas, él llevó la historia del amor de Dios hacia los desconfiados y desertores hasta la India, donde al igual que sus amigos y su Salvador, murió por causa del amor.

El temor del amor perdido angustió al joven Alfred, pero el gozo del amor hallado cambió a los discípulos. Es mi oración que seas cambiado(a). La próxima vez que temas haber oído un portazo en la celda, recuerda: «Nada puede jamás separarnos de su amor» (Romanos 8.39).

DIECISÉIS
Enfrenta sin temor la eternidad

Boca seca. Manos húmedas. El pulso retumba como el bombo de una banda en plena marcha. Los ojos lanzan miradas por encima de los hombros. El corazón se sube a la garganta. Tú sabes lo que se siente. Conoces el momento y sabes con exactitud lo que significa ver por el espejo retrovisor las luces intermitentes y cegadoras de la patrulla de policía.

¿Cuál es tu primera reacción? Tu vida de oración pega un tremendo salto. «Ay Señor, sácame de esta». «Dios mío, ten misericordia de mí, pecador». Los agentes de policía han suscitado más oraciones que varios millares de púlpitos.

Nuestras peticiones son unánimes, predecibles y ante todo egoístas. «Ojalá sea porque hay un accidente más adelante». «Señor, ¿ves al muchacho que conduce la furgoneta roja? Manda al oficial a seguirlo a él». No obstante, así no es como sucede. La ventana trasera se llena de luces rojas y blancas, linternas poderosas y luces de parqueo, y mientras te detienes al lado de la carretera, se da inicio a tu segunda reacción. Las oraciones dirigidas al cielo ahora se convierten en pensamientos revisionistas. *¿Qué hice mal? ¿Qué tan rápido iba? ¿Maté a algún perro?*

Un oficial de carreteras del tamaño de Arnold Schwarzenegger hace su aparición junto al espejo de la puerta, así que ni te atrevas a mover un dedo porque si lo haces, lanzará su mano hacia el cinturón para tantear su revólver y te dirá: «Quédese dentro del vehículo, por favor». Tu mejor opción es volver a la oración. Solo Dios puede ayudarte ahora.

Todos sentimos pavor de pasar experiencias como esa. ¿Recuerdas al profesor o la profesora que te mandó salir del salón de clase? ¿Aquella ocasión en la que tu papá te oyó salir por la ventana del cuarto pasada la medianoche? Cuando mi hija mayor era pequeña, la sorprendí cometiendo una leve infracción. Ella anticipó de inmediato mi reacción y dijo: «Es que sentí cosquillas». Tenemos una palabra para esos momentos embarazosos. Juicio.

Retribución y desquite. La evidencia habla por sí sola y la verdad está a la vista. El policía ya está al lado de tu puerta. A nadie le gusta la idea de ser sometido a juicio.

Por supuesto, tampoco a los cristianos en Éfeso. Temían ser juzgados, no por la patrulla de carreteras sino por Dios. Sabían que Él ve todo pecado y aborrece todo pecado. Por tanto, no les tranquilizaba saber que Él seguramente aborrecía lo que estaba viendo en ellos, y estaban llenos de miedo.

Por eso Juan les reconfortó. Introdujo su pluma de escribano en el tintero del amor de Dios y escribió:

> En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que *el perfecto amor echa fuera el temor*; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor (1 Juan 4.17-18, cursivas añadidas).

«El perfecto amor echa fuera el temor». ¿No te vendría bien una expulsión de temor? Podemos identificarnos con la historia de Louis Armstrong. El famoso trompetista creció en el área rural de Louisiana a principios del siglo veinte. Siendo niño, su tía Haddie lo enviaba con frecuencia a la quebrada para traer agua. En

cierta ocasión, al inclinarse para llenar el balde, un lagarto lo asustó tanto que dejó tirado el balde y salió corriendo. Su tía le dijo que se volviera para traer el agua y le aseguró: «Mira, ese lagarto tiene tanto miedo de ti como tú de él».

«Si es así», le respondió, «entonces el agua de esa quebrada no es buena para beber».[1]

También hay lagartos amenazantes en nuestras quebradas y tan pronto los vemos reaccionamos. Tememos el rechazo y por eso seguimos a la multitud. Nos da miedo no ser aceptados y por eso aceptamos las drogas que nos ofrecen. Por temor a llamar la atención, nos vestimos igual que todo el mundo. Por temor a mezclarnos demasiado, nos vestimos con aquello que nadie usa. Por temor a dormir solos, dormimos con alguien. Por temor a no ser amados, buscamos amor en todos los lugares equivocados.

Dios echa fuera todos esos temores. Aquellos que viven saturados en el amor de Dios no traicionan sus principios para ganar el amor de los demás. Ni siquiera se rebajan para ganarse el amor de Dios.

¿Crees que tienes que ganarte su amor? Tal vez piensas: *Si dijera menos groserías, si orara más, si bebiera menos, si estudiara más... Si hiciera un mejor esfuerzo, ¿será que Dios me amará más?* Tal vez no alcances a oler el hedor sulfúreo de Satanás detrás de esas

palabras. Todos necesitamos mejorar en muchas áreas, pero no necesitamos conquistar a Dios para ganarnos su amor. Cambiamos porque ya tenemos el amor de Dios. El amor *perfecto* de Dios.

El amor perfecto es justamente eso, un conocimiento perfecto del pasado y una visión perfecta del futuro. Tú no puedes escandalizar a Dios con tus acciones. Nunca llegará el día que le haga echar la cabeza para atrás y decir: «Oh no, mira lo que hizo éste o aquel». Nunca se dirigirá a sus ángeles para quejarse diciendo: «Si hubiera sabido que Max iba a portarse tan locamente, no habría salvado su alma». Dios conoce toda tu historia, desde la primera palabra hasta el último aliento, y con pleno conocimiento de causa declara: «Tú eres mío».

Mi impresor tomó una decisión similar con este libro. Antes de acceder a publicarlo, los editores leyeron cada palabra aquí escrita. Varios pares de ojos expertos revisaron el manuscrito, bostezaron al leer mis chistes flojos, calificaron mi uso de la palabra y ofrecieron sugerencias para afinar esto y bajar de tono aquello. Nos pasamos hojas de un lado al otro, escritor a editor de vuelta al escritor, hasta que por fin todos nos pusimos de acuerdo en la versión final. Ahora es tiempo de decidir si se publica el libro o se pasa por alto. A estas alturas, el publicador todavía puede rechazar el libro y, en muchos casos lo hacen, pero como es obvio, no sucedió así con este que tienes en tus manos. Con conocimiento perfecto

de este producto imperfecto, se embarcaron en el proyecto como un equipo. Esto mismo que lees tal vez te tome por sorpresa, pero no a ellos.

Incluso aquello mismo que haces puede escandalizarte, mas no a Dios. Con conocimiento perfecto de tu vida imperfecta, Dios se embarcó en el proyecto de salvarte.

Años atrás conocí a una mujer que experimentó de primera mano esa clase de amor. Una cirugía del cerebro la dejó sin uso de un nervio facial. Como resultado, se enfrenta al mundo con una sonrisa torcida. Después de la operación conoció al amor de su vida. Así es como lo describe: «A él no le parece extraño ni feo nada mío y nunca, jamás, ni siquiera cuando está enojado, se ha burlado de mi apariencia. Nunca me ha visto de otro aspecto, en cambio yo al verme en el espejo observo una deformidad que para mi esposo solo es una parte natural de mi belleza».

¿Ves lo que hace el amor perfecto? Echa fuera el temor a ser juzgados. De hecho, purga el temor al día del juicio. Como Juan escribió: «para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo» (v. 17).

Al hablar de este tema, Juan no da excusas ni evasivas. El día del juicio no es una frase en una novela de ficción sino una fecha fija en el calendario celestial. De los veintisiete libros del Nuevo Testamento, solo las

epístolas tamaño postal de Filemón y Tercera de Juan omiten referencias a nuestra comparecencia ante el juzgado divino.[2] Aunque los detalles de aquel día no nos han sido revelados y son debatidos por nosotros, «todos compareceremos ante el tribunal de Cristo ... De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Romanos 14.10, 12).

«Cuenta de sí». Es una cuenta personal, y los hechos de tu familia, tu iglesia o tu nación ni te ayudarán ni te perjudicarán. Serás juzgado de manera individual según tu respuesta a una sola pregunta: «¿Qué hiciste con Jesús?» La riqueza terrenal no importará. La belleza física no será un factor. La fama será olvidada. Tal vez te toque al lado de Napoleón o de Julio César, pero no les harás preguntas acerca de Waterloo ni de Bruto. El graduado de Harvard y el vagabundo serán juzgados conforme a la misma elección: «¿Recibiste a Jesús o lo ignoraste?»

Los que lo ignoraron tienen mucho que temer. «Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles» (Mateo 25.41).

En cambio aquellos que lo aceptaron no tienen nada que temer: «tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo» (1 Juan 4.17). Medita en esa frase. Dios ve a los cristianos tal como ve a Cristo: sin pecado y perfecto. Por ende, los

cristianos pueden ver el juicio como Cristo lo ve, con confianza y esperanza. ¿Teme Jesús el juicio? No. Un alma sin pecado no tiene por qué. ¿Teme Jesús la muerte? No. El dador de vida jamás será atemorizado. ¿Debería el cristiano temer el juicio o la muerte? No en absoluto. Nuestra posición en el mundo es idéntica a la de Cristo (cp. v. 17). El Hijo de Dios se pone a tu lado para hacer lo que el hijo de Joe Allbright hizo por mí.

Joe Allbright es un ranchero tejano cabal y de una sola pieza que es conocido en todo el condado de Andrews, donde crecí.

Uno de los hijos de Joe, llamado Jaime, era uno de mis mejores amigos en la secundaria. Jugamos fútbol americano juntos. En realidad, él jugaba mientras yo montaba guardia en la banca del equipo. Cierto viernes en la noche después de un partido en otro pueblo, Jaime me invitó a quedarme en su casa. Al llegar a ella ya era pasada la medianoche y él no le había avisado a su papá que iba a venir con alguien.

El señor Allbright no me conocía ni reconoció mi automóvil, así que al salir y colocarme frente a su casa, sacó una linterna y la apuntó directo a mi cara. Por entre los destellos vi a un hombre inmenso (si mal no recuerdo estaba en interiores), y oí su voz ronca que dijo: «¿Quién es usted?» Tragué saliva. Mi mente corrió a la velocidad de una tortuga en el barro. Empecé a decir mi nombre pero no pude. *El señor Allbright no me conoce*. Mi única

esperanza era que Jaime hablara. Si él no se pronunciaba en representación mía, era más factible que se descongelara un glaciar. Mi amigo por fin intercedió: «No hay problema papá, este es mi amigo Max, él viene conmigo». La luz se apagó y el señor Allbright abrió la puerta de par en par. «Entren muchachos, hay comida en la cocina».

¿Qué cambió? ¿Qué hizo que el señor Allbright apagara la linterna? Un simple hecho. Yo me había alineado con su hijo. Mi seguridad repentina no tenía que ver en absoluto con mis logros, méritos o dádivas. Yo conocía a su hijo. Punto.

Por la misma razón, no tienes por qué temer el juicio de Dios. No hoy. No en el día del juicio. Jesús, en la luz que irradia la gloria de Dios, habla en representación tuya. Dice al Padre «ese es mi amigo», y tan pronto lo hace, la puerta del cielo se abre.

Confía en el amor de Dios. Su amor perfecto. No tengas miedo de que vaya a descubrir tu pasado. Eso ya lo sabe. No temas que vayas a decepcionarlo en el futuro. Él puede hasta mostrarte cómo lo harás. Con conocimiento perfecto del pasado y visión perfecta del futuro, Él te ama a perfección a pesar de ambos.

El amor perfecto puede echar fuera tu temor del juicio.

(Y manejar más despacio puede echar fuera tu temor de la policía.)

DIECISIETE
Si Dios te escribiera una carta

Llegó la navidad al poblado de El Sunza en El Salvador, en forma de cajas de zapatos. En una aldea donde los más ricos ganan cincuenta dólares al mes y las casas más elegantes se distinguen por tener techo de hojalata y no de madera comprimida, la entrega de las cajas de zapatos es uno de los grandes acontecimientos del año. El envío se origina en San Antonio, Texas, donde los niños de la iglesia en la que sirvo «adoptan» a un niño salvadoreño y preparan las cajas.

A los mensajeros se les aguan los ojos al describir el día en que las reparten: Los niños aprietan contra el pecho sus cajas envueltas con papel regalo brillante y se

aguantan las ganas de abrirlas para saborear cada momento. Cuando por fin quitan el papel, los ojos de los chicos se abren al ver los juguetes, los carritos y los muñecos de acción. También encuentran cepillos y crema dental, quizá un par de medias e interiores. Pero el regalo que más atesoran es la carta que viene metida entre los juguetes y los libros, que ocupa muy poco espacio pero les trae un torrente de emociones así no sea más que una pequeña nota escrita a mano.

Los sobres van marcados con el nombre de cada niño. José Castillo. Beatriz González. Se forman filas alrededor de los traductores a medida que uno por uno, los niños escuchan las palabras dirigidas a ellos.

«Querido Diego», se oye decir al traductor. «Mi nombre es Mateo y estoy en cuarto grado de primaria. ¿Tú vas a la escuela? Yo juego fútbol, ¿tú también? Nosotros llamamos Rosco a mi perro porque se rasca todo el tiempo...»

En otra estas palabras:

«Querida María, te escribe Kara. Me gustaría conocerte en persona algún día. Mi mamá dice que El Salvador es muy lejos de aquí. ¿Qué te gusta hacer? A mí me gusta cantar, leer y escuchar a Max Lucado predicar sus sermones». (Algunos de estos niños tienen muy buen gusto.)

Muchos de los niños salvadoreños duermen con las notas que recibieron, asombrados de que alguien de un

lugar tan lejano como Texas esté pensando en ellos. Es increíble todo lo que puede hacer en un niño una simple carta procedente de tierras lejanas.

Tú lo sabes muy bien. Como los regalos de los niños, tus regalos vienen de un lugar distante. A diferencia de los niños de la aldea, tú tienes navidad todos los días. Tu caja de zapatos no contiene juguetes ni libros, ¡sino a Dios mismo!

Su obra: en la cruz y en la resurrección. Como resultado, tu pecado no inculpa y la tumba no atemoriza.

Su energía: no depende de ti. Puedes soportarlo todo por medio de Cristo, quien te da la fortaleza.

Su señorío: Él está encargado de ti y vela por ti.

Su amor: ¿qué puede separarte de su amor?

¿Quién podría imaginarse regalos de tal envergadura? ¿Acaso alguien no estaría dispuesto a abrirlos y disfrutarlos? Lo más curioso del asunto es que a algunos de los niños salvadoreños hay que decirles que abran sus regalos, ¡porque creen que la caja es el regalo! Es mucho más bonita que cualquier posesión que hayan tenido. Algunos ven el moño y el empaque brillante y adornado, y piensan: *Eso es todo. Este es el regalo*. Si nadie les dijera algo distinto, se llevarían la caja a su casa con piso de tierra, la pondrían en un lugar destacado para admirarla y mostrarla a otros, pero nunca la abrirían.

¿Acaso no hacemos lo mismo con Cristo? ¿No somos propensos a mantenerlo a distancia? Lo ponemos en el

anaquel de nuestro corazón porque le tenemos gran respeto y reverenciamos su nombre, pero nunca abrimos sus regalos. Nunca hurgamos en la caja, nunca desempacamos su presencia en el suelo polvoriento de nuestras preocupaciones y labores, de nuestros pecados y sinsabores.

Él está dispuesto a entrar en tu mundo. ¿Estás postrado en una cama de hospital? Él llega hasta allá. ¿En las trasnochadas para cumplir con una fecha de entrega? Él te acompañará todo el tiempo. ¿Te ha tocado observar la muerte lenta de algún ser querido? Él se sentará a tu lado minuto a minuto. Tan solo invítalo. «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Apocalipsis 3.20).

No cometas el error de los allegados a Lawrence de Arabia, que les llevó a París después de la Primera Guerra Mundial. Nunca habían visto espectáculos tan grandes como el arco del triunfo, la tumba de Napoleón, los campos elíseos, etc. Sin embargo, lo que más impresionó a estos hombres del desierto de Arabia fue el grifo en la bañera de su cuarto de hotel. Lo abrían y cerraban, atónitos, al ver cómo el simple accionar de una llave les permitía tener todo el agua que quisieran.

Al llegar el momento en que debían salir de París para volver al oriente, Lawrence les encontró en el baño con llaves de tubos, tratando de desconectar el grifo.

«Necesitamos estas llaves mágicas», le explicaron. «Si las llevamos a nuestra tierra, tendremos toda el agua que queramos».[1]

No entendían la función del grifo que es transportar el agua, no producirla. Las llaves son la herramienta, no la fuente. La válvula podrá dar dirección al fluido, mas nunca generarlo. Esto lo sabemos muy bien...

¿No es así? ¿A través de qué grifos ha derramado Dios su amor en tu vida? ¿Una iglesia fiel y consagrada? ¿Un cónyuge que ora por ti? ¿Tradiciones que han pasado la prueba del tiempo? ¿Una novia en la universidad o una abuela de la infancia? El agua de Dios pasa a través de muchos grifos y su dádiva viene en muchos empaques. Sin embargo, el tesoro no es la tubería ni la caja, ni siquiera la dádiva como tal. No, el tesoro es el Dador mismo.

En mi lista de cosas que quisiera haber aprendido mucho tiempo atrás, esta verdad se mantiene siempre a la cabecera. La gracia llegó a mi vida en empaque de tipo eclesiástico. Las congregaciones y sus líderes del momento me cambiaron, pero después las iglesias lucharon y hasta se dividieron. Los hombres maduros actuaron como niños en un parque de distracciones. La caja se rompió, el grifo se atascó y por un tiempo mi corazón se hundió en la incertidumbre.

Gracias a Dios no pasó mucho tiempo antes de que

escuchara la invitación de la fuente que sigue corriendo y saltando para vida eterna: «Si alguno tiene sed, venga a mí [no a mis profetas ni a mi pueblo] y beba» (Juan 7.37).

Dios se describe a sí mismo como «fuente de agua viva» (Jeremías 2.13). Dale gracias por los grifos, pero no confíes en ellos para nutrirte. Dale gracias por las cajas en las que vienen los regalos, pero no te quedes sin abrirlas. Por encima de todo, no te quedes sin leer la carta que viene adentro. Encuéntrala en medio de los regalos diarios de misericordia y cuidado, es una carta personal que podría decir algo semejante a esto:

Amado hijo(a) mío(a):
¿Tienes sed? Acércate y bebe. ○ Yo soy aquel que te reconforta. Yo te compré ○ y soy quien completa tu vida. ○ Me deleito en ti y te reclamo como propio, gozándome por ti como el novio se regocija por su novia. ○ Nunca te dejaré ni te abandonaré.[2]

ACEPTA MI OBRA

Conozco la multitud de tus transgresiones y tus grandes pecados, ○ pero mi gracia es suficiente para ti. ○ He puesto a mi espalda todos tus pecados, ○ los he hollado bajo mis pies ¡y los he lanzado al fondo del océano! ○ Tus

pecados han sido enjuagados y quitados, ○ se han desvanecido como el rocío de la mañana y se han disipado como las nubes. Oh, vuelve a mí pues ya pagué el precio de tu libertad.[3]

Tu muerte es sorbida en victoria. ○ Yo desarmé a las potestades de maldad y les quité su autoridad. ○ He quebrantado el poder del diablo, que tenía el poder de la muerte. ○ Bienaventurados son los que mueren en el Señor. ○ Tu ciudadanía está en los cielos. ○ Ven y hereda el reino que ha sido preparado para ti,○ donde quitaré todas tus tristezas, y donde no habrá más muerte, ni tristeza, ni llanto ni dolor.[4]

APÓYATE EN MI ENERGÍA

Te preocupas y atormentas por muchas cosas; ○ confía en mí de todo corazón. ○ Yo sé cómo rescatar a los piadosos de sus tribulaciones. ○ Mi Espíritu te ayuda en tu angustia. ○ Déjame fortalecerte con mi poder glorioso. ○ No escatimé a mi Hijo sino que lo entregué por ti. ¿No te daré también todo lo demás? Continúa la marcha, mi amado(a), ¡con valentía! ○ Nunca te rindas. ○ Yo te ayudaré y te sostendré.[5]

CONFÍA EN MI SEÑORÍO

Confía siempre en mí. Yo soy la Roca eterna, ○ tu Pastor, el Guardián de tu alma. ○ Cuando pases por aguas profundas y grandes dificultades, yo estaré contigo. Cuando cruces ríos de luchas y contrariedad, ¡no te ahogarás! Cuando camines por el fuego de la opresión, no te quemarás y las llamas no te consu-mirán.[6]

Por eso, no te preocupes. ○ Yo nunca me canso ni duermo. Siempre estoy a tu lado. ○ El ángel del Señor acampa a tu alrededor. ○ Yo te escondo en el refugio de mi presencia. Yo iré delante de ti, ○ dirigiendo tus pasos y deleitándome en cada detalle de tu vida. Si tropiezas, no caerás porque yo te llevo de la mano. ○ Te guiaré a lo largo del mejor sendero para tu vida.[7]

Habrá guerras cerca y lejos, pero no caigas presa del pánico. ○ Yo he vencido al mundo. ○ No te preocupes por nada, más bien ora por todo y en todo. ○ Yo te rodeo con un escudo de amor.[8]

Te haré fructificar en la tierra del sufrimiento, ○ cambiaré las cenizas por belleza, el lamento por gozo, la desesperanza por alabanza. ○ Yo habito con los humildes y los sufridos de espíritu. Yo pongo un espíritu nuevo en

ti y te levanto para que sigas tu camino. ○ Las lágrimas podrán correr toda la noche, pero la mañana trae gozo consigo. ○ Si estoy contigo, ¿quién podrá jamás ponerse contra ti?[9]

RECIBE MI AMOR

Yo te rodeo con mis brazos, te colmo de atenciones y te guardo como la niña de mis ojos. ○ Me gozo sobre ti con gran alegría. ○ Mis pensamientos acerca de ti no pueden ser contados, ¡más numerosos son que la arena del mar! ○ Nada podrá jamás separarte de mi amor. La muerte no puede y tampoco la vida, ni los ángeles ni los demonios. Tus temores de hoy y tus preocupaciones por el mañana, y hasta los poderes del infierno jamás podrán alejarte de mi amor.[10]

A veces dices: «El Señor me ha abandonado. El Señor se ha olvidado de mí». Yo te digo: ¿Acaso puede una madre olvidar a su crío que amamanta? ¿Será que dejará de compadecerse del hijo de su vientre? Así eso fuera posible y ella le olvidase, yo nunca me olvidaré de ti. ○ Yo pagué por ti con la sangre preciosa de Cristo, mi Cordero libre de todo pecado y mancha. ○ Nadie te

arrebatará de mi lado. ○ Debes saber que tengo tu nombre escrito en la palma de mi mano. ○ Te llamo mi amigo. ○ Hasta tengo contados todos los cabellos de tu cabeza, así que no temas. Eres muy valioso(a) para mí.[11]

Dame tus cargas, yo cuidaré de ti. ○ Sé cuán débil eres, sé que eres hecho del polvo de la tierra. ○ Entrégame todas tus preocupaciones y angustias, porque a mí me interesa lo que te sucede.[12]

Recuerda que siempre estoy a tu alcance. ○ Acércate a mí cuando estés cansado(a) y lleves cargas pesadas, yo te daré descanso. ○ Yo me deleito en ti, ○ y puedes confiar que cumpliré todas mis promesas. ○ Ven a mí y bebe el agua de la vida.[13]

Tu Hacedor y tu Padre,
Dios

Notas

Capítulo 2: Vacuna contra el pecado

1. I. D. E. Thomas, comp., *The Golden Treasury of Puritan Quotations* (Chicago: Moody, 1975), 266, citado en Bruce A. Demarest, *The Cross and Salvation: The Doctrine of Salvation* (Wheaton, IL: Crossway Books, 1997), 29.
2. "Secrets of the Dead: Mystery of the Black Death", Public Broadcasting Service, http://www.pbs.org/wnet/secrets/case_plague/index. and http://www.pbs.org/wnet/secrets/case_plague/clues.l

Capítulo 3: Cuán profunda es la gracia

1. Charles Swindoll, *The Tale of the Tardy Oxcart and 1,501 Other Stories* (Nashville, TN: Word Publishing, 1998), 250.

2. Ron Lee Davis y James D. Denny, *Mistreated* (Portland, OR: Multnomah Press, 1989), 147-48.

CAPÍTULO 4: MORIR PARA NACER

1. Rick Reilly, "Extreme Measures", *Sports Illustrated*, http://sportsillustrated.cnn.com./inside_game/rick_re ; Shane Burrows, "Cheating Death in Bluejohn Canyon", http://www.climb-utah.com/Roost/bluejohn2.htm; "Climber Describes Amputation Ordeal", CBS News, http://www.cbsnews.com/stories/2003/05/02/nationa "A Rational Choice", ABC News, http://abcnews.go.com/sections/GMA/US/GMA030
2. "Climber Recounts Canyon Ordeal", http://www.msnbc.com/news/908232.asp.
3. Paul Aurandt, *Destiny and 102 Other Real Life Mysteries* (New York: Bantam Books, 1983), 28.
4. F. W. Boreham, *Life Verses: The Bible's Impact on Famous Lives* (Grand Rapids: Kregel Publications, 1994), 1:118.

CAPÍTULO 5: EL CORAZÓN VUELTO A CASA

1. "Corridors of Agony", *Time*, 27 de enero, 1992,

citado en Maxie Dunnam, *This Is Christianity* (Nashville, TN: Abingdon Press, 1994), 133-34.

Capítulo 7: En espera del poder

1. Brother Lawrence, *The Practice of the Presence of God* (Old Tappan, NJ: Revell, 1958), 9.
2. William Barclay, *The Acts of the Apostles* (Philadelphia, PA: Westminster Press, 1976), 15.

Capítulo 8: El guante que Dios quiere

1. C. S. Lewis, *Mere Christianity* (New York: Macmillan Publishing Co., 1952), 167.

Capítulo 9: No depende de ti

1. William C. Frey, *The Dance of Hope: Finding Ourselves in the Rhythm of God's Great Story* (Colorado Springs, Colorado: WaterBrook Press, 2003), 174.

Capítulo 10: En Dios [casi] confiamos

1. Harold S. Kushner, *When Bad Things Happen to Good People* (New York: Avon Books, 1983), 42-43.

2. Margaret Clarkson, *Grace Grows Best in Winter: Help for Those Who Must Suffer* (Grand Rapids: W. B. Eerdmans, 1984), 40-41.
3. John Oxenham, *Bees in Amber: A Little Book of Thoughtful Verse*, The Project Gutenberg, http://www.gutenberg.net/etext06/8bees10.txt.

CAPÍTULO 11: ¿DE QUÉ SIRVE PREOCUPARSE?

1. "Biosphere 2 Today, A New Dynamic for Ecosystem Study and Education", www.accessexcellence.org/LC/ST/st4bg.html.
2. Bob Russell with Rusty Russell, *Jesus, Lord of Your Personality: Four Powerful Principles for Change* (West Monroe: LA: Howard Publishing, 2002), 41.
3. R. G. V. Tasker, ed., *Tyndale New Testament Commentaries: The Epistle of Paul to the Philippians* (Grand Rapids: W. B. Eerdmans, 1976), 169.

CAPÍTULO 12: ÁNGELES CUIDÁNDOTE

1. Rick Reilly, "The Play of the Year", *Sports Illustrated*, 18 de noviembre, 2002.
2. Francis Thompson, *The Kingdom of God*, citado en

Herbert Lockyer Jr., *All the Angels in the Bible* (Peabody, MA: Hendrickson Publishers, 1995), xv.

3. John Milton, *Paradise Lost*, bk. 4, líneas 678-79.
4. Billy Graham, *Angels: God's Secret Agents* (Garden City, NY: Doubleday, 1975), 24.

CAPÍTULO 14: EN BUSCA DE LA PROFUNDIDAD

1. Gary Smith, "The Rapture of the Deep", *Sports Illustrated*, 16 de junio, 2003, 62-78.
2. David Brainerd, citado en Cynthia Heald, *Becoming a Friend of God, Discipleship Journal*, no. 54 (1989): 22.
3. Craig Childs, *The Secret Knowledge of Water: Discovering the Essence of the American Desert* (Boston: Little, Brown and Company, 2000), 61-62.

CAPÍTULO 15: ¿HAZ OÍDO EL PORTAZO EN TU CELDA?

1. Patrick McGilligan, *Alfred Hitchcock: A Life in Darkness and Light* (New York: HarperCollins, 2003), 7-8. Hay muchas variaciones de esta historia y se cree que pueden ser apócrifas.

CAPÍTULO 16: ENFRENTA SIN TEMOR LA ETERNIDAD

1. "Fear", ilustraciones de muestra [el temor], http://www.preachingplus.com-.
2. H. A. Guy, *The New Testament Doctrine of the Last Things* (New York: Oxford University Press, 1948), 173, citado en Frank Stagg, *New Testament Theology* (Nashville: Broadman Press, 1962), 305.

CAPÍTULO 17: SI DIOS TE ESCRIBIERA UNA CARTA

1. Spiros Zodhiates et al., *A Treasury of Bible Illustrations* (Chattanooga, TN: AMG Publishers, 1995), 135.
2. Isaías 55.1; Isaías 51.12; 1 Corintios 6.20; Colosenses 2.10; Isaías 62.4-5; Hebreos 13.5.
3. Amós 5.12; 2 Corintios 12.9; Isaías 38.17; Miqueas 7.19; 1 Corintios 6.11; Isaías 44.22.
4. 1 Corintios 15.54; Colosenses 2.15; Hebreos 2.14; Apocalipsis 14.13; Filipenses 3.20; Mateo 25.34; Apocalipsis 21.4.
5. Lc 10.41; Proverbios 3.5; 2 P. 2.9; Romanos 8.26; Colosenses 1.11; Romanos 8.32; Jueces 5.21; 2 Corintios 4.1; Isaías 41.10.
6. Isaías 26.4; 1 Pedro 2.25; Isaías 43.2.
7. Mateo 6.34; Salmo 121.4-5; Salmo 34.7; Salmo 31.20; Deuteronomio 31.6; Salmo 37.23-24; Salmo 32.8.

8. Mateo 24.6; Juan 16.33; Filipenses 4.6; Salmo 5.12.
9. Génesis 41.52; Isaías 61.3; Isaías 57.15; Salmo 30.5; Romanos 8.31.
10. Deuterononio 32.10; Sofonías 3.17; Salmo 139.17-18; Romanos 8.38.
11. Isaías 49.14-15; 1 Pedro 1.19; Juan 10.28; Isaías 49.16; Juan 15.15; Mateo 10.30-31.
12. Salmo 55.22; Salmo 103.13-14; 1 Pedro 5.7.
13. Filipenses 4.5; Mateo 11.28; Salmo 149.4; Hebreos 10.23; Apocalipsis 22.17.

GUÍA PARA EL LECTOR

ACÉRCATE SEDIENTO

PREPARADA POR STEVE HALLIDAY

Meagan

ACÉRCATE AL POZO

1. Sé que eres mejor de lo que has vivido hasta ahora. También sé que no es demasiado tarde para hacer un cambio. ¿Esta calle por la que vas? Las casas se ven bonitas, pero el camino no lleva a ninguna parte.

   A. ¿Te satisface la clase de vida que has vivido hasta el momento? Explícate.

   B. ¿Sientes a veces que es demasiado tarde para hacer un cambio? En ese caso, explica por qué.

   C. ¿Cuál es la calle que recorres ahora? ¿Dónde parece conducir ese camino?

2. El estrés es síntoma de necesidades y anhelos más

profundos. Anhelamos ser aceptados por la sociedad, hacer una diferencia. La aceptación y la importancia son importantes para nosotros. Por eso hacemos lo que se requiera. Nos endeudamos para comprar la casa, estiramos la tarjeta de crédito para comprar el vestuario correcto, etc., y empieza la carrera alocada en la cinta sin fin.

A. Describe tu nivel actual de estrés y ansiedad.

B. ¿Qué «necesidad más profunda» o «anhelo» puedes identificar en tu propio corazón?

C. ¿Cuándo sientes más como si vivieras en una bicicleta estática, sin llegar a ninguna parte?

3. Gastamos bastante energía en no llegar a ningún lado. Al fin del día o al final de la vida, no hemos avanzado un solo paso. Estamos atascados.

A. ¿En qué gastas la mayor parte de tu energía? ¿Es positivo el resultado?

B. Describe una ocasión en tu vida en que te sentiste atascado(a) ¿Qué hiciste para desatascarte?

C. Si continúas por el camino que recorres hasta

ahora, ¿dónde crees que estarás en diez años? ¿En quince años? ¿En veinte años? ¿Es allí donde quieres estar? Explica.

4. «¿Dónde está Dios en todo esto?» Él repitió su pregunta y contestó: «Más cerca de lo que jamás has soñado».

   A. ¿Qué le dirías a alguien que te preguntara «¿y dónde está Dios en todo esto?»

   B. ¿Sientes que Dios está cerca de ti ahora mismo? Explícate.

   C. ¿Te mantiene cerca de Dios tu sendero actual? ¿Qué cambio de sendero deberías considerar para mantenerte cerca de Dios?

LLENA TU VASO

1. Lee Juan 4.1-42.

   A. ¿Qué paralelos ves entre la historia de Meagan y las circunstancias de vida de la mujer descrita en Juan 4?

B. ¿Por qué crees que Jesús no se identificó de inmediato al encontrarse con la mujer samaritana?

C. ¿Por qué crees que Jesús trajo a colación el pasado sexual insalubre de la mujer? (vv. 16-18)?

D. Describe el objetivo principal de Jesús en su interacción con esta mujer (vv. 21-24).

E. ¿Por qué crees que la mujer se convirtió al instante en evangelista (vv. 28-30, 39-41)?

BEBE HASTA EL FONDO

Pasa unos cuantos minutos dando gracias a Dios por su amor asombroso por ti, y pídele que abra tus ojos a nuevas verdades y hallazgos acerca de Él y sus planes para ti a medida que lees *Acércate Sediento*.

UNO
El corazón deshidratado

ACÉRCATE AL POZO

1. Priva tu alma de agua espiritual, y tu alma te lo hará saber. Los corazones deshidratados envían mensajes angustiosos y desesperados. Su estado de ánimo es muy volátil. Se dejan abrumar por las preocupaciones. Son mastodontes que braman por la culpa y el temor.

   A. ¿Cómo describirías el «agua espiritual» a otra persona? ¿Qué es realmente?

   B. Describe una ocasión en la que te sentiste privado(a) de agua espiritual. ¿Qué sucedió aquella vez?

C. ¿Qué «mensaje angustioso y desesperado» te envía con más frecuencia tu alma cuando te falta el agua espiritual? ¿Cómo respondes por lo general a este mensaje?

2. Lo que el H20 puede hacer por tu cuerpo, Jesús lo puede hacer por tu corazón. Lo lubrica. Lo hidrata. Suaviza lo endurecido y remueve lo oxidado.

A. En tu vida, ¿has necesitado que Jesús «lubrique» e «hidrate» tu corazón? Explícalo.

B. Describe una ocasión específica en la que permitiste a Jesús suavizar lo que se había endurecido o lavar y eliminar lo que se había oxidado.

C. Hazte un examen de corazón en este mismo instante. ¿Necesitas que Jesús haga algo específico por ti? Explícalo.

3. Para que Jesús haga en ti lo que el agua hace en tu cuerpo, debes permitirle entrar en todos los rincones y rescoldos hasta donde el agua llega. Muy dentro de ti, en lo profundo. Debes interiorizar a Jesús e ingerirlo. Dale la bienvenida y el acceso total al interior de tu alma y a todos los aspectos de tu vida.

Permite a Cristo ser el agua de tu alma.

A. Normalmente, ¿a qué profundidad le permites a Cristo penetrar tu vida? Explícalo en tus propias palabras.

B. ¿Qué áreas de tu vida parecen resistirse más a Cristo?

C. ¿En qué puedes mejorar para dar acceso y bienvenida a Cristo a todos los aspectos de tu vida? ¿Qué pasos específicos puedes dar en esa dirección?

4. La religión apacigua pero nunca satisface. Las actividades de la iglesia pueden disimular la sed, pero solo Cristo la puede apagar. Bébelo *a Él,* y bebe con frecuencia porque solo así se calmará tu alma sedienta.

A. ¿En qué sentido pacifica o apacigua la religión? ¿Por qué nunca puede satisfacer de verdad?

B. ¿Cómo pueden las actividades en la iglesia ocultar una sed espiritual? ¿Han tenido ese efecto en tu vida cristiana? En ese caso, explícalo.

C. ¿Cómo es que uno «bebe» a Cristo? Describe ese

proceso tal como lo conozcas.

LLENA TU VASO

1. Lee Juan 7.14-39.

   A. ¿Qué crees que dejó tan maravillados a los profesionales religiosos tras escuchar la enseñanza de Jesús (v. 15)?

   B. ¿Cómo explicó Jesús su enseñanza extraordinaria (v. 16)?

   C. ¿Qué clave para el estudio efectivo de la Biblia describe Jesús en el versículo 17?

   D. ¿Qué milagro hizo Jesús que tanto enfadó a los profesionales de la religión (v. 23)? ¿Por qué fue tan escandaloso para ellos? ¿Por qué creyó Jesús que no debió enfurecerlos?

   E. ¿De dónde afirmó Jesús que procedía? (vv. 16, 29)? ¿Por qué perturbó esto a algunos en la multitud?

   F. ¿Qué dijo Jesús en los versículos 33-34 que dejó

confundidos a sus opositores? ¿Por qué crees que Jesús habló de manera tan velada? ¿Qué crees que quiso dar a entender realmente?

G. ¿Cómo es que uno se «acerca» a Jesús y «bebe» (v. 37)?

H. ¿Qué conexión hace Jesús entre creer en Él y el agua viva (v. 38)?

I. ¿Qué quiso decir Jesús al hablar de «agua viva» (v. 39)? ¿Está en ti esta agua viva? Explica.

BEBE HASTA EL FONDO

Así no lo practiques como un hábito diario, programa al menos una hora para estar a solas con Dios. Usa ese tiempo para agradecerle por su deseo de llenarte de agua viva y también para pedirle que revele aquellas áreas de tu corazón que están más «deshidratadas». Pregúntale, «¿Dónde no he permitido que el agua viva de Jesús penetre mi corazón? ¿En mis relaciones? ¿En mi deseo por alguna cosa en particular?» Tan pronto el Señor de una respuesta clara a tu oración, pídele la fortaleza y la sabiduría para entregar esa área a las aguas sanadoras de

Jesús.

DOS
Vacuna contra el pecado

ACÉRCATE AL POZO

1. Durante un tiempo, el pecado calma la sed. Así también el agua salada. En poco tiempo la sed vuelve, más exigente y acuciante que nunca antes.

   A. ¿De qué manera el pecado satisface temporalmente la sed? ¿Por qué la satisfacción solo es temporal?

   B. ¿Has experimentado el poder del pecado para calmar la sed por un tiempo? Explica.

   C. ¿De qué manera se vuelven más y más acuciantes las exigencias del pecado?

2. Lleva una vida impía y espera una eternidad sin piedad ni Dios. Pásate la vida diciendo a Dios que te deje en paz, y Él lo hará.

   A. ¿Cómo describirías una «vida impía»? ¿Qué aspecto tiene?

   B. ¿Cómo describirías una «eternidad sin piedad ni Dios»? ¿Qué aspecto tendría?

   C. ¿De qué maneras decimos a Dios que nos deje en paz?

3. Uno puede seleccionar a su padre espiritual y trasladarse del árbol genealógico de Adán al de Dios. Tan pronto hacemos esto, Dios establece su residencia en nuestra vida, y su resistencia se convierte en nuestra resistencia.

   A. ¿Cómo puede alguien seleccionar a su padre espiritual? Describe el proceso.

   B. ¿Te has pasado del árbol genealógico de Adán al de Dios? ¿Cómo puedes estar seguro de que ya estás «trasplantado»?

   C. ¿Cómo puedes saber si batallas contra el pecado por medio de la resistencia de Dios y no de la

tuya propia?

4. Confía en la obra de Dios *por* ti. Después confía en la presencia de Cristo *en* ti. Bebe con frecuencia el agua refrescante de su pozo de gracia. Necesitas recordar todo el tiempo que tus aflicciones ¡no son fatales! No vivas como si así lo fuera.

   A. ¿Qué significa confiar en la obra de Dios *por* ti?

   B. ¿Qué significa confiar en la presencia de Cristo *en* ti?

   C. ¿Por qué viven algunos creyentes como si estuvieran heridos de muerte por el pecado?

LLENA TU VASO

1. Lee Efesios 2.1-10.

   A. ¿Cómo representa Pablo nuestras vidas antes de que depositáramos nuestra fe en Cristo (vv. 1-3)?

   B. ¿Qué cambió nuestra situación desesperanzada (v. 4)?

C. ¿Qué hizo Dios por nosotros que no podíamos hacer por nosotros mismos (v. 5)?

D. ¿Qué aguarda todavía a cada creyente (vv. 6-7)?

E. ¿Cómo recibimos estas bendiciones maravillosas (vv. 8-9)?

F. ¿Qué se espera ahora de nosotros (v. 10)?

2. Lee Isaías 53.4-6.

A. ¿Quién es «Él» en el versículo 4?

B. ¿Qué hizo por nosotros (vv. 4-5)?

C. ¿Qué hemos hecho para que esto fuera necesario (v. 6)?

3. Lee 1 Juan 1.5-9.

A. ¿Cómo representa a Dios el versículo 5?

B. ¿Qué hipocresía es revelada en el versículo 6?

C. ¿Qué hace Jesús por nosotros, de acuerdo al versículo 7? ¿Qué condición tenemos que cumplir?

D. ¿Cómo nos engañamos a veces a nosotros mismos? (v. 8)?

E. ¿Qué promesa nos es dada en el versículo 9?

BEBE HASTA EL FONDO

Ve a algún lugar tranquilo con tu Biblia. Primero, invita a Dios para que tenga un encuentro especial contigo. Después lee en silencio el Salmo 51. Al terminar vuélvelo a leer pero esta vez en oración, apro-piando cada una de las palabras en voz alta, haciendo pausa después de cada versículo para pedir a Dios que aplique la oración de David a tu propio corazón. Continúa de esta manera hasta terminar el salmo, invitando a Dios a limpiar tu corazón para que puedas servirle con gozo.

TRES
Cuando la gracia actúa profundamente

ACÉRCATE AL POZO

1. Gracias a algunos hermanos mayores legalistas, los lectores de Pablo habían pasado de recibir la gracia a guardar la ley. Su vida cristiana había alcanzado el nivel de gozo de una endoscopia gastrointestinal y Pablo estaba perplejo.

   A. Describe en tus palabras la diferencia entre «recibir la gracia» y «guardar la ley».

   B. ¿Por qué guardar la ley casi siempre se roba el gozo de nuestras vidas?

C. ¿Qué desconcertaba más a Pablo sobre la decisión retrógrada que sus amigos habían tomado? ¿Sentiría el mismo descon-cierto si observara tu vida? Explica.

2. Las iglesias sufrían de... bloqueo de la gracia. El Padre puede dejarte pasar por la puerta, pero tú tienes que ganarte tu lugar en la mesa. Dios paga la cuota inicial de tu redención, pero tú tienes que pagar las cuotas mensuales. El cielo te da el bote, pero tú tienes que remar si de verdad quieres llegar a la otra orilla.

A. Define en tus propios términos «bloqueo de la gracia».

B. ¿Cómo tratamos a veces de ganarnos nuestro lugar en la mesa de Dios?

C. ¿Por qué crees que nos enfrentamos a la tentación continua de mezclar gracia y buenas obras?

3. La gracia define quién eres. El padre a quien no puedes agradar está tan equivocado como el tío bonachón a quien jamás podrás defraudar. La gente no tiene la última palabra, solo Dios. Según Él, tú

eres suyo y punto.

A. ¿Define la gracia quién eres *tú?* Explica.

B. ¿De qué modo define la gracia tu manera de vivir? ¿Cómo contribuyó a la manera como actuaste hoy?

C. ¿Alguna vez has dejado que la gente diga la última palabra en tu vida, lo cual solo corresponde a Dios? En ese caso, describe lo que sucedió.

4. Las manos de Dios... juntan las áreas descoyuntadas de tu vida y las convierten en una expresión de su amor.

A. ¿Qué áreas descoyuntadas de tu vida ha convertido Dios en una expresión de su amor?

B. ¿Cómo obra Dios en tu vida ahora mismo?

C. ¿Cómo ves activo el amor de Dios en la vida de tus seres queridos?

1. Lee Gálatas 1.6-9; 2.16.

   A. ¿Qué acontecimiento sorprendió a Pablo en gran manera (v. 6)? ¿Por qué le dejó tan maravillado?

   B. ¿Qué ocasionó este evento sorprendente (v. 7)?

   C. ¿Qué declaración fuerte hace Pablo en el versículo 8? ¿Por qué dice esto con tal ímpetu?

   D. ¿Qué función cumple repetir esta declaración fuerte en el versículo 9?

   E. ¿Cómo se justifica una persona con Dios, de acuerdo a 2.16?

   F. ¿Quién se justifica delante de Dios por medio de una conducta perfecta (2.16)?

2. Lee 2 Samuel 9.1-13.

   A. ¿Por qué mostró David tanta bondad a Mefi-boset? (v. 1)?

   B. ¿Por qué David le dijo a Mefi-boset que no temiera (v. 7)? ¿Por qué pudo haber sentido temor el hombre?

C. ¿Cómo se veía Mefi-boset a sí mismo (v. 8)?

D. ¿Qué privilegio recibió Mefi-boset (v. 11)?

E. ¿Por qué crees que la historia se resume en el versículo 13? ¿Cuál es el propósito de este corolario?

BEBE HASTA EL FONDO

Siempre que se manifiesta la gracia genuina, hace una diferencia poderosa en las vidas de aquellos a quienes toca. Para variar, planea una reunión con amigos o seres queridos y vean la adaptación cine-matográfica de *Los Miserables*, la obra clásica de Víctor Hugo. Presten atención especial a todas las ilustraciones de la gracia en acción. Luego hablen sobre lo observado, especialmente en términos de la representación de la gracia.

Además, si quieres aprender más sobre las maravillas de la gracia de Dios, sobre todo en cuanto a la manera como puede cambiar tu manera de vivir, considera la lectura de un buen libro sobre el tema, como *¿Qué's So Amazing About Grace?* [¿Qué es tan asombroso de la gracia?] de Philip Yancey o *The Grace Awakening* [El despertar de la gracia] de Charles Swindoll.

CUATRO
Morir para nacer

ACÉRCATE AL POZO

1. Muchos de nosotros nos lamentamos al pensar en la muerte. ¿Te pasa lo mismo? ¿Tienes temor de morir? ¿Se roba el gozo de tu vida ese temor de la muerte?

   A. Contesta cada una de las preguntas de Max.

   B. ¿Por qué nos resulta difícil contemplar y aun discutir la muerte?

   C. ¿Por qué describimos con frecuencia la muerte de un ser querido como una «pérdida»?

2. ¿Por qué Jesús dejó que Lázaro muriera solo para

llamarlo de vuelta a la vida? Para mostrarnos quién está en control de todo. Para sacar de la manga el as de su triunfo sobre la muerte. Para desplegar la fortaleza irresistible de Aquel quien dio vueltas y danzó mientras le pisó la cola al diablo, quien estuvo cara a cara con la muerte y declaró: «¿Llamas a eso un callejón sin salida? Pues yo lo llamo una escalera eléctrica?»

A. ¿Por qué crees que Jesús dejó morir a Lázaro?

B. ¿Cómo es que Jesús convierte la muerte en una escalera eléctrica?

C. ¿Cómo sacó Jesús el «as de su triunfo sobre la muerte»? ¿Crees que Él hará esto por ti? Explícalo.

3. El temor de la muerte termina cuando tú sabes que el cielo es tu hogar verdadero.

A. ¿Cómo es que saber que el cielo es tu hogar verdadero altera tu opinión acerca de la muerte?

B. ¿Por qué muchos cristianos todavía viven con temor de la muerte?

C. Describe tu hogar verdadero.

4. Entrégale a Dios tu muerte. Imagina tu último suspiro, visualiza tus minutos finales y ofrécelo todo a Él. De forma deliberada. Todos los días.

   A. ¿Qué visualizas al pensar en tus minutos finales sobre la tierra?

   B. ¿Qué significa la frase «Entrégale a Dios tu muerte»? ¿Has hecho algo así? Explícate.

   C. ¿Por qué es sabio pensar con frecuencia sobre tu propia muerte? ¿Cómo logras que este hábito no se vuelva mórbido?

LLENA TU VASO

1. Lee Hebreos 9.27-28.

   A. ¿Cuál es el destino de todo hombre y mujer (v. 27)?

   B. ¿Qué sucede después de este evento (v. 27)?

   C. ¿Qué hizo Cristo la primera vez que vino a la tierra (v. 28)?

D. ¿Qué hará Cristo la segunda vez que venga a la tierra (v. 28)?

2. Lee Hebreos 2.14-16.

A. ¿Por qué Jesús tuvo que convertirse en ser humano (v. 14)?

B. ¿Qué misión cumplió Jesús por medio de su muerte (vv. 14-15)?

C. ¿Qué grupo se propuso ayudar Jesús con su muerte (v. 16)?

3. Lee 1 Corintios 15.54-58.

A. ¿Cuándo suceden los eventos descritos en este pasaje?

B. ¿Qué es lo que sucede específicamente (v. 54)?

C. ¿Cómo contestarías las preguntas del versículo 55?

D. ¿Qué causa y efecto se describen en el versículo 56? ¿Qué es lo que suministra el poder?

E. ¿Qué victoria se describe en el versículo 57?

¿Quién gana esta victoria? ¿Quién puede disfrutar esta victoria?

F. ¿Qué conclusión saca Pablo de la verdad que acaba de declarar (v. 58)? ¿Cómo afectan estas verdades nuestra vida?

BEBE HASTA EL FONDO

Para ayudarte a lidiar con tu propia muerte, escribe tu propio obituario. Hazlo tan prolongado o breve como gustes, pero asegúrate de que refleje la realidad de tu vida, no solo cómo esperas que la gente te recuerde. ¿Qué crees que diría la gente de ti, realmente?

CINCO
El corazón vuelto a casa

ACÉRCATE AL POZO

1. El cielo desconoce a hijastros y nietos. Tú y Cristo comparten la misma herencia. Lo que Él herede, tú lo heredas. Si eres hijo de Dios, vas camino a casa.

   A. ¿Qué implica que el cielo desconozca a hijastros y nietos?

   B. ¿Qué debe ocurrir primero para que Cristo y tú compartan la misma herencia?

   C. Al considerar el cielo como tu hogar verdadero, ¿qué diferencia hace esto en como vives ahora mismo?

2. Deja que tu cuerpo plagado de bursitis te recuerde tu hogar eterno. Que los días de acidez estomacal te despierten pensamientos de paz sin fin. ¿Te están acusando falsamente? ¿Te han hecho familiarizar con el abuso? Las injusticias son parte de esta vida, mas no de la venidera. En lugar de quejarte por los problemas de la vida, presta atención a lo que pueden enseñarte.

   A. ¿Cómo puedes permitir que tus problemas y tribulaciones actuales te recuerden tu hogar eterno?

   B. ¿Qué tiende a atribularte más en esta vida? ¿Cómo puedes usar hasta esto para despertar «pensamientos de paz sin fin»?

   C. ¿Tiendes a quejarte por los problemas de la vida o a prestarles atención? Explícate.

3. Cuanto más bebas del pozo de Dios, más quieres que el reloj se apresure. Cada paso de la manecilla te acerca más a la finalización de tu adopción.

   A. ¿De qué manera bebes «del pozo de Dios»?

   B. Enumera las cosas que no extrañarás de la vida en la tierra.

C. ¿Qué te consuela más de tu futura y completa «adopción» en el futuro? Explica.

4. Bendiciones y cargas. Ambas sirven como reloj y alarma que nos despiertan del sueño espiritual. Los dones avivan los anhelos por el hogar celestial tanto como las luchas. Cada día lejos del hogar nos acerca más al día en que vendrá nuestro Padre.

A. Describe algunas bendiciones que te han hecho despertar del sueño espiritual.

B. Describe algunas cargas que te han hecho despertar del sueño espiritual.

C. ¿Qué imágenes te llegan a la mente al pensar en el día en que tu Padre vendrá por ti?

LLENA TU VASO

1. Lee Romanos 8.15-25.

A. ¿Cuáles son las dos cosas que se contrastan en el versículo 15? ¿Qué es importante recordar acerca de este contraste?

B. ¿Qué (o quién) nos recuerda nuestra identidad verdadera (v. 16)?

C. ¿Qué promesa se da en el versículo 17? ¿Qué consejo se da?

D. ¿Cuáles son las dos cosas que se comparan en el versículo 18? ¿Cuál es el propósito de esta comparación?

E. ¿Qué evento futuro se describe en los versículos 19-21?

F. ¿Qué verdad es proclamada en el versículo 22?

G. ¿Qué verdad presente y realidad futura se proclaman en el versículo 23? ¿Por qué es importante tener ambas cosas en mente?

H. ¿Qué debemos hacer según el versículo 24?

I. ¿Cómo debemos hacerlo según el versículo 25?

2. Lee Gálatas 4.4-7.

A. ¿Qué evento se describe en el versículo 4?

B. ¿Cuáles son las dos cosas que Cristo logró hacer

por nosotros, según el versículo 5?

C. ¿Qué clamor sale de nuestros corazones según el versículo 6? ¿Quién provoca este clamor?

D. ¿Qué promesa se hace en el versículo 7?

BEBE HASTA EL FONDO

Para que recuerdes tu herencia en Cristo, da unos pasos para poner en orden tu propia voluntad. Al considerar tu propio patrimonio y cómo quieres que sea distribuido después de tu muerte, trae a tu mente la herencia maravillosa que Cristo te ha concedido.

SEIS
Esperanza para los carnales

ACÉRCATE AL POZO

1. Yo solía pensar que hay dos clases de seres humanos: Salvos y no salvos. Pablo me corrige al describir la tercera: Los *salvos, pero no espirituales.*

   A. Describe a una persona salva.

   B. Describe a una persona no salva.

   C. Describe a una persona salva pero no espiritual.

   D. ¿Cuál de las tres eres tú? Explica.

2. La persona no espiritual enciende el auto y corre a la parte trasera para empujarlo. Lo más trágico es

que estas personas actúan como «carnales», como gente del mundo (1 Corintios 3.3). En su manera de hablar y vivir, en sus prioridades y su personalidad, se mezclan con los no creyentes y no se distinguen de ellos. Han dejado que Dios les salve, mas no que les cambie.

A. Describe algunas de las diferencias que son de esperarse entre las acciones de los creyentes y la gente del mundo.

B. ¿Cómo se compara tu manera de hablar con la de los no creyentes? ¿Qué decir de tu estilo de vida? ¿Tus prioridades? ¿Tu personalidad?

C. ¿Qué áreas de tu vida crees que Dios quiere cambiar más?

3. Los salvos pero no espirituales ven la salvación tal como un granjero ve cien hectáreas de suelo no labrado, como un montón de trabajo. *Asistencia a la iglesia, resistencia al pecado, ¿he hecho lo suficiente?* Con razón viven cansados.

A. ¿Ves la vida cristiana como «un montón de trabajo»? Explícate.

B. ¿Qué riesgo se corre en esta visión del

cristianismo?

C. Responde con honestidad. ¿Te sientes cansado(a) en tu andar con Cristo? Explica.

4. Llenar el tanque una vez al año o indigestarse una vez al mes no basta. La vida cristiana no es como hacer degustaciones de vino en un viñedo californiano. Es más bien como atravesar a pie el Valle de la Muerte, y ese espejismo que ves en la distancia es en realidad el río en que necesitas abrevar. Sumérgete y bebe sin reservas.

A. ¿Cuáles son las maneras más personales en que «llenas el tanque» con el Salvador?

B. ¿Qué imagen o metáfora comunica con mayor claridad esta metáfora para ti? ¿Por qué?

C. ¿Cómo es que tomamos «degustaciones» de Cristo en lugar de sumergirnos y beber de Él «sin reservas»?

LLENA TU VASO

1. Lee Gálatas 3.1-14.

   A. ¿Qué pregunta hace Pablo en el versículo 2? ¿Cuál es la respuesta que espera oír? ¿Por qué es esto tan crucial?

   B. ¿Qué pregunta hace Pablo en el versículo 3? ¿Qué respuesta espera oír?

   C. ¿Qué pregunta hace Pablo en el versículo 4? ¿Qué respuesta espera oír?

   D. ¿Qué pregunta hace Pablo en el versículo 5? ¿Qué respuesta espera oír?

   E. ¿Qué ejemplo da Pablo en los versículos 6-9? ¿Cómo ilustra su punto este ejemplo?

   F. ¿Qué principio general es dado en el versículo 10?

   G. ¿Qué principio general es dado en el versículo 11?

   H. ¿Qué hizo Cristo por nosotros, de acuerdo al versículo 13?

   I. ¿Por qué Cristo hizo esto por nosotros, según el

versículo 14?

2. Lee Efesios 5.18.

   A. ¿Qué se instruye a los creyentes a NO hacer en este versículo?

   B. ¿Qué se instruye a los creyentes en lugar de esto?

   C. Describe a alguien que conoces y que parece estar lleno del Espíritu Santo.

BEBE HASTA EL FONDO

A veces la mejor cura para los residentes de Carnelandia es simplemente descansar un rato en la presencia de Dios, sin esperar nada más ni realizar otra actividad. Apaga tu teléfono celular, ve a algún lugar silencioso y pasa al menos una o dos horas en la presencia de Dios. Solo Él y tú. «Estad quietos, y conoced que yo soy Dios» (Salmo 46.10).

SIETE
En espera del poder

ACÉRCATE AL POZO

1. Aun después de mil conversaciones junto al fuego y todo un álbum lleno de recuerdos inolvidables e increíbles, algunos discípulos se resistieron y dijeron: *Todavía no estoy seguro*.

   A. ¿Qué crees que les impidió a estos discípulos sentirse seguros en cuanto a Jesús?

   B. ¿Qué crees que nos impide sentirnos seguros acerca de Jesús?

   C. ¿En qué ocasiones sientes inseguridad o incertidumbre en cuanto a Jesús?

2. Los dudosos se volvieron profetas. Pedro predicó, la gente se acercó y Dios abrió la represa para dar inicio al movimiento más grande de la historia. Empezó porque los seguidores estuvieron dispuestos a hacer una cosa: Esperar en el lugar correcto la llegada del poder.

   A. ¿Qué convirtió a los dudosos en profetas?

   B. ¿Por qué crees que Dios esperó para enviar el Espíritu a los discípulos? ¿Por qué no le envió inmediatamente después de la ascensión de Cristo al cielo?

   C. ¿Te pide Dios ahora mismo que esperes para recibir algo de Él? Si es así, ¿qué crees que Él quiere enseñarte?

3. La oración sin cesar puede sonar como algo complicado, pero no tiene por qué serlo... Considera la oración menos como una actividad para Dios y más como una conciencia de la presencia de Dios. Procura vivir en esa conciencia piadosa sin interrupciones. Reconoce su presencia dondequiera que vayas.

   A. ¿Qué necesita cambiar para que empieces a

pensar en la oración como una «conciencia de la presencia de Dios»?

B. ¿En qué formas novedosas podrías reconocer la presencia de Dios?

C. ¿Qué esperas que suceda cuando reconozcas la presencia de Dios dondequiera que vayas?

4. Solo podemos preguntarnos qué sucedería hoy si nosotros, que *todavía* luchamos, hiciéramos lo que ellos hicieron: Esperar al Señor en el lugar correcto.

A. ¿En qué sentido sigues luchando para tener fe?

B. ¿Cómo te está pidiendo el Señor que esperes en Él en este momento de tu vida?

C. ¿Qué ha sucedido en el pasado cada vez que has esperado en el Señor en el lugar correcto? Describe tu experiencia.

LLENA TU VASO

1. Lee Mateo 28.16-17.

A. ¿Qué grupo se describe en este pasaje? ¿Qué estaban haciendo? ¿Por qué lo hacían?

B. ¿Cuáles fueron las dos cosas que sucedieron cuando los miembros de este grupo vieron a Jesús? ¿Cuál crees que es la razón de esa diferencia?

2. Lee Lucas 24.49; Hechos 1.4-5.

A. ¿De qué promesa habla Jesús en Lucas 24.49? ¿Cómo les instruyó que recibieran los beneficios de esta promesa?

B. ¿Qué mandato dio Jesús a sus seguidores en Hechos 1.4? ¿Cuál es la promesa que menciona?

C. ¿Qué promesa hizo Jesús en el versículo 5? ¿Cómo amplía su declaración anterior?

3. Lee Hechos 2.1-4.

A. ¿Qué grupo se describe en versículo 1? ¿Por qué estaban allí?

B. ¿Qué sonido oyeron estos individuos (v. 2)? ¿Qué lo hace tan significativo?

C. ¿Qué fue lo que vieron estos individuos (v. 3)? ¿Por qué es importante?

D. ¿Qué sucedió a estos individuos (v. 4)? ¿Qué explica esta actividad?

E. ¿Qué lecciones podemos aprender para nuestra vida de este pasaje?

BEBE HASTA EL FONDO

Haz un estudio personal del poder del Espíritu en la vida de la iglesia primitiva. Durante unos días o semanas, siéntate con tu Biblia y lee todo el libro de Hechos, fijándote en los pasajes específicos donde la actividad del Espíritu se menciona de forma particular. ¡Podrías sorprenderte por las múltiples maneras en que el Espíritu se mueve con poder!

OCHO
El guante que Dios quiere

ACÉRCATE AL POZO

1. Lo que Jesús hizo en Galilea es lo que el Espíritu Santo hace en nosotros. Jesús *habitó entre* la gente para enseñarles, consolarles y convencerles. El Espíritu Santo *habita dentro* de nosotros para enseñar, consolar y convencer.

   A. ¿Mora en ti el Espíritu Santo? ¿Cómo lo puedes saber con certeza?

   B. ¿Qué te está enseñando estos días el Espíritu Santo?

   C. ¿Cómo te consuela el Espíritu Santo en estos días?

D. ¿De qué te convence el Espíritu Santo últimamente?

2. ¿Interrumpen tus acciones el fluir del Espíritu en tu vida?

A. ¿Qué significa «interrumpir el fluir del Espíritu»?

B. ¿Cómo pueden las acciones de una persona interrumpir el fluir del Espíritu?

C. ¿Cómo sabes cuando tus acciones han interrumpido el fluir del Espíritu en tu vida? ¿Qué puedes hacer al respecto?

3. El pecado oculto interfiere con la circulación del Espíritu. En cambio, la confesión del pecado corta las ataduras y permite la restauración del poder.

A. Define «pecado oculto». ¿Alguna vez es un problema en tu vida? Explícate.

B. ¿Qué se requiere para que confieses tus pecados a Dios?

C. ¿Por qué es tan importante la confesión de pecado en la vida de un creyente que crece?

4. *Acepta su poder.... Ríndete a su plan... Persevera con constancia.*

   A. ¿Cómo puedes aceptar el poder de Dios en tus circunstancias actuales?

   B. ¿Qué significa *hoy* para ti rendirte al plan de Dios?

   C. ¿Por qué es tan importante perseverar en esta disciplina?

LLENA TU VASO

1. Lee Gálatas 2.19-20.

   A. ¿Qué significa estar «juntamente crucificado con Cristo»?

   B. ¿Puedes decir, como Pablo, que «ya no vivo yo»?

   C. ¿Qué significa decir que «vive Cristo en mí»?

   D. ¿Cómo vive uno «por la fe en el Hijo de Dios»?

E. ¿Cuáles son las dos cosas que Pablo nos recuerda acerca de Cristo en su última frase del versículo 20?

2. Lee Romanos 8.5-11.

A. ¿Cómo puedes saber si vives en tus propias fuerzas, de acuerdo al versículo 5? ¿Cómo puedes saber si estás viviendo con base en el poder de Dios?

B. ¿Cuáles son las dos formas de vida que se describen en el versículo 6? ¿Cómo difieren en sus resultados y consecuencias?

C. ¿Cómo describe Pablo la mentalidad de aquellos que tratan de vivir con base en su propio poder (v. 7)?

D. ¿Qué declaración general hace Pablo acerca de aquellos que no se apoyan en el poder de Dios (v. 8)?

E. ¿Qué definición da Pablo de un cristiano en el versículo 9?

F. ¿Qué principio general para la vida cristiana presenta Pablo en los versículos 10-11?

3. Lee Efesios 4.25-32.

A. ¿Qué cosas deben evitarse, de acuerdo a este pasaje?

B. ¿Qué cosas deben procurarse, según este pasaje?

C. ¿Cómo es que ambas cosas dependen de que uno viva lleno del Espíritu Santo?

BEBE HASTA EL FONDO

¿Qué significa ser «lleno del Espíritu»? Muchos creyentes lo vuelven demasiado complicado. En realidad, solo consiste en invitar al Espíritu a obrar en ti y a través de ti. Si no te has familiarizado con la manera como esto funciona, prueba este experimento durante una semana. Consigue una libreta pequeña y llévala contigo. En el transcurso de la semana, cada vez que tengas que enfrentar una tentación o una decisión difícil, un problema o cualquier otro reto, ora para que el Espíritu Santo de Dios te guíe o te fortalezca o haga aquello que necesites que haga por ti, y anota de inmediato tu petición en la libreta. Después que haya pasado la semana, revisa la libreta para ver cómo te ha llenado realmente el Espíritu y

ha hecho cosas asombrosas en tu vida.

NUEVE
No depende de ti

ACÉRCATE AL POZO

1. El Espíritu Santo de manera invisible pero indispensable, sirve como timón para el barco de tu alma, y así te mantiene a flote y en el rumbo correcto. La vida cristiana no es un viaje solitario.

   A. ¿Cómo sirve el Espíritu Santo como el timón de tu barca?

   B. Cuando sientas como si estuvieras solo(a) en esta batalla, ¿cómo puedes recordar que el Espíritu de Dios está dentro de ti, siempre dispuesto y disponible para actuar en tu favor?

   C. Describe una ocasión específica en la que el

Espíritu Santo te mantuvo «a flote y en el rumbo correcto».

2. Cuando los fisgones del infierno vengan para apartarte de Dios, el sello les aleja. Él te compró, es tu dueño y siempre te cuida. Dios pagó un precio demasiado alto como para dejarte desprotegido(a).

   A. En tus propias palabras, describe el «sello» del Espíritu Santo.

   B. ¿Cómo te sientes al saber que Dios te protege mediante el ministerio del Espíritu Santo?

   C. Describe una ocasión en la que sabes que el Espíritu Santo te guardó y te libró de sufrir un daño grave.

3. El padre no tenía la más mínima intención de dejar caer al niño. Tu Padre tampoco tiene intención alguna de dejarte caer. Aunque no le puedas ver, Él está siempre presente.

   A. ¿En qué situaciones te sientes más propenso(a) a caer?

   B. ¿Qué hace tu Padre para librarte de caer?

C. ¿Por qué crees que gran parte de la obra de Dios permanece invisible a nuestros ojos?

4. El huérfano empobrecido de Rusia, la viuda desconsolada en el campo de batalla, el santo envejecido en el asilo de convalecencia, ellos tal vez piensen que no tienen voz ni influencia, pero sí tienen a un amigo, un consejero y un consolador: El bendito Espíritu de Dios, quien habla el lenguaje del cielo en el cielo.

A. ¿Cuando sientes más que no tienes voz ni influencia en el cielo? ¿Cómo puedes combatir esos sentimientos?

B. ¿Cómo te sientes al saber que el Espíritu de Dios ora por ti?

C. ¿Qué puedes hacer para ayudar a otros a que sepan que sí tienen voz y representación en el cielo?

LLENA TU VASO

1. Lee Efesios 1.13-14; 4.30.

A. ¿Qué sucede a todo aquel que cree en Cristo (v. 13)?

B. ¿Cuál es una función importante que el Espíritu cumple dentro de nosotros (v. 14)?

C. ¿Qué futuro anticipa el versículo 14?

D. ¿Por qué Pablo nos recuerda este día en 4.30? ¿Sobre qué nos advierte para que no lo hagamos?

2. Lee Romanos 8.26-27.

A. ¿Por qué intercede por nosotros el Espíritu en nuestras oraciones (v. 26)? ¿Cómo puede esto darnos gran esperanza?

B. ¿Cómo podemos estar seguros de que estas oraciones siempre serán efectivas (v. 27)? ¿Cómo puede esto darnos gran esperanza?

BEBE HASTA EL FONDO

Elabora una lista de las dificultades y retos más grandes que debes enfrentar en el presente. Bien sea que ocurran en tu hogar, en el trabajo, en la iglesia, en tu vecindario o

en cualquier otro lugar, pon todo esto por escrito. ¿Qué estrategias has empleado para afrontar estos retos? ¿Han funcionado tus intentos? Encomienda cada una de estas cargas al Señor, acordándote en cada caso de que no estás solo(a) en esta batalla. Mantén un diario para registrar (1) las fechas en que oraste acerca de la dificultad; (2) cualquier cambio que hayas notado en tu actitud o nivel de ansiedad; y (3) cómo Dios contestó tus oraciones.

DIEZ
En Dios [casi] confiamos

ACÉRCATE AL POZO

1. Los tifones ponen a prueba nuestra confianza en el Capitán. ¿Sabrá Dios qué es lo que está haciendo? ¿Podrá sacarnos de esta? ¿Por qué permitió la tormenta en primer lugar?

   A. ¿Cómo es que los «tifones ponen a prueba» tu confianza en el Capitán?

   B. ¿Cuándo fue la última vez que te preguntaste si Dios sabrá lo que está haciendo en tu vida?

   C. Describe una experiencia de tifón que te llevó a clamar a tu Capitán que te rescatara. ¿Cómo contribuyó esta experiencia a tu fe?

2. Ninguna lucha se te cruzará en tu camino aparte de su propósito, presencia y permiso. ¡Cuánto nos debería animar esta verdad! Tú nunca eres la víctima de la naturaleza ni la presa del destino. El azar queda eliminado porque tú eres más que un medidor meteorológico que es azotado por el vendaval de caprichos de la fortuna.

   A. ¿Te consuela saber que ninguna lucha se cruzará en tu camino aparte del propósito, la presencia y el permiso de Dios? Explícate.

   B. ¿Cómo queda eliminado el azar en la vida del creyente?

   C. Cuando te suceden cosas malas, ¿cómo buscas el propósito de Dios y su presencia?

3. Cuando alguien a quien amas enfrenta la adversidad, no declares de forma insensible «Dios está en control de la situación». Un tono raudo y envalentonado puede eclipsar la verdad que se necesita oír en el momento. Ten mucho cuidado.

   A. ¿Por qué es mala idea declarar que «Dios está en control», sin tener en cuenta los detalles específicos de la situación?

B. Describe una ocasión en la que viste a alguien ignorar esta pauta. ¿Qué sucedió?

C. ¿Cómo es que un «tono raudo y envalentonado» puede «eclipsar la verdad»?

4. Los caminos de Dios siempre son rectos. Tal vez no tengan sentido para nosotros. Tal vez sean misteriosos, inexplicables, difíciles y hasta dolorosos. Pero siempre son rectos.

A. ¿Cómo sabemos que los caminos de Dios son siempre rectos?

B. Describe una ocasión en la que los caminos de Dios no tuvieron sentido para ti. ¿Al verlos en retrospectiva aprendiste alguna lección? En ese caso, explica.

C. ¿Por qué es tan importante recordar que los caminos de Dios siempre son rectos?

LLENA TU VASO

1. Lee Daniel 4.1-37.

A. ¿Qué aprendió Nabucodonosor, el rey más poderoso de su era, sobre el gobierno soberano de Dios (vv. 1-3)?

B. ¿Qué sueño tuvo el rey (vv. 4-18)? ¿Por qué le atemorizó tanto?

C. ¿Qué interpretación del sueño dio Daniel al rey (vv. 19-26)?

D. ¿Qué consejo dio Daniel al rey (v. 27)?

E. ¿Qué sucedió al rey cuando ignoró el consejo de Daniel (vv. 29-33)?

F. ¿Cómo cambió la perspectiva del rey como resultado de su experiencia (v. 34)?

G. ¿A qué conclusión llegó el rey en cuanto al gobierno soberano de Dios (vv. 35, 37)?

2. Lee Lucas 22.39-44.

A. ¿Qué petición hizo Jesús a su Padre en el versículo 42?

B. ¿Qué respuesta recibió?

C. ¿Qué fue más importante para Jesús que obtener una respuesta afirmativa a su petición?

D. ¿Cómo mostró Dios a Jesús que había escuchado su oración, aunque no le concedió la petición (v. 43)?

E. ¿Cómo sabemos que esta fue una petición sincera (v. 44)?

F. ¿Cómo revela este episodio que Jesús dijo la verdad en Juan 4.34; 6.38-39; y 8.29?

G. ¿Qué consecuencias habría tenido una falta de confianza de Jesús en Dios?

BEBE HASTA EL FONDO

Al hablar de la soberanía de Dios, a veces la expresamos como una doctrina fría que no parece conectarse mucho con la vida real. Para acordarte de cómo funciona con frecuencia la soberanía de Dios, lee el libro de Ester en la Biblia. Aunque el nombre de Dios no se menciona una sola vez en el libro, su mano soberana es evidente. ¿En qué situaciones de tu vida la has visto? ¿De qué modo las

acciones de Dios en este libro hacen eco de lo que está haciendo en tu propia vida?

Para ver un cuadro muy diferente de la manera como la soberanía de Dios se expresa en ciertas ocasiones, lee el cuarto capítulo de Daniel. ¿Cómo difieren las lecciones de este libro de las aprendidas en el libro de Ester?

ONCE
¿De qué sirve preocuparse?

ACÉRCATE AL POZO

1. La preocupación nada cambia. Nadie añade un solo día a la vida ni una pizca de vida al día por medio de preocuparse. Tu ansiedad solo sirve para aflicción del corazón, para nada más.

   A. ¿Por cuáles cosas tiendes a preocuparte más?

   B. En una semana cualquiera, ¿cuántas veces dirías que te preocupas por algo?

   C. Describe qué beneficio te ha reportado la preocupación.

2. La preocupación es evidencia de una fe frágil, una

«blasfemia inconsciente». No dudamos de Dios intencionalmente, pero ¿acaso no dudamos de Dios en esencia cada vez que nos preocupamos?

A. ¿Cómo es que la preocupación evidencia una «fe frágil»? ¿De qué modo puede convertirse en una «blasfemia inconsciente»?

B. ¿Qué problema tiene el dudar de Dios?

C. Selecciona una de las preocupaciones que identificaste en 1.A. Si no estás confiando en que Dios se encargará de ello por ti, ¿en quién o en qué estás confiando para resolver la situación? ¿Qué pasos puedes tomar para poner esto al cuidado de Dios?

3. La preocupación disminuye a medida que levantamos la mirada al cielo. Dios sabe qué puede suceder en este recorrido por la tierra, y Él quiere llevarnos a casa.

A. ¿Por qué disminuye la preocupación cuando miramos al cielo?

B. ¿Cómo es que el saber que Dios quiere llevarnos a casa nos ayuda a disminuir la preocupación?

C. ¿Cómo batallas en lo personal contra la preocupación?

4. La prueba de Dios está en el pasado de Dios. El olvido propicia el temor, pero una buena memoria contribuye a un buen corazón.

A. ¿Cómo es que pensar en lo que Dios ha hecho en el pasado te ayuda en el presente?

B. ¿Qué cosas buenas ha hecho Dios por ti la semana pasada? ¿El mes pasado? ¿El año pasado?

C. ¿Qué te atemoriza más? ¿Cómo puede «el pasado de Dios» ayudarte a vencer este temor?

LLENA TU VASO

1. Lee Filipenses 4.6-8.

A. ¿Qué nos dice el versículo 6 que *no* debemos hacer?

B. ¿Qué nos manda hacer en lugar de ello?

C. ¿Con relación a qué cosas en particular debemos hacer esto?

D. ¿De qué forma específica debemos hacer esto?

E. ¿Cuál es el resultado que se promete por hacer esto (v. 7)?

2. Lee Mateo 6.24-32.

A. Según el versículo 24, ¿quién debe ser nuestro «señor»?

B. ¿Cómo hace posible el cumplimiento del versículo 24 nuestra obediencia al mandato del versículo 25?

C. ¿Cómo se supone que la ilustración en el versículo 26 aumenta nuestra fe?

D. ¿Cómo contestarías la pregunta del versículo 26?

E. ¿Cómo contestarías la pregunta del versículo 27?

F. ¿Cómo contestarías la pregunta del versículo 28?

G. ¿Cómo se supone que la ilustración en los versículos 28-29 refuerza nuestra fe?

H. ¿Cómo contestarías la pregunta del versículo 30?

I. ¿Cómo se supone que nos motiva el comentario en el versículo 32?

3. Lee 1 Pedro 5.7.

A. ¿Qué ordena este versículo?

B. ¿A quién va dirigido este mandato?

C. ¿Qué razón se presenta para el mandato?

BEBE HASTA EL FONDO

Si luchas para controlar tu preocupación y ansiedad, podría ayudarte la experiencia de otras personas que han lidiado con el mismo problema. Busca el consejo de alguien cuya sabiduría respetas.

Después recuerda el dicho que se atribuye a A. J. Cronin: «La preocupación nunca le resta tristezas al mañana, solo nos quita las fuerzas para vivir hoy». Se dice que más del 90 por ciento de lo que nos preocupa nunca sucede. Pon esto a prueba en tu propia vida. Lleva un «diario de preocupaciones» durante tres meses. Divide

cada página en dos columnas: «Lo que me preocupa» y «El día y la hora en que esta preocupación se hizo realidad». ¿Cuántas de las cosas por las que te preocupaste en esos tres meses ocurrieron al fin y al cabo?

DOCE
Ángeles cuidándote

ACÉRCATE AL POZO

1. Si crees en la Palabra de Dios, tienes que creer en ángeles. Al mismo tiempo, tienes que sentirte perplejo por su naturaleza y actividad.

   A. ¿Qué crees acerca de los ángeles?

   B. ¿Por qué la descripción bíblica de los ángeles nos deja a veces desconcertados?

   C. En tu opinión, ¿cuál es la noción más errónea acerca de los ángeles?

2. Dos adjetivos capturan la verdad acerca de los ángeles: *muchos y poderosos.*

A. ¿Qué diferencia tiene para ti que existan *muchos* ángeles?

B. ¿Por qué crees que la Biblia insiste en decirnos que los ángeles son *poderosos*?

C. Describe tu historia favorita de ángeles en la Biblia. ¿Por qué es tu favorita?

3. Solo hay un sonido que importa a los ángeles: La voz de Dios. Solo hay un espectáculo que captura la atención de los ángeles: El rostro de Dios. Ellos saben que Él es el Señor de todo y de todos.

A. ¿Consideras bueno que los ángeles solo respondan al mandato de Dios? Explícate.

B. ¿Qué significa para ti que Dios es Señor de todo y de todos?

4. Rechaza a Dios y corre el riesgo de caminar con la espalda desprotegida. Recibe en cambio su señorío, y ten la seguridad de que muchos ángeles poderosos te guardarán en todos tus caminos.

A. ¿De qué maneras rechazamos a Dios?

B. ¿Qué significa recibir el señorío de Dios?

C. ¿Crees que los ángeles te guardan ahora mismo? Explícalo.

LLENA TU VASO

1. Lee Hebreos 1.6-7, 14; 2.2, 7, 9; 12.22; 13.2.

   A. ¿Qué mandó hacer Dios a los ángeles cuando Cristo nació (1.6; véase también 2.8-15)?

   B. Nombra una función primordial de los ángeles (1.7).

   C. ¿A quienes manda servir Dios a los ángeles (1.14)?

   D. ¿Qué rango ocupan los ángeles entre las criaturas de Dios (2.7, 9)?

   E. Nombra otra función de los ángeles (12.22).

   F. ¿Sabemos siempre cuando un ángel nos ha visitado (13.2)?

2. Lee Salmo 34.7; 35.1-6; 78.49; 103.20.

A. ¿Qué promesa es dada en Salmo 34.7?

B. ¿Qué función angélica se describe en Salmo 35.5-6?

C. ¿Qué función angélica se describe en Salmo 78.49?

D. ¿Qué función angélica se describe en Salmo 103.20?

BEBE HASTA EL FONDO

Si quieres una representación bíblica más completa de la naturaleza y la actividad de los ángeles, consigue una buena concordancia y busca las palabras *ángel y ángeles.* Luego haz un estudio de todas las referencias que encuentres, pero prepárate para un trabajo grande, porque la Biblia emplea estos términos ¡más de trescientas veces! También podrías beneficiarte al leer lo que otros han escrito acerca de los siervos angélicos de Dios: Billy Graham en su libro *Ángeles* y Herbert Locker en *All the Angels in the Bible* [Todos los ángeles en la Biblia], los cuales se consideran clásicos en el tema.

TRECE
Dios es tu guardia

ACÉRCATE AL POZO

1. Dios conoce a cada persona con quien entras en contacto. A medida que caminas, Él te guía. Mientras duermes, Él patrulla.

   A. ¿Ves a Dios como tu guardia? Explica.

   B. ¿En qué maneras te ha guiado Dios?

   C. Describe una ocasión en la que Dios «patrulló» mientras dormías.

2. Lo que es malo para un niño no siempre es malo para un padre. Lo que tú y yo calificaríamos como un desastre absoluto, Dios podría compararlo con un

problema de acné que pasará.

A. Nombra algunas cosas que parecen malas a un niño pero no a un padre.

B. Describe un tiempo de tu vida en que experimentaste un «desastre absoluto». ¿Viste la mano de Dios en esta situación? Explícate.

C. ¿Cómo te ha mostrado Dios personalmente su fidelidad?

3. Dios utiliza las luchas para blindar nuestra piel espiritual.

A. ¿Cómo pueden las luchas blindar nuestra piel espiritual?

B. ¿Cómo ha usado Dios las luchas para blindar tu piel espiritual?

C. ¿En qué sentido nos ayuda recordar que Dios usa las luchas para fortificar nuestra piel espiritual?

4. Dios guarda a cuantos acuden a Él. El zarandeo que sientes no indica su distanciamiento sino que es prueba de su cercanía. Confía en su soberanía. ¿Acaso no se ha ganado tu confianza?

A. ¿Qué significa volverse a Dios? ¿Es algo que solo sucede una vez en la vida? Explica.

B. ¿Qué «zarandeo» sientes ahora mismo? ¿Cómo puede esto indicar la cercanía de Dios antes que su distanciamiento?

C. ¿Qué significa confiar en la soberanía de Dios? ¿Cómo puedes aprender a hacerlo cada vez más?

LLENA TU VASO

1. Lee Salmo 91.1-16.

   A. ¿Cómo representa el salmista a Dios en los versículos 1-2? ¿Qué imagen emplea?

   B. ¿Qué imágenes adicionales se emplean en los versículos 3-8? ¿Cómo se calcula el uso de cada imagen con el fin de aumentar nuestra confianza en Dios?

   C. ¿Qué promesa se hace en los versículos 11-12? ¿Cómo quiso el diablo tergiversar esta promesa (véase Mateo 4.5-7)? ¿Qué podemos aprender en

cuanto a reclamar promesas de este encuentro entre Jesús y Satanás?

D. ¿Qué razón da el Señor para sus acciones en el versículo 14?

E. ¿Qué promesas da Dios en los versículos 15-16? ¿Cómo nos ayuda a entender las promesas de Dios una perspectiva eterna de la vida?

2. Lee Santiago 1.2-4.

A. ¿Qué nos llama Santiago a hacer cuando los problemas se cruzan en nuestro camino (v. 2)?

B. ¿Qué razón da Santiago para esta instrucción (v. 3)?

C. ¿Cuál es el resultado de cumplir la instrucción de Santiago (v. 4)?

BEBE HASTA EL FONDO

Da una mirada a tu vida, especialmente los últimos diez años, y pregún-tate: «¿Qué cosas que antes consideré malas ahora las considero buenas? ¿Cómo ha usado Dios

para bien los acontecimientos ‘malos’ en mi vida?» Tras completar la revisión de tu historia personal, asegúrate de agradecer a Dios por su buen cuidado de ti, así no sientas que sea como tú habrías preferido.

CATORCE
En busca de la profundidad

ACÉRCATE AL POZO

1. Algunas personas te aman en vista de cómo eres. No así Dios. Él te ama debido a lo que Él es. Él te ama porque decide hacerlo. Su amor se genera en Él mismo, no tiene ninguna otra causa y es absolutamente espontáneo y constante, por eso el recibirlo solo depende de su decisión de darlo.

   A. ¿Quién en tu vida te ama debido a lo que tú eres?

   B. ¿Qué significa que Dios te ame debido a quien Él es? ¿Cómo puede esta verdad darte gran confianza?

C. Discute cada elemento del amor de Dios que acaba de mencionarse: generado en Él mismo, sin causa externa, espontáneo y constante. ¿En qué contribuye cada uno de estos términos a ampliar tu concepto del amor de Dios?

2. El éxito no es indicativo del amor de Dios más que las luchas indican su falta. El medidor definitivo y aprobado por Dios no es un buen día o una mala racha sino las horas en que agonizó su Hijo. Considéralas con frecuencia.

A. ¿Por qué el éxito no es un indicativo preciso del amor de Dios? ¿Por qué las luchas no indican que nos falta el amor de Dios?

B. ¿Cómo es que las horas de sufrimiento que Jesús pasó antes de morir son la mejor muestra que tenemos del amor de Dios?

C. ¿Cómo puedes adiestrarte a pensar con frecuencia en el sacrificio de Cristo? Nombra algunos pasos prácticos que podrías dar, empezando hoy mismo.

3. Permanecer en el amor de Cristo equivale a hacer de su amor tu hogar. No un parque al lado de la

carretera ni un cuarto de hotel que visitas de vez en cuando, sino tu morada predilecta y permanente.

A. ¿Qué significa para ti «permanecer en el amor de Cristo»?

B. ¿Cómo puedes hacer del amor de Cristo «tu morada predilecta y permanente»?

C. ¿Qué tiende a impedir que permanezcas en el amor de Cristo? ¿Cómo puedes superar este obstáculo?

4. El amor de Dios no puede ser legislado, pero sí puede optarse por él. Por ende, ¡opta por él! Por causa de tu corazón. Por causa de tu hogar. Por causa de Cristo y de ti, ¡elígelo!

A. ¿Ya has optado por el amor de Dios? ¿Por qué sí o por qué no?

B. ¿Cómo puede la elección del amor de Dios mejorar tu corazón? ¿Cómo puede mejorar tu hogar?

C. ¿Cómo beneficia a Cristo («por causa de Cristo») que tú optes por el amor de Dios?

LLENA TU VASO

1. Lee Efesios 3.16-19.

   A. ¿Por qué motivo oró Pablo en el versículo 16?

   B. ¿Cuál fue el propósito de su oración (v. 17)?

   C. ¿Qué otro motivo de oración tuvo Pablo en el versículo 17?

   D. ¿Cómo describe el apóstol el amor de Dios en los versículos 18-19?

   E. ¿Qué pidió Pablo en su oración final del versículo 19?

2. Lee Juan 15.1-8.

   A. ¿A qué se comparó Jesús en el versículo 1? ¿Con qué comparó a su Padre? ¿Qué es significativo en cuanto a las dos imágenes?

   B. ¿Qué actividad divina describe Jesús en el versículo 2?

   C. ¿Qué principio general de la vida cristiana se

expone en el versículo 4?

D. ¿Qué promesa es dada en el versículo 5?

E. ¿Qué advertencia es dada en el versículo 6?

F. ¿Qué promesa adicional se da en el versículo 7? ¿De qué depende la promesa?

G. ¿Qué da gloria a Dios, según el versículo 8? ¿Cómo suministra evidencia de que se tiene una relación con Cristo?

BEBE HASTA EL FONDO

Quizá una de las mejores maneras de celebrar el amor y la gracia admirables de Dios es compartir de su amor y gracia con otros. En tu vida hay familiares, compañeros de trabajo, vecinos, hermanos en la iglesia, etc. ¿Cuál de ellos necesita recibir más ánimo ahora mismo? Piensa en algo especial, incluso en alguna manera inusual de mostrar a esa persona el amor de Dios, y recuerda esto: ¡Tú no eres el centro de atención! Podrías hacer algo anónimamente y dejar que la persona se pregunta quién pudo ser tan detallista y amoroso. A veces, ¡las muestras

secretas de gracia son las más divertidas!

QUINCE
¿Has oído el portazo en tu celda?

ACÉRCATE AL POZO

1. «Niega a Jesús», testificó Pedro, «y Él no dejará de amarte». «Duda de Jesús», podría añadir Tomás, «y Él tampoco dejará de amarte».

   A. ¿Cómo pudo Jesús seguir amando a Pedro después que este le negó?

   B. ¿Cómo pudo Jesús seguir amando a Tomás después que este dudó de Él?

   C. Si Jesús todavía nos ama sin importar qué hagamos, ¿importa cómo vivamos? Explícate.

2. ¿Estás convencido(a) de que nunca has vivido un solo día sin amor? Ni uno solo. Nunca te ha faltado el amor. ¿Las veces que has desertado a Cristo? Él te amó. Te escondiste de Él pero Él vino para buscarte.

   A. Contesta las preguntas del párrafo anterior.

   B. ¿De qué maneras has «desertado» a Cristo? ¿Qué sucedió?

   C. ¿Cómo vino Jesús a buscarte?

3. La puerta de la cárcel nunca se ha cerrado. La provisión de amor de Dios nunca se agota.

   A. ¿Cómo sabemos que la provisión de amor de Dios nunca se agota?

   B. ¿Cómo has experimentado más recientemente el amor de Dios?

   C. ¿Cómo puedes mostrar a otros, hoy mismo, el amor de Dios?

4. La noticia grandiosa de la Biblia no es que tú ames a Dios sino que Dios te ama. No es que tú puedas conocer a Dios sino que ¡Dios ya te conoce! Él

escribió tu nombre en la palma de su mano. Sus pensamientos acerca de ti son más numerosos que la arena de la playa. Tú nunca sales de su mente ni escapas de su mirada. Él ve lo peor de ti y te sigue amando.

A. ¿Cómo te sientes al darte cuenta de que Dios te conoce por completo y de todas maneras te ama en todo sentido?

B. ¿Cómo te sientes al saber que Dios ha escrito tu nombre en la palma de su mano?

C. ¿Qué imaginas que Dios está pensando acerca de ti en este momento?

LLENA TU VASO

1. Lee Romanos 8.31-39.

A. ¿Qué pregunta se formula en el versículo 31? ¿Cuál es la respuesta esperada?

B. ¿Qué pregunta se formula en el versículo 32? ¿Cuál es la respuesta esperada?

C. ¿Qué preguntas se formulan en el versículo 33? ¿Cuáles son las respuestas esperadas?

D. ¿Qué preguntas se formulan en el versículo 34? ¿Cuál es la respuesta del apóstol?

E. ¿Qué preguntas se formulan en el versículo 35? ¿Cuál es la respuesta esperada?

F. ¿Cuál es el propósito de la cita de las Escrituras en el versículo 36?

G. ¿Cómo veía el apóstol los problemas de la vida desde la perspectiva de su conexión íntima con Dios (v. 37)?

H. ¿A qué conclusión final llega el apóstol en los versículos 38- 39?

2. Lee 1 Juan 4.7-12.

A. ¿Qué instrucción es dada en el versículo 7? ¿Qué razón es dada para la instrucción? ¿Qué verdad general es expresada?

B. ¿Qué declaración rotunda se hace en el versículo 8? ¿Qué razón es dada para esta declaración?

C. ¿Qué prueba definitiva del amor de Dios se cita en el versículo 9?

D. ¿Qué es amor verdadero, de acuerdo al versículo 10?

E. ¿Qué instrucción es dada en el versículo 11? ¿Sobre qué base es dada esta instrucción?

F. ¿Cómo pueden ver otros al Dios invisible y su amor (v. 12)?

BEBE HASTA EL FONDO

Para que recuerdes, como Pablo dice, que «Si fuéremos infieles, él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo» (2 Timoteo 2.13), haz un pequeño ejercicio que tal vez se sienta un poco incómodo. Siéntate y elabora un catálogo con las maneras específicas en que crees haberle fallado a tu Señor durante el año pasado (¡trata de que no sea una tarea demasiado deprimente!). Tras finalizar tu lista, quémala mientras te acuerdas de la bondad del Señor. Luego agradece con gozo al Señor y alabanza ferviente de todo corazón por ser quien Él es y actuar como lo hace.

DIECISÉIS
Enfrenta sin temor la eternidad

ACÉRCATE AL POZO

1. Retribución y desquite. La evidencia habla por sí sola y la verdad está a la vista. El policía ya está al lado de tu puerta. A nadie le gusta la idea de ser sometido a juicio.

   A. ¿Qué pensamientos y sentimientos despierta el juicio en ti?

   B. Si hoy te pagaran lo que te corresponde, ¿qué clase de retribución esperarías?

   C. ¿Por qué crees que la Biblia habla tanto acerca

de juicio?

2. No serás ayudado ni perjudicado por las obras de tu familia, iglesia o nación. Serás juzgado personalmente según la respuesta que des a una sola pregunta: «¿Qué hiciste con Jesús?»

   A. ¿Por qué los actos de tu familia, iglesia o nación no te ayudarán en el juicio venidero?

   B. ¿Qué has hecho con Jesús?

   C. ¿Por qué todo depende de tu respuesta a esta última pregunta?

3. Dios ve a los cristianos como ve a Cristo: Sin pecado y perfectos. Por ende, los cristianos pueden ver el juicio como Cristo lo ve: Con confianza y esperanza.

   A. ¿Cómo puede Dios ver a los cristianos de la misma manera que ve a Cristo?

   B. ¿Ves el juicio del mismo modo que Cristo lo ve? Explícate.

   C. ¿Qué te da el derecho a sentir confianza y esperanza al contemplar el juicio de Dios? ¿Qué

has hecho para merecer ese derecho?

4. Nunca tienes que temer el juicio de Dios. Ni hoy ni en el día del juicio. Jesús, en la luz de la gloria de Dios, se pronuncia a tu favor y dice: «Esa persona es mi amigo(a)». Tan pronto lo hace, las puertas del cielo se abren para ti.

   A. ¿Crees que Jesús te considera su amigo(a)? Explícate.

   B. ¿Esperas que las puertas del cielo se abran para ti en el día del juicio? Explica.

LLENA TU VASO

1. Lee 1 Juan 4.16-18.

   A. ¿Qué significa «conocer» el amor de Dios (v. 16)? ¿En qué se diferencia de confiar o apoyarse en él?

   B. ¿Cómo es completado o perfeccionado el amor en nosotros (v. 17)? ¿Qué efecto tiene este amor en nosotros en el día del juicio? ¿De qué manera

específica espera Juan que los seguidores de Jesús sean «como» Él?

C. ¿Cómo interactúan el temor y el amor (v. 18)? Si uno teme el juicio divino, ¿qué conclusión se puede sacar?

2. Lee Romanos 2.5-11; 14.10-12; 2 Corintios 5.9-10.

A. ¿Qué «día» es considerado en Romanos 2.5?

B. ¿Qué principio general de juicio divino se describe en el versículo 6?

C. ¿Qué grupo se describe en el versículo 7? ¿Qué pueden esperar recibir en el juicio (v. 10)?

D. ¿Qué grupo se describe en los versículos 8-9?

E. ¿Por qué es tan importante reconocer la verdad del versículo 11?

F. ¿Qué detalles adicionales se dan acerca de este evento en Romanos 14.10-12?

G. ¿Qué meta personal nos será de gran utilidad cuando llegue el día del juicio (2 Corintios 5.9)?

H. ¿Qué detalles adicionales se dan en 2 Corintios 5.10?

BEBE HASTA EL FONDO

El evangelio de Mateo presenta una de las enseñanzas más extensas sobre el juicio final en todas las Escrituras. En alguno de tus tiempos devocionales, lee Mateo 24.36-25.46. Ubícate en cada una de las diversas escenas que Jesús describe. ¿Dónde crees que te corresponde estar?

Cuando te dispongas a realizar otro estudio después de terminar el anterior, dedica tiempo al examen cuidadoso de 1 Tesalonicenses. Cada capítulo de este libro termina con una referencia a la segunda venida de Cristo. Haz una lista con las diferentes cosas que aprendes acerca del regreso de Cristo, dedica un día entero para meditar en cada una de ellas y después haz un inventario personal para ver cómo se ha aplicado tu estudio a tu vida y cómo está cambiando tu manera de vivir.

DIECISIETE
Si Dios te escribiera una carta

ACÉRCATE AL POZO

1. Si nadie les decía qué hacer, se llevaban la caja a sus casas con piso de polvo y barro, y la ponían en un lugar especial para admirarla y mostrarla, sin nunca abrirla. ¿No hacemos lo mismo con Cristo? ¿No estamos inclinados a mantenerle a una distancia «prudente»?

   A. ¿De qué manera mantenemos a Cristo a cierta distancia de nosotros?

   B. ¿Por qué crees que tendemos a distanciarnos así de Cristo?

C. ¿Qué puedes hacer hoy mismo para experimentar el regalo de Cristo?

2. ¿Qué grifos ha usado Dios para derramar su amor en tu vida? ¿Una buena iglesia? ¿Un cónyuge intercesor? ¿Tradiciones que han pasado la prueba del tiempo? ¿Una novia en la universidad o una abuela de la infancia?

A. Contesta la pregunta anterior.

B. ¿Por qué crees que Dios usa tantos «grifos» para derramar su amor?

C. ¿Cómo puedes ser un «grifo» para derramar el amor de Dios en otros?

3. El tesoro es el Dador mismo. En mi lista de cosas que quisiera haber aprendido antes, esta verdad ocupa siempre los primeros lugares.

A. ¿Por qué es tan fácil que nuestros corazones sean capturados por los regalos de Dios antes que por Dios mismo?

B. ¿Qué es lo que más valoras de Dios? ¿Por qué?

C. ¿Cómo puedes entrenarte para querer más al

Dador que sus dádivas?

4. Max enumera cuatro cosas que nos ayudan a beber del pozo insondable de Cristo (también son las cuatro divisiones princi-pales del libro): acepta su obra, apóyate en su energía, confía en su señorío y recibe su amor.

   A. ¿Cómo has aceptado la obra de Cristo por ti? ¿En qué áreas luchas para aceptar su obra?

   B. ¿Cómo has aprendido a apoyarte en la energía de Dios?

   C. ¿En qué áreas de la vida te resulta más fácil confiar en el señorío de Dios? ¿En qué áreas de la vida sigue siendo una lucha?

   D. ¿Cómo has aprendido a recibir el amor de Dios? ¿En qué situaciones tienes dificultad para recibir el amor de Dios?

LLENA TU VASO

1. Lee Jeremías 2.12-13.

A. ¿Cómo sabes que la declaración que está apunto de hacerse en Jeremías 2.13 es de enorme importancia y significado?

B. ¿Cuáles son los dos pecados que cometió la gente en el tiempo de Jeremías? ¿Qué canje habían hecho? ¿Por qué fueron tan necios al hacer ese canje? ¿Cómo es que nosotros también canjeamos así con frecuencia? ¿Por qué crees que lo hacemos?

2. Lee Isaías 55.1-3.

A. ¿A quién va dirigido el versículo 1? ¿Qué invitación es dada?

B. ¿Qué pregunta se hace en el versículo 2? ¿Qué respuesta podría darse? ¿Qué promesa se hace?

C. ¿Qué beneficio último se ofrece en el versículo 3? ¿Has aceptado este beneficio? Explica.

3. Lee Juan 7.37-39.

A. ¿Qué declara Jesús acerca de sí mismo en el versículo 37?

B. ¿Qué beneficio promete a sus oyentes (v. 39)?

C. ¿Qué tienen que hacer sus oyentes para disfrutar este beneficio (v. 38)?

BEBE HASTA EL FONDO

Si pudieras escribir una carta a Dios que le llegaría hoy mismo, ¿qué dirías en esa carta? Dedica tiempo a escribirla, incluyendo acción de gracias, alabanza, peticiones o lo que sea que quieras decirle en esa nota especial. Cuando termines, ofrécela a Dios. Guarda la carta en un lugar seguro y especial para que vuelvas a leerla después, sobre todo en días difíciles y oscuros para que puedas decir junto al salmista: «Hubiera yo desmayado, si no creyese que veré la bondad de Jehová en la tierra de los vivientes» (Salmo 27.13).

La oración del sediento

Señor, me acerco a ti sediento. He venido para beber, para recibir. Recibo tu obra en la cruz y en tu resurrección. Mis pecados son perdonados y mi muerte es derrotada. Recibo tu energía. Con el poder de tu Espíritu Santo puedo hacer todo en Cristo, quien me fortalece. Recibo tu señorío. Yo pertenezco a ti. Nada viene a mí sin haber pasado primero por ti. También recibo tu amor. Nada puede separarme de tu amor.

Anotaciones